

VIDA
DE
FRANKLIN

POR MIGNET.
DE LA ACADEMIA FRANCESA

TRADUCIDA

POR
JUAN MARÍA GUTIERREZ.

Nueva edición corregida por el traductor.

BUENOS AIRES

Imprenta y Librería de **Mayo**, de C. Casavalle, [Editor]

213 - CALLE DE MOREÑO - 211

1869.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

La presente obrita consta de dos partes: la primera trata de la vida privada de Franklin y la segunda de su vida pública. Como esta se halla íntimamente ligada con la lucha de la independencia de los Estados Unidos y con la fundación de las instituciones libres que tantos milagros sociales han producido en aquel país modelo de la democracia moderna, hallará el lector en este libro no solo la historia de un individuo, honra singular de la especie humana, sino la de un pueblo poderoso hoy y libre como ninguno de la tierra. Hallará la historia de un hombre que desde la condición más humilde y estrecha llegó á ser acaudalado, famoso como sabio y como ciudadano y que mereció el luto de dos mundos cuando cerró para siempre los ojos cargado de años y de la más bien merecida felicidad. Hallará la historia de un pueblo que desde la abatida condición de colonia supo conquistar el derecho á gobernarse á sí mismo, con el empleo de la constancia, de la razón y del esfuerzo más heroico, logrando resucitar los olvidados derechos del

hombre y darse leyes dignas de ser imitadas por los pueblos que aspiran á ser libres y felices.

M. Mignet ha logrado escribir estas dos historias que marchan paralelamente en su libro, luciendo las dotes de su talento, que son, segun opinion de los críticos imparciales, claridad, madurez de juicio, estenso saber, gravedad y exactitud en el estilo. Para dar una prueba de la escrupulosidad con que ha procedido en su trabajo el biógrafo de Franklin, indicaremos algunas de las obras que por confesion propia ha consultado y tomado por guia.

Escritos memorias y correspondencia de Franklin, publicados en inglés por su nieto William Temple Franklin—6 volúmenes.

Las dos copiosas colecciones publicadas por M. Jared Sparks, en nombre del Congreso de los Estados Unidos: la una, comprende en 12 volúmenes la *correspondencia de todos los agentes y del gobierno de Estados Unidos*, relativa al establecimiento de la independencia: la otra contiene, en igual número de volúmenes, la *vida, correspondencia epistolar* y escritos de Jorge Washington, sobre la guerra, la constitucion y el gobierno de aquella república — 1829 — 1837.

Memorias del abate Morellet.

Tomo V de las obras de Cabanis

Historia de la Colonizacion de los Estados Unidos, por M. Jorge Bancroft,—3 volúmenes.

Historia de la guerra de la independencia de los Estados Unidos de América por Botta,—4 volúmenes.

De la Democracia en América por M. A. de Tocqueville.

Correspondencia original depositada en el Departamento de negocios éstranjeros del gobierno de Francia.

Acerca de la utilidad moral de la lectura de la presente obra, nada podríamos agregar á lo que dice su autor en las páginas que tratan sobre las «lecciones y doctrina que proporciona la vida de Franklin;» pero no podemos menos que confesar que segun nuestras propias impresiones, esos ejemplos entusiasman, alientan y estimulan á proceder honradamente. Cuando los sudamericanos tengamos nuestro *Plutarco*, para encendernos no en las virtudes de la guerra sino en las de la paz y del trabajo, la vida de Franklin ocupará un lugar de preferencia entre las que se nos muestren como modelos de la conducta del republicano.

Por estas consideraciones nos hemos resuelto á dar de nuevo á luz en una edicion mejorada y correcta, la traduccion de la vida de Franklin que publicamos por primera vez en Santiago de Chile el año de 1850 (1) y que se ha reimpresso en Buevos Aires mas de una vez sin el nombre del traductor. Por otra parte, el crédito de esta obra no ha decaido en Europa ni ha sido reemplazada por otra mas á propósito para popularizarse, puesto que su autor acaba de dar una nueva edicion de ella. (2) Con este motivo una afamada Revista de Paris emite el siguiente juicio crítico:

«Como en la época presente tenemos poco ánimo para acometer empresas que requieran constancia y labor, á causa de los frecuentes desengaños que experimentamos,— y como por otra parte, pugnan constantemente el egoismo individual con los deberes del ciudadano, el estudio de la vida de Franklin que fué uno de los fundadores de la independenciamericana, no podrá menos que servirnos de alimento moral sano y

1. Vida de Franklin por Mignet de la academia Francesa, traducida por J. M. G. Santiago, Imprenta de Julio Bellin y C^a 1850 1 v. 8^o menor de 226 páj.

2. Vie de Franklin, par M. Mignet 1 v. en 8^o, nouvelle edition, Didier.

confortativo. Franklin supo conciliar las creces de su fortuna particular con la consagracion á la causa pública, y se levantó, por decirlo así, gradualmente á medida que su pais fué creciendo en riqueza y en importancia. Así fué que, habiendo salido de una condicion muy oscura y pobre se acomodó sin esfuerzo á todas las situaciones de una existencia desvalida, sin perder nada de aquella primitiva sencillez que conservó durante toda su vida como sello y distintivo particular de su caracter y su ingenio.

«M. Mignet ha sabido dibujar los diversos cuadros de la existencia del exelente americano, con altura, con dignidad y con sumo atractivo. Asi era de esperarse de un escritor que en la carrera literaria se distingue por la nobleza franca del estilo, la sencillez y la exactitud, sin que estos dotes dañen en lo mas mínimo al desenvolvimiento de los asuntos á que contrae su pluma» (1).

Estas reflexiones hablan tambien con nosotros los americanos y abonan la oportunidad con que damos á luz una vez mas, la vida del que «arrancó el cetro á los déspotas y el rayo á los cielos».

1 Revue de Deux Mondes t. 8º—entrega de 1.º de Abril 1809. Boletin bibliográfico.

VIDA

DE FRANKLIN

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO I.

Frutos de la lectura de la vida de Franklin.

Nacido y creado en la oscuridad y la indigencia (dice Franklin en sus memorias) he llegado á la opulencia y he adquirido celebridad entre los hombres. Y como la fortuna me dispensa todavia sus favores en la edad avanzada en que me encuentro, tal vez sea grato á mis descendientes el saber de qué medios me valí para salir de la oscuridad, puesto que estos medios fueron eficaces por favor de la Providencia. Su conocimiento puede servir tambien de útil leccion á aquellos que quieran imitarme encontrándose en circunstancias idénticas á las mias.

Estas palabras que Franklin dirige á sus hijos, pueden ser útiles á toda clase de personas y servir de leccion tanto al pobre como al rico, al ignorante como al sabio, al simple ciudadano como al hombre de estado. La vida de Franklin es digna de tomarse por modelo. En ella hallarán consejos y esperanza aquellos que nacidos en condicion humilde, faltos de apoyo y de bienes de fortuna, se sientan deseosos de mejorar su suerte y de distinguirse entre sus semejantes. En ella verán de qué manera el hijo de un pobre llegó á ser rico á fuerza de trabajo, de prudencia y economia; cómo

por sí solo cultivó su razón, adquirió los conocimientos mas elevados de su época, y educó su alma para la virtud con arte y con esfuerzos que ha querido enseñar á sus semejantes: cómo, en fin, hizo servir su ciencia, sus descubrimientos, su hombría de bien, á los progresos del género humano y á la felicidad de su patria.

Pocos han llenado tan plenamente una carrera tan gloriosa y llena de virtudes, como este hijo de un tintorero de Boston, que empezó por hacer velas de sebo, fué despues impresor, redactó los primeros diarios americanos, fundó las primeras fábricas de papel en aquellas colonias inglesas á cuyas luces y civilizacion material contribuyó tanto; descubrió la identidad entre el fluido eléctrico y el rayo: llegó á ser miembro de la academia de las ciencias de Paris y de casi todas las corporaciones científicas de Europa; fué agente intrépido de las colonias esclavas cerca de la metrópoli; embajador de esas mismas colonias insurreccionadas cerca de los Gobiernos de España y de Francia, y alcanzó á colocarse á la par de Washington como fundador de la independencia patria; que, en fin, despues de haber obrado el bien durante ochenta y cuatro años, murió rodeado del respeto y de las consideraciones de dos mundos como un sabio á quien se debía el conocimiento de las leyes de la naturaleza, como un grande hombre que habia contribuido á la emancipacion y á la prosperidad de la patria, y mereció no solamente que la América se enlutase por su fallecimiento, sino que la Asamblea Constituyente y la Francia toda hiciesen la misma manifestacion de su duelo.

Aun aquellos que lleguen á conocer á fondo á Franklin no podrán por cierto igualarle.

El jenio no se imita, y es necesario para servir de guia á sus semejantes influir en los destidos pátrios, estar dotado por la naturaleza de un talento claro y de un caracter distin-

guido. Pero si Franklin ha sido hombre de genio, también lo ha sido de buen juicio, si fué virtuoso fué también honrado; si fué estadista famoso, también fué ciudadano desprendido. Mirado, pues, por el lado del buen sentido, de la honradez, del desprendimiento, puede servir de ejemplo á cuantos lean su vida, para evitar el extravío á que esponen las ideas falsas; para conocer de qué modo deben emplear los buenos sentimientos que Dios ha depositado en sus almas, para combatir las pasiones y vicios que acarrean la infelicidad á los pobres. Los beneficios que proporciona el trabajo, los felices frutos de la economía, el hábito saludable de proceder con cordura, el laudable deseo de hacer bien á los hombres; conquistándose de este modo la mas dulce de las satisfacciones y de las recompensas que es estar contento consigo mismo y tener buena idea de los demas: todas estas cosas pueden aprenderse con la lectura de la presente vida.

Hay también en la vida de Franklin lecciones hermosas de que pueden aprovechar esas organizaciones fuertes y generosas que están destinadas á levantarse sobre el destino común de la especie humana. Él cultivó su razon venciendo dificultades; con esfuerzos se hizo virtuoso, llegó á ser útil para el mundo y para su patria á precio de un trabajo porfiado. Merecen por lo tanto que le tomen por guía, esos seres privilegiados por la Providencia, esos nobles servidores de la humanidad que llevan el título de hombres grandes. Por los esfuerzos de estos marcha el género humano, cada vez con mayor celeridad, hácia la ciencia y la felicidad. La distancia que les separa de los demas hombres, trayéndoles maldiciones al principio, la hacen desaparecer inmediatamente llenándola con los dones de sus ideas, con los beneficios de sus descubrimientos, con la energia fecunda del impulso que saben dar á las cosas. Ellos levantan poco á poco hasta ponerlos á su altura, á aquellos que por sí

scelos no habrían podido nunca subir tan alto, haciéndolos partícipes también de las ventajas de su bienhechora desigualdad que bien pronto se trasforma para todos en igualdad de un orden superior. Efectivamente, después de tres generaciones, lo que era el genio de un hombre, viene á ser el buen sentido del género humano, y una novedad atrevida se trueca en uso universal. Los sabios y los entendidos de diferentes siglos aumentan cada vez más ese tesoro de que se abastece la humanidad, la cual sin ellos habría permanecido en su indigencia primitiva, es decir, en su ignorancia y su debilidad. Imitemos, pues, á la verdadera ciencia, por que no hay verdad que al destruir un error no mate al mismo al tiempo un vicio. Honremos á los hombres superiores, presentémoslos para que los imiten, porque de este modo se formarán semejantes suyos, y por cierto que nunca tanto como en esta época ha necesitado el mundo de esta clase de ejemplos.

CAPÍTULO II.

Orígen de Franklin—Su familia—Su educacion--Sus primeras ocupaciones en la casa paterna—Su aprendizaje de impresor al lado de su hermano Santiago.—Sus lecturas y opiniones.

Los miembros de la familia de Franklin fueron artesanos honrados. Esta familia era originaria del Condado de Northampton en Inglaterra, en una de cuyas aldeas, en Ecton, poseía un terreno de treinta acres poco más ó menos de estension y una herrería que pasaba de padres á hijos en herencia por derecho de primogenitura. Después de la revolución que cambió las creencias religiosas de Inglaterra, abrazó esta familia las opiniones sencillas y severas de la secta presbiteriana, la cual no conocía la tradición de la Igle-

sia ni la supremacia del Papa como los católicos, ni tampoco la jerarquía del Episcopado y la supremacia eclesiástica del Rey como los anglicanos. Vivía cristiana y democráticamente, eligiendo por sí misma sus ministros y reglando su propio culto. Los austeros y piadosos partidarios de esta secta, no pudiendo en su país darse libremente á las prácticas de su fé bajo el reinado de los tres últimos Estuardos, se determinaron á espatriarse para ir á fundar desde el año 1620 hasta el 1682 nuevas colonias en las desiertas y ásperas costas de la América Septentrional, para vivir allí y orar segun su conciencia. La religión armonizada con los fines sociales por el influjo de la libertad y la libertad regularizada por el sentimiento del deber y por el respeto al derecho, fueron las dos bases firmes sobre que se fundaron las colonias de la Nueva-Inglaterra y se desenvolvió el gran pueblo de los Estados-Unidos.

El padre de Benjamin Franklin que era un ardiente presbiteriano, partió para la Nueva-Inglaterra á fines del reinado de Carlos II, cuando las leyes prohibían severamente las asociaciones de los disidentes religiosos. Llamábase Josias y era el menor de cuatro hermanos. Tomas, el mayor de todos, era herrero; el segundo, Juan, tintorero de tejidos de lana; el tercero Benjamin tenia el mismo oficio, pero aplicado á manufacturas de seda. Emigró con su mujer y tres hijos por los años de 1682, en el momento mismo en que el célebre kuaquero Guillermo Penn, fundaba en las márgenes del río Delaware la colonia de Pensilvania, en la cual su hijo debía, tres cuartos de siglo mas tarde, hacer un papel tan señalado. Establecióse en Boston, en la colonia de Massachussets fundada en 1628. Su oficio de tintorero de tejidos de seda, que era un oficio de puro lujo no le daba lo suficiente y tomó el de fabricante de velás.

Veinticuatro años despues de estar establecido en Boston,

tuvo de su segunda mujer, Abiah Folger, á Benjamin Franklin. Habíase casado dos veces. Benjamin Franklin que fué el último de sus hijos varones y el décimo quinto entre todos, nacido el 17 de Enero de 1706, llegó á ver reunidos en la mesa paterna hasta trece hermanos entre varones y mujeres, los cuales mas debian confiar en la Providencia que en los bienes de fortuna para educarse y establecerse.

La educacion que el padre podia proporcionarles no podia ser ni costosa ni muy elevada. Benjamin Franklin asistió á la escuela solo un año. Apesar de que manifestaba talento y aplicacion, no quiso ponerle su padre en un colegio por que no podia soportar los gastos de una educacion superior y se contentó con tenerle algun tiempo bajo la direccion de un maestro de aritmética y de escritura. Pero si no pudo darle lo que despues Benjamin Franklin supo adquirir por sí solo, le transmitió un cuerpo sano, un juicio recto, una honradez innata, aficion al trabajo, buenos sentimientos y escelentes ejemplos.

El porvenir de los hijos depende en gran parte de los padres. Mas importante es la herencia de las virtudes que la de los bienes de fortuna. Los padres comunican á sus hijos al darles vida, las facciones del rostro, la forma del cuerpo, la salud ó jérmenes de dolencias, la enerjía ó la pereza del espíritu, la fuerza ó la debilidad del alma, segun el grado en que reinan en ellos mismos estas virtudes y defectos. Impórtales, pues, precaverse contra las enfermedades que pudieran trasmitirse á sus hijos. Si son débiles, están espuestos á que tambien lo sea su sucesion; si han contraido vicios orgánicos pueden trasmitirlos á sus hijos y condenarlos á una vida corta y llena de dolores. Y esto no solamente acontece en el orden físico sino tambien en el moral. Cuando los padres cultivan su inteligencia segun se los permite, su posicion social y de acuerdo con las reglas de lo jus-

to, comunican entonces á sus hijos un juicio robusto y recto, instintos de delicadeza y de sinceridad, aun antes de darles ningun ejemplo práctico. Por el contrario, aquellos que alteran en su propio entendimiento la luz natural é infringen con su conducta las leyes que la Providencia de Dios ha dado al mundo y cuya violacion no queda nunca impune, hacen por lo general que sus hijos sean partícipes de su imperfeccion intelectual y de sus desarreglos morales. Depende, pues, de ellos, mas de lo que pudieran imaginarlo, el tener hijos sanos ó enfermos, inteligentes ó rudos, honrados ó viciosos, que tengan una vida arreglada ó desordenada, una existencia prolongada ó de corta duracion. Esta es la responsabilidad que pesa sobre los padres, la cual, por cuanto refluye sobre ellos mismos, les recompensa ó castiga en lo mas querido que poseen.

Franklin tuvo la dicha de tener padres sanos, laboriosos, racionales y virtuosos. Su padre llegó hasta la edad de ochenta y nueve años. Su madre, tan distinguida por la piadosa elevacion de su alma, como por la firme rectitud de su espíritu, murió á la avanzada edad de ochenta y cuatro años. Recibió de ámbos los gérmenes de una vida prolongada y lo que es mas precioso aun, la simiente de las mejores calidades morales para llenarla dignamente. Él supo cultivar aquellas semillas preciosas y aprendió desde temprano á reflexionar y á dominarse. Era de naturaleza ardiente y apasionada y sin embargo nadie tanto como él llegó á ser señor absoluto de sí mismo. La primera leccion que recibió á este respecto y que hizo en él una impresion indeleble, fué á la edad de diez y seis años. Un dia domingo en que tenia algun dinero en la faltriquera y queria emplearlo en juguetes, encontró á un muchacho que llevaba un pitito cuyos agudos sonidos le encantaron. Ofreció todo su dinero para obtener el pito que tanta envidia le cau-

saba é hizo el trato con el muchacho que le poseia. Lleno de contento con la adquisicion de su juguete, fué á su casa aturdiendo á todos á silbidos, y sus hermanos y primos le preguntaron cuánto habia pagado per tan incómodo juguete: respondióles que habia dado por él cuanto tenia en el bolsillo, y entonces empezaron á hacerle burla diciéndole que no valia el pito ni la mitad siquiera, y le enumeraron maliciosamente una porcion de cosas mejores que hubiera podido comprar con el mismo dinero. Púsose entonces sério; el arrepentimiento le quitó la alegría, y prometiése en su interior que nunca compraría cosa alguna sin conocer su verdadero valor, resistiendo á las tentaciones inmoderadas con el recuerdo de su pito.

*El
Pito*

Esta anécdota que él repetía frecuentemente con suma gracia, le fué útil en muchas circunstancias. Tanto cuando jóven, como en la vejez, ya fuese en los negocios ó en los afectos, antes de cerrar sus tratos comerciales ó de decidirse en algun asunto político, se acordaba siempre de la compra del pito. Este recuerdo servia de aviso á su razon y de freno á sus pasiones. Cuando deseaba una cosa, iba á comprar algun objeto, ó acometia alguna empresa, decia para si mismo: *no demos por el pito mas de lo que él vale*. La consecuencia que de esta consideracion sacaba para sí, la aplicaba á los demas, y era de parecer «que la mayor parte de las desgracias de la especie humana provienen del cálculo falso que generalmente se hace del valor de las cosas, y de que se da demasiado por los pitos».

Desde que tuvo diez años, empezó á ocuparle su padre en la fabricacion de velas de sebo: dos años seguidos tuvo por oficio cortar las mechas, colocarlas en los moldes, vaciar en estas el sebo derretido y hacer las diligencias del almacén. Estas ocupaciones le agradaban poco. Como era inteligente y ardoroso queria obrar, ver, aprender; deseaba

ser marino porque se habia creado á orillas del mar y tenia desde niño la costumbre de confiarse á las olas sirviendo muchas veces de piloto á sus camaradas. Para alejarle el padre de esta carrera en que tenia ya uno de los otros hijos, le puso alternativamente de aprendiz de carpintero, de albañil, de vidriero, de tornero, para reconocer cuál era el oficio que mas le cuadraria. Franklin manifestó en los diferentes talleres donde estuvo, la misma atencion observadora que fué en todo el curso de su vida uno de los rasgos distintivos de su carácter y aprendió el uso de los instrumentos y herramientas de diversos oficios con solo ver trabajar con ellos. De este modo se puso en aptitud de labrar por sí mismo con mucha perfeccion, cuantos muebles pequeños necesitaba en su casa y las máquinas y aparatos para sus experimentos científicos. El padre se resolvió á darle el oficio de cuchillero y le puso de aprendiz en el taller de su primo Samuel Franklin, establecido en Boston despues de haber aprendido en Londres aquel oficio. La suma que costaba el aprendizaje era demasiado considerable para la fortuna del padre de Franklin y tuvo que renunciar á su proyecto, de lo que este no tuvo que quejarse, pues muy luego abrazó una profesion para la cual era mucho mas apto.

Su espíritu era demasiado activo para que pudiera permanecer en la inaccion y la ignorancia. Amaba apasionadamente ^{sin or} la lectura, y muy pronto agotó todos los libros de ^{a la} lectura pequeña biblioteca de su padre, compuesto en su mayor parte de obras de teolojía. Encontró un Plutarco, lo leyó con avidez, y de este modo tuvo por primeros maestros á los célebres barones de la antigüedad. El Ensayo sobre los proyectos de Defoe, el divertido autor de Robinson Crusoe, y el Ensayo sobre la manera de practicar el bien, del Doctor Mather, le interesaron sobre manera porque estaban en armonia con

el jiro de su imaginacion y las inclinaciones de su alma. El poco dinero de que podia disponer lo gastaba todo en comprar libros.

través
Notando su padre esta inclinacion decidida y temeroso de que contrariándolo en ella, volviese á la antigua y no olvidada idea de hacerse marino, ~~se~~ resolvió á ponerlo de impresor. Con este objeto lo colocó el año 1718 en casa de uno de sus hijos, llamado Santiago, que habia regresado de Inglaterra el año antes con una prensa y tipos de imprimir. El contrato de aprendizaje se celebró por nueve años: durante los ocho primeros debia Benjamin Franklin servir á su hermano sin retribucion alguna, sin mas obligacion por parte de este que mantenerlo y empezar á darle el salario de oficial al término del noveno año.

momentos
Pronto adquirió mucha destreza en este oficio, porque reunia la aplicacion á la capacidad. Pasaba el dia trabajando y gran parte de la noche instruyéndose. En aquella época de su vida aprendió cuanto ignoraba, desde la gramática hasta la filosofia: profundizó la aritmética cuyas reglas fundamentales conocia desde niño, añadiendo á estos conocimientos el de la jeometria y del arte de la navegacion: educó metódicamente su razon como mas tarde disciplinó su carácter. Todo esto logró á fuerza de constancia y de privaciones, sacrificando al estudio parte de las horas que habia de destinar al descanso y á sus necesidades físicas. Habiendo leído en un autor antiguo el consejo de *no comer carne* y de alimentarse únicamente con vegetales, formó la resolucion de no comer cosa alguna que hubiese tenido vida, porque lo contrario le parecia una costumbre bárbara y perniciosa. Para sacar partido de su ordinaria sobriedad, propuso á su hermano que él se alimentaria de su cuenta con la mitad del dinero que en esto gastaba semanalmente. Aceptada la proposicion, limitó Franklin

sus alimentos á una sopa de harina que él mismo aderezaba comiéndola en pié á toda prisa con un pedazo de pan y alguna fruta. De este modo y no bebiendo mas que agua, economizó dinero para comprar libros y tiempo para aplicarse á la lectura de ellos.

Los libros que mas influencia ejercieron sobre él, fueron: *Libros*
El ensayo sobre el entendimiento humano por Locke, el *Espectador* de Addison, los *Hechos memorables de Sócrates* por Jenofonte. Leyó estas obras con ansia y halló en ellas fuentes de reflexion, de buen lenguaje, de lógica y raciocinio. Locke fué su maestro en el arte de pensar rectamente, Addison en el de escribir y Sócrates en el de argumentar; pero el objeto principal de su paciente y fructuosa imitacion, fué el estilo de Addison, sencillo y elegante, sobrio y nutrido, claro sin dejar de ser agudo y penetrante. Una traduccion de las *Cartas provinciales* que cayó en sus manos y cuya lectura le arrebató, acabó de formarle en el arte de la controversia delicada y vigorosa, en la cual tomando por guia á Sócrates y á Pascal, se distinguió tanto uniendo, al buen sentido cáustico y á la gracia espiritual del uno, la ironía robusta y el invencible vigor del otro.

Pero, así que crecia el caudal de sus ideas, se amortiguaban *Sus ideas religiosas*
en él las creencias antiguas de su familia. Los escritos de Collins y de Shaftesbury le condujeron á la incredulidad por igual camino que Voltaire. Su razon indagadora se dió al exámen de las cuestiones religiosas, dudó de su verdad y aplicó las sutilezas de la argumentacion para atacar sus venerables fundamentos. Mucho tiempo permaneció sin tener creencia fija, pues habia rechazado la revelacion natural. Habiendo cesado de ser cristiano sumiso sin ser todavia un filósofo suficientemente ilustrado, carecia de la regla moral que le habian trasmitido sus mayores sin poser todavia la que bien pronto debia dardarse á sí mismo para no quebrántarla jamas.

CAPÍTULO III.

Relajacion de Franklin en sus creencias y en su conducta. Sus faltas á qué el daba el nombre de sus erratas.

La conducta de Franklin se resintió del cambio de sus principios y se relajó. Cometió tres ó cuatro faltas, que él denominó *erratas* de su vida, y que corrigió en lo sucesivo con esmero: tan cierto es que los instintos más privilegiados necesitan del apoyo de bien arraigadas doctrinas.

El primer extravío de Franklin fué un acto de mala fé para con su hermano. Era este exigente, imperioso, le maltrataba á veces y ejercía para con él, sin consideracion y sin afecto, la autoridad que la costumbre y el derecho le daban como patron sobre el aprendiz. Parecióle que el jóven Franklin estaba demasiado envanecido con su talento y su ciencia, apesar de que de una y otra de estas calidades sacaba bastante partido para sí. En el año 1721 habia empezado á imprimir el segundo diario que se publicaba en América bajo el titulo *The new England courant*; llamóse el primero, *The Boston news letter*. El jóven Franklin componia el diario, le tiraba en la prensa y lo repartia en seguida á los suscritores. Sintiendo capaz de hacer cosas mas importantes que estas, introdujo clandestinamente algunos artículos que tuvieron buen éxito y que escribió disfrazando la letra. La aceptacion que alcanzaron aquellos artículos le alentó á declararse autor de ellos, y desde entonces trabajó francamente en la redaccion del diario con notable provecho del hermano. Un artículo muy atrevido sobre materias políticas apareció un dia en el diario, fué perseguido por él Santiago Franklin, condenado á un mes de prision y á no aparecer mas el periódico.

Ambos hermanos convinieron en continuar la publica-

*de impre
ver al escri-
tor.*

cion bajo la responsabilidad de Benjamin Franklin, para lo cual fué indispensable anular el antiguo contrato de aprendizaje, para que el menor saliendo de la dependencia del mayor quedase libre en sus acciones y pudiera responder de sus escritos. Mas, para que Santiago no se privase del trabajo de Benjamin, firmaron un nuevo arreglo de aprendizaje, que aunque privado, debia tener la misma fuerza que el anterior y obligar de! mismo modo á las partes contratantes. Poco tiempo despues hubo motivo de desacuerdo entre los hermanos y Benjamin se separó de Santiago, aprovechándose de la anulacion del primer contrato y confiado en que el hermano no podria hacer valer el segundo por ser un documento privado. Irritado Santiago de la falta de buena fé de su hermano menor y apoyado en el padre hizo todo lo posible para que en Boston nadie le diese trabajo.

Franklin se resolvió entonces á buscarle en otra parte, y de esta manera agravó mas la falta cometida contra su hermano abandonando clandestinamente á sus deudos á quienes dejó sumerjidos en la mayor afliccion. Sin dar cuenta á nadie de sus proyectos, vendió algunos libros para proporcionarse dinero y se embarcó para Nueva-York en el mes de setiembre de 1723. En esta travesia desde Boston hasta aquella ciudad, dejó por primera vez de alimentarse con vejetales exclusivamente. Era muy afecto al pescado. Detenidos en una bahía por las calmas, pescaron los marineros mucho bacalao, y estando Franklin presente en el momento en que preparaban los pescados para cocinarlos, observó que en el estómago de los grandes habia chicos que se habian tragado. ¡Hola! exclamó entonces, ¿con que os comeris los unos á los otros? Entonces, pues, ¿porquè no os comeria el hombre? Esta observacion lo hizo renunciar á su sistema y salió de las trabas de una manía por medio de una ocurrencia sutil y chistosa.

Mala fe

Distorsión de su mismo

En marcha de la pesca de

No halló trabajo en Nueva-York en donde el arte de imprimir estaba tan atrasado como en las demas ciudades de las colonias, las cuales se surtian en Inglaterra, no solo del papel de escribir, sino de los libros, de los periódicos, y aun de los almanagues que necesitaban. Estaba reservado á Franklin el hacer un día una revolucion completa en esta materia; pero entonces no encontró modo de ganar la vida en Nueva-York con su arte, y se resolvió á continuar su peregrinacion hasta Filadelfia. Este viaje lo hizo por mar, en una pésima embarcacion juguete de los vientos, inundada por el agua, á cuyo bordo no solo esperiméntó el hambre sino que fué atacado por una fiebre y tuvo que bajar á Filadelfia cansado, enlodado, vestido como un pobre jornalero y con un peso y un chelin por todo caudal. En tan deplorable estado entró por primera vez á la capital de la colonia de la cual habia de ser algun dia Procurador en Londres, á la capital del Estado del cual habia de ser representante en el Congreso y su Presidente supremo.

Halló acomodo en casa de un mal impresor llamado Keimer, establecido allí poco tiempo hacia con una prensa vieja y una reducida coleccion de tipos cansados, fundidos en Inglaterra. Gracias á la habilidad y destreza de Franklin, así mala como era esta imprenta comenzó á desempeñarse bien. William Keith gobernador de Pensilvania, quiso retener á Franklin en aquella provincia en clase de impresor, habiendo notado en aquel jóven habilidad, buena conducta, maneras urbanas é ingenio. En consecuencia se encargó de escribir á su padre Josias para tratar de inclinarlo á que proporcionase á su hijo los elementos necesarios para que fundase un establecimiento. Honrado con las distinciones del gobernador, la bolsa bien provista de pesos, fruto de sus economías, se atrevió Franklin á presentarse nuevamente en la ciudad natal en el seno de su fa-

milia que le recibió con regocijo. Pero el viejo no condescendió con los deseos del gobernador Keith, considerando poco discreto el depositar tamaña confianza en un joven de diez y ocho años que habia tenido el atrevimiento de huir de la casa de los padres sin el consentimiento de ellos. Rehusó por lo tanto, no solo por no tener recursos para establecerle una imprenta, sino porque no le consideraba capaz todavia de dirigirla por sí solo.

No se engañaba el buen anciano al desconfiar de la prudencia de su hijo. En aquella época cometió Franklin su segunda errata, haciéndose reo de una falta menos reprehensible que la primera por la intencion, pero que pudo ser mas grave por sus consecuencias. Un amigo de su familia llamado Vernon, le encomendó la cobranza de 35 libras esterlinas (170 pesos poco mas ó menos) que le debian en Filadelfia. Franklin para socorrer á ciertos amigos tuvo la debilidad de echar mano de este depósito que debió haber conservado intacto para devolverlo á su dueño asi que esto lo exigiese. Dos de sus compañeros de estudios y de incredulidad, ambos de talento, enemigos del trabajo, diestros en argumentar y aun en escribir, pero incapaces de ganar su vida en las colonias; secundos en proyectos, pero escasos de dinero, habian acompañado á Franklin desde Boston hasta Filadelfia. Llamábase el uno Collins y el otro Ralph y ambos vivieron á espensas del amigo, el primero en Filadelfia y el segundo en Londres. Como sus jornales no le bastaban para estos gastos echó mano de la suma indicada cuyo cobro le habia sido confiado. Tenia, es verdad, la intencion de integrarla; pero ¿podria estar seguro de conseguirlo? Felizmente para Franklin, Vernon no cobró su dinero hasta mucho tiempo despues.

Esta falta atormentóle la conciencia durante muchos años y amagó su honradez como una terrible amenaza, sin ser por

esto la última errata que cometiese. Apenas llegó á Filadelfia llamóle la etencion una jóven casi de su propia edad, cuyo porte agradable y modales blandos y modestos habian despertado en él tanta aficion como respeto. Aquella jóven, que fué su esposa seis años despues, se llamaba Miss Read. Cortejábala Franklin y la doncella correspondia al afecto que este la manifestaba. Cuando volvió de Boston, el Gobernador Keith, persistiendo siempre en la idea de proteger á Franklin en beneficio de su Colonia, le dijo: «Ya que vuestro padre no puede hacer nada para ayudar á estableceros, dadme una nota de los objetos que son necesarios para pedirlos á Inglaterra, y me los pagareis cuando podais. Quiero que haya aquí un buen impresor y estoy seguro que no os arrepentireis de aceptar mis propuestas.»—Franklin formó el presupuesto que se le pedia y fijó la suma de cien libras esterlinas (quinientos pesos fuertes) para adquirir una pequeña imprenta que él en persona debía comprar en Inglaterra á invitacion del Gobernador, llevando cartas de recomendacion de este.

Antes de partir tuvo la intencion de casarse con Miss Read; pero considerando la madre de esta que los amantes eran todavia muy jóvenes, postergó discretamente el enlace para cuando Franklin volviese de Londres y se estableciese en Filadelfia con su imprenta. Habiendo *concluido*, segun sus propias palabras, un *convenio de dulces promesas* se separó del continente americano llevando en su compañía á su amigo Ralph.

Así que llegó á Londres tuvo motivo para convencerse de que el gobernador Keith le habia embaucado, pues no encontró ni las cartas de crédito ni las recomendaciones que le habia prometido. Por vicio de caracter, era aquel magistrado pródigo de promesas, y la vanidad de aparecer como protector le inducia á veces á engañar: ofrecia sin estar seguro de

cumplir; y de este modo, sin tener, por cierto, la intencion de perjudicar á nadie, era las mas veces funesto á sus protegidos.

Vióse, pues, Franklin oficial en su oficio cuando pensaba ser maestro. Detúvose diez y ocho meses en Londres trabajando sucesivamente en casa de los mas afamados impresores, Palmer y Wats, primero como prensista y despues como compositor y cajista. Mas sóbrio, mas labórioso y previsor que sus camaradas, nunca carecia de dinero, y aunque no usaba mas bebida que agua, respondia por ellos en todas las tiendas de cervecero en donde aplacaban su sed al fiado. «Este corto servicio, dice él mismo, y la reputacion que gozaba entre mis camaradas de decidor y de hábil en el manejo de la chanza, me grangearon siempre la preminencia entre ellos. No agradaba menos mi exactitud al maestro por que nunca celebraba yo á San Luines y la presteza con que componia hacia que siempre me encargase las obras de mas prisa que por lo regular se pagan á mejor precio». Su amigo Ralph vivia á sus espensas, y le habia hecho préstamos considerables del dinero de sus ahorros. Esta relacion no tuvo mejor desenlace que la amistad de Collins. Hizose este, disipado, ébrio habitual, imperioso, ingrato, y se enemistó con Franklin antes que este saliese de América para Europa y fué á morir á una de las islas Barbadas en casa de un holandés rico, cuyos hijos educaba. Ralph á pesar de su talento literario, se vió en la necesidad de reducirse á maestro de escuela en una aldea. A pesar de ser casado en América, contrajo relaciones en Londres con una costurera á quien Franklin visitaba en ausencia de Ralph dándola á veces recursos para llenar las necesidades que no podia satisfacer con el fruto de sus trabajos de aguja. Tomó gusto á la compañía de esta mujer y le manifestó su aficion: descuidose en escribir á Miss Read, y esta fué la tercera de sus erratas. Y no solamente se hizo culpable

*James
y
Decidor*

San Lu.

*olvido
en guerra*

con este olvido, sino que cometió la cuarta y última de sus *erratas*, cortejando á la querida de su amigo ausente. Hallándose tomado algunas libertades con ella, las cuales segun él mismo lo confiesa, fueron rechazadas con *decente resentimiento*, llegó á saberlo Ralph y cesó toda relacion amistosa entre este y Franklin, el cual perdió no solamente los títulos al agradecimiento de su amigo sino tambien la suma de 27 libras esterlinas que le tenia prestadas y no volvié-ros jamas á su bolsillo.

Reflexionando Franklin en los extravíos de sus amigos y en sus propias faltas, cambió de máximas y de reglas de conducta. Los principios relajados de Collins, de Ralph y del gobernador Keith que le habian engañado; la poca firmeza de sus creencias morales, causa de sus malos procederes para con su hermano, para con Vernon cuyo depósito no supo respetar, para con la querida de su amigo á la qu. se propuso seducir, le hicieron penetrarse de la necesidad de tener reglas fijas para el espíritu, inviolables, para la conducta. «Me convencí, dice él mismo, de que la *verdad*, la *sinceridad*, la *integridad* en las transacciones entre los hombres, son de la mayor importancia para la felicidad de la vida, y formé por escrito la resolucion de no apartarme mas de ellas mientras existiese. Esta resolucion que tomó á la edad de diez y nueve años la sostuvo hasta la de ochenta y cuatro. Reparó sucesivamente todas las faltas y no las cometió mas. Cumplió todos sus deberes tomando por guia ideas bien claras, llegando á veces hasta ser virtuoso.

¿Como consiguió esto? Vamos á verlo en las siguientes pájinas.

CAPÍTULO IV.

Creencias filosóficas de Franklin —Su arte de la virtud—Su álgebra moral—Mejora de su conducta.

Leyendo una vez la Biblia, halló Franklin en el libro de los proverbios, la sentencia siguiente: «*En tu mano derecha está el tener una vida larga, y en tu izquierda el tener riquezas.*» Cuando examinó mejor el orden de las cosas del mundo, y advirtió de qué manera podrian los hombres conservar la salud y labrar su felicidad, comprendió toda la sabiduría de aquel proverbio. Pensó entonces que solo de él dependia el vivir mucho y hacerse rico. ¿Qué era necesario para lograr esto? Conformarse con las leyes naturales y morales dadas por Dios al hombre.

El universo es un todo armonioso de leyes. Desde los astros que por millares de siglos gravitan en el espacio infinito sujetos á las poderosas impulsiones y á las atracciones invariables que les impuso el supremo creador de todas las cosas, hasta los insectos que viven un momento en el espacio reducido de la hoja de un árbol, todos los cuerpos y los seres todos obedecen á ciertas leyes. Estas admirables leyes concebidas por la inteligencia de Dios, realizadas por su bondad, mantenidas por su justicia, han impuesto el movimiento con toda perfeccion, derrámado la vida en todo su esplendor y conservado armoniosamente el orden en toda la inmensidad del universo. El hombre que es la criatura más alta y complicada, sometido á las leyes materiales de los cuerpos y á las leyes vivas de todos los seres, colocado en medio de ellas, pero no fuera de sus alcances, capaz de comprenderlas, pero no de cambiarlas, ha recibido el magnífico don de la inteligencia, el privilegio inapreciable de la libertad, y el sentimiento divino de la justicia. Por eso es, que como ser inteligente, está en el deber de conocer

las leyes del universo; como justo debe someterse á ellas; y como libre, si se aparta de ellas es castigado por cuanto no es dado infringirlas ya en el órden físico, ya en el moral sin incurrir en la pena del ignorante ó del delincuente. La salud ó la enfermedad, la felicidad ó la desgracia dependen en el hombre del mayor ó menor cuidado con que las observa ó de la perniciosa perseverancia con que las elude. Esto fué lo que comprendió Franklin.

Remontando desde la contemplacion del órden del mundo hasta su autor, confesó á Dios y lo grabó de una manera firmísima en su razon y en su conciencia. Atendiendo á la naturaleza diferente entre la materia y el espíritu, entre el espíritu invisible y la materia perecedera, dedujo, como lo habian deducido el buen sentido de todos los pueblos y los dogmas de todas las religiones desde las mas toscas hasta las mas puras, que hay un principio espiritual permanente y que el alma es inmortal. De la necesidad del órden en el universo, de la necesidad del sentimiento de la justicia en el hombre; dedujo por resultado la recompensa del bien y el castigo del mal en esta ó en la otra vida. La existencia de Dios, el alma imperecedera, la remuneracion ó el castigo de las acciones, segun que son conformes ó contrarias á la regla moral, adquirieron á sus ojos la autoridad de verdaderos dogmas. Su creencia natural cobró la certidumbre de revelada y compuso para su uso privado una pequeña liturgia en forma de oraciones titulada *Artículos de fé y actos de religion*. Esta religion filosófica necesitaba preceptos de conducta, y Franklin se los impuso á sí mismo, aspirando á una especie de perfeccion humana. «Desearia, dice, vivir sin cometer falta alguna en ningun tiempo y corregirme de todas aquellas á que pudieran arrastrarme las inclinaciones naturales, la costumbre ó la sociedad.» Pero las mas firmes resoluciones no prevalecen

inmediatamente contra las propensiones y los hábitos. Se apercibió Franklin que es necesario vencerse poco á poco y perfeccionarse con arte, pareciéndole que el método moral es tan preciso para la virtud como el método intelectual para la ciencia.

Recurriendo al método moral hizo una enumeración exacta de las cualidades que le eran necesarias y tenía voluntad de poseer. Para que esto le fuese fácil haciéndolo práctico distribuyó aquellas cualidades entre sí de manera que se sucediesen unas á otras en orden oportuno. Y no se contentó con clasificarlas, sino que las definió con precisión para saber con certeza lo que debía practicar y aquello de que debía abstenerse. Colocando bajo trece títulos diferentes los trece preceptos que se proponía observar, formó el interesante cuadro siguiente:

I. **TEMPERANCIA.** No comais hasta embuteceros, no bebais hasta acaloraros la cabeza.

II. **SILENCIO.** No hablais sino de aquello que puede interesaros ó interesar á los otros.

III. **ORDEN.** Que cada cosa tenga su lugar fijo. Señalad para cada uno de vuestros negocios una parte determinada de vuestro tiempo.

IV. **RESOLUCION.** Formad la resolucion de ejecutar lo que sea de vuestro deber, y ejecutadlo despues de resuelto.

V. **FRUGALIDAD.** No hagais mas gasto que el que pueda seros útil ó útil á los demás.

VI. **INDUSTRIA.** No perdais el tiempo; ocupaos siempre de alguna cosa útil. No hagais nada innecesario,

VII. **SINCERIDAD.** No empleis nunca ningun camino torcido: la inocencia y la justicia deben presidir siempre á vuestros pensamientos y dictar vuestros discursos.

VIII. **JUSTICIA.** No causeis perjuicio á nadie, y ha-

ced á todos los servicios que tengan derecho á exijiros.

IX. MODERACION. Evitad los extremos: no guardéis por las injurias el resentimiento que os parezca merecer.

X. LIMPIEZA. No permitais desaseo alguno, ni en vuestro cuerpo, ni en vuestro vestido, ni en vuestra habitacion.

XI. TRANQUILIDAD. No os inquieteis por bagatelas ó por accidentés ordinarios é inevitables.

XII. CASTIDAD. Llevad pocas veces vuestra ofrenda al altar de Venus, y esto, sin debilitar el cuerpo y sin esponeros á comprometer vuestra quietud, vuestra reputacion ó la agena.

XIII. HUMILDAD. Imitad en esto á Jesus y á Sócrates.

Esta clasificacion de las reglas de una moral verdaderamente práctica y usual que no obliga á ahogar las inclinaciones de la naturaleza sino que las guia bien; que no aconseja sacrificios sino honradez; que enseña el modo de ser útil á los demas en servicio de sí propio; que es adecuada á formar un hombre y hacerle andar con rectitud en los caminos árduos y penosos de la vida; esta clasificacion no era arbitraria en Franklin. «He colocado, dice él mismo, la templanza en primer lugar porque ella contribuye á mantener la cabeza fria y las ideas claras, cosas ambas indispensables cuando es preciso vijilar siempre y estar constantemente de centinela contra los hábitos arraigados y el poder de las tentaciones que nos asaltan unas en pos de otras. Firme una vez en esta virtud, guardar *silencio* es fácil: he dado á esta virtud el segundo lugar, por cuanto es mi deseo no solo adquirir conocimientos sino fortalecerme en la práctica de las virtudes, porque he advertido que en la conversacion mas nos instruimos con la atencion del

oido que con el ejercicio de la lengua, y por que deseo perder el hábito de hablar cosas fútiles, de decir agudezas y retruécanos que hasta a hora me han hecho agradable entre personas de poco peso. He creído que unido el *silencio* al *orden* colocado en seguida, lograria mas tiempo para continuar mi plan y mis estudios. Haciéndose en mí hábito, la *voluntad* me comunicará la perseverancia precisa para alcanzar las demas virtudes. La *frugalidad* y la *industria*, aliviándome de las deudas que todavia pesaban sobre mí y dándome comodidades é independencia, me pondrian en el caso de ejercitar con mayor facilidad la *sinceridad* y la *justicia* etc.

Convencido de que no lograria alcanzar de golpe todas estas virtudes, se ejercitó en practicarlas una á una. Formó un cuaderno, en el cual estaban todas inscriptas en su orden, de modo que se pudiera anotar escrupulosamente las observaciones hechas sobre la práctica de cada una en especial, durante una semana entera. Cada noche marcaba con cruces las infracciones cometidas y se aplaudia á sí mismo ó se acusaba segun advertia mas ó menos infidelidades contra la virtud que se proponia conseguir. De este modo en trece semanas recorria las trece virtudes en que tenia propósito de fortificarse sucesivamente, y repetia cuatro veces en el año tan saludable ejercicio. El *orden* y el *silencio* fueron para él de mas difícil práctica que otras virtudes mas altas, las cuales exijian de él una vijilancia tan minuciosa como aquellas dos. El siguiente cuadro representa una hoja del cuaderno mencionado, en la cual se vé la confesion de las faltas y el propósito de corregirse.

	Lunes	Martes	Miércoles	Jués	Viernes	Sábado	Domingo
TEMPLANZA.....							
SILENCIO.....
ORDEN.....
RESOLUCION.....		.			.	.	
FRUGALIDAD.....		.			.		
INDUSTRIA.....							
SINCERIDAD.....							
JUSTICIA.....							
MODERACION.....							
LIMPIEZA.....							
TRANQUILIDAD...							
CASTIDAD.....							
HUMILDAD.....							

Este jóven cuerdo y ajuiciado, que decia como Ciceron que la filosofía es el mejor consejero en la vida, la reina de las virtudes, la enemiga declarada del vicio, levantaba esa misma filosofía hasta Dios y con ayuda de ella ensanchaba la intelijencia, depuraba el alma, arreglaba su conducta, y confesando sus culpas se corregia de sus imperfecciones. Todo lo ponía en relacion con el creador de los seres, con el ordenador de las cosas, considerándole como fuente del bien y de la verdad, é invocaba su asistencia por medio de la siguiente oracion:

«¡Bondad omnipotente! padre misericordioso! maestro induljente! dadme mayor sabiduria para conocer mis verdaderos intereses! Afirmad en mí la resolucion de seguir los consejos de esa misma sabiduria, y aceptad los servicios que me es dado únicamente hacer á vuestros demás hijos, como la única demostracion que puedo hacer»

«del agradecimiento que me inspiran los beneficios que me «dis pensais á cada instante.»

La gimnástica moral en que se ejercitó Franklin durante muchos años, le fué muy útil con el auxilio de su escelente naturaleza y de la firmeza de su voluntad. Nadie comprendió mejor que él el arte de perfeccionarse. No solo logró ser sóbrio, laborioso, benévolo, recto, inteligente, sino tambien templado, infatigable, justo, recto y sabio. Desde entonces se mostró siempre sensato, reflexivo, verídico, discreto y no emprendió cosa alguna antes de pensarla seriamente para no titubear en ninguna circunstancia sobre lo que debia hacer. Su ardor natural trocóse en paciencia reflexiva; redujo su causticidad picante á una agradable alegría que recaia sobre las cosas sin ofender en nada á las personas. La dósís de astucia que entra ba en la composicion de su carácter supo reducirla á una útil sagacidad; penetró en la intencion de los hombres sin engañarlos y llegó á poder serles útil, precaviéndose de que le dañasen.

Se proponia comentar estos preceptos en una obra que tendria por título, el *Arte de la virtud*, obra que nunca escribió. Sus negocios comerciales que fueron tomando extension y los asuntos públicos que le absorvieron cinco años enteros, no le permitieron componer aquella obra cuando la concibió, en la cual habria demostrado que los que quieren ser dichosos, aun en este mundo, tienen interés en ser virtuosos. Cada dia mas se confirmó en esta opinion, y en los últimos años de su vida tenia la costumbre de decir que la moral es el único cálculo racional que puede hacerse para conseguir la felicidad particular, así como es la garantia única de la felicidad pública. «Si los bribones, decia tambien, conociesen las ventajas de la virtud, tendrian la pillería de hacerse honrados.»

El método que ha dejado y la experiencia que de él hizo son suficientes para los que quieran imitarlo; y esto les será tan provechoso como lo fué á Franklin el tomar por modelo á Sócrates con quien tenia alguna semejanza en el carácter. Es necesario, siempre que se quiere aspirar á grandes cosas, proponerse modelos eminentes. A su gimnástica moral podia agregarse lo que él llamó *álgebra moral*, destinada á ilustrar sus acciones como *El arte de la virtud* lo estaba á reglamentarlas. Esta álgebra consistia en lo siguiente. Toda vez que le ocurría un negocio árduo ó importante no tomaba resolucion alguna sino despues de un maduro exámen y de muchos dias de reflexion. Indagaba las razones en *pro* y las razones en *contra*, y las escribia en un papel dividido en dos columnas, unas enfrente de otras. Y de la misma manera que en una ecuacion aljébrica se borran en ambos miembros las cantidades que se destruyen, borraba de sus columnas las razones contrarias que se balanceaban, ya fuese que una razon en *pro* valiese una, dos y tres en *contra*, ya fuese que una razon en *contra* valiese muchas razones en *pro*. Despues de desechar las que mutuamente se anulaban por equivalentes, daba todavia algunos días mas á la reflexion para ver si alguna nueva consideracion le ocurría, y por último, tomaba una resolucion firme avaluando el número, la importancia y el valor de las razones que resultaban sin borrar. Este método que es inmejorable para examinar una cuestion bajo todos sus aspectos, evita las precipitaciones del juicio y destruye las posibilidades de errar en los actos de la conducta.

Vamos á ver muy pronto que Franklin hizo productiva su industria, opulenta su casa, recto su juicio, su nombre y sus servicios importantes, por medio de la educacion intelijente y virtuosa que supo darse á sí mismo. Algunos años antes de morir, escribiendo para utilidad de sus des-

endientes, decia: «*Sabed que uno de vuestros mayores, ayudado de la gracia de Dios, debió á este sencillo proceder, la constante felicidad de su vida, hasta la edad de setenta y nueve años.*» — «Los contrastes que pueden ocurrirle todavia dependen de la voluntad de la providencia, añado, y si tiene que someterse á ellos hallará fuerza y resignacion meditando sobre lo pasado.» En el mismo eserito atribuye á la *templanza* la salud que disfrutó por tanto tiempo y la exelente constitucion que conservaba hasta entonces; á la *industria* y á la *frugalidad* las comodidades que alcanzó desde muy jóven, la fortuna de que pudo disponer en seguida y los conócimientos que le permitieron ser útil como ciudadano y alcanzar cierto grado de reputacion entre las personas instruidas; á la *sinceridad* y á la *justicia*, la confianza que le acordó su pais al encomendarle empleos y honrarle con dignidades: en fin, atribuye la igualdad en el carácter, la jovialidad de su conversacion agradable hasta para los jóvenes aun entrado ya en la senectud, á la influencia reunida de todas las virtudes, apesar de no haber podido poseerlas sino imperfectamente.

Mostremos ahora la aplicacion que hizo de su método en la conducta de su vida, y deduzcamos la bondad de ese método por sus resultados.

CAPÍTULO V.

Medios empleados por Franklin para enriquecerse.—Su imprenta — Su diario.—Su almanaque popular y su Ciencia del buen hombre Ricardo—Su matrimonio y reparacion de sus faltas—Se enriquece y deja los negocios mercantiles para entregarse á los públicos y á trabajos científicos.

Franklin regresosó de Londres á Filadelfia el día 11 de octubre de 1726. Durante corto tiempo negoció con un

mercader bastante rico y hábil, que se hizo amigo de él y quiso ser su socio en razon de la aplicacion, la honradez y la intelijencia que le habia advertido en Londres. Este mercader llamado Denham, le asignó 50 libras esterlinas al año á fin de que hiciese un viaje á las Indias Orientales con un cargamento de harinas. La muerte del especulador frustró la expedicion y Franklin entró de cajista en la casa del impresor Keimer. Al principio le pagó este muy bien para que instruyese á tres aprendices, porque él no era capaz de hacerlo; pero asi que vió adelantados á los discípulos y que no necesitaba mas del maestro, buscó una ocasion frívola de disgusto y le obligó á salir de su establecimiento. Proceder fué este tan injusto como ingrato, pues Franklin habia suplido á fuerza de habilidad los tipos que faltaban á la imprenta, en una época en que todavia no se fundian en las colonias. Para llenar las faltas ideó Franklin tomar los caractéres de la imprenta de Keimer como matrices, hizo los moldes y fundió el plomo con sus propias manos. Con el auxilio de estas matrices imitadas completó jenerosamente la imprenta de Keimer, quien muy pronto tuvo motivo para arrepentirse de la falta de cooperacion de Franklin, por cuanto éste era no solo compositor muy diestro sinó tambien hábil grabador.

Aconteció por entonces que la colonia de Nueva-Jersey encargó á Keimer la impresion del papel moneda. Para esto, necesitábase dibujar la lámina y grabarla despues de impresos los caractéres y las viñetas para evitar la falsificacion. Nadie sino Franklin era capaz de hacer aquel trabajo prolijo y delicado, y Keimer le suplicó que volviese á su casa, diciéndole que los antiguos amigos no debian reñir por palabras dichas en un momento de mal humor. No se dejó engañar con estas promesas, asi como no se habia equivocado sobre la causa de la finjida cólera de su patron,

convencido como estaba que tanto la una como las otras eran hijas del interés.

Entretanto, estaban ya de acuerdo Franklin y uno de los aprendices de Keimer, llamado Hugo Meredith, para fundar una imprenta á medias poniendo este los fondos y aquel su capacidad y su industria. El padre de Meredith aceptó el convenio y encargó á Londres los enseres necesarios para establecer á su hijo y á su socio.

En la espera de los caracteres pedidos á Inglaterra, no quiso Franklin desechar las propuestas de Keimer, y grabó una lámina en cobre tanto mas admirada por todos, cuanto que era la primera tan cargada de adornos que se veía en el país. El jóven grabador fué en persona á Burlington á tirar los billetes en presencia de los hombres mas distinguidos de la provincia, encargados de vijilar la operacion y de guardar la lámina despues de impreso el papel moneda. Keimer ganó una suma considerable, y Franklin, que recibió muchos elogios por su talento y destreza, ganó la estima y la amistad de los miembros de la Asamblea de Nueva Jersey, con sus maneras cultas, la rectitud de su juicio y la amenidad de su conversacion. Uno de aquellos señores, Isaac Detow, inspector jeneral de la provincia, anciano experimentado y sagaz, le dijo: «Me parece que muy pronto sereis el sucesor de Keimer en todos los trabajos y hareis fortuna en Filadelfia como impresor.»

No se engañaba. La modesta imprenta de Franklin, con una sola prensa, se instaló en el año 1728. Establecióse con su asociado Meredith en una casa en las cercantas del Mercado de Filadelfia, alquilada por 24 libras esterlinas, de la cual cedió una parte á un vidriero de cuya mesa participaba. Era preciso que la imprenta produjera el interés de la suma de 200 libras esterlinas (1,000 pesos) que costaba el material, el alquiler de la casa y la mantencion de los

socios. No era de esperar este resultado cuando había dos imprentas mas en la ciudad; la de Braford encargado de imprimir las leyes y demas actos de la Asamblea de Pensilvania, y la de Keimer. A fuerza de constancia en el trabajo y de superioridad en las obras, podia únicamente hacer concurrencia con ventaja á aquellos dos establecimientos. Conociólo Franklin y no economizó esfuerzo alguno para establecer su fama sobre aquellas dos condiciones. Antes de amanecer estaba ya trabajando, no descansaba muchas veces hasta despues de las once de la noche y no daba por concluida su tarea diaria si no dejaba completamente ordenados sus negocios y apuntes. Su vestido era sencillo y humilde. El mismo iba á los almacenes á comprar el papel que necesitaba y le llevaba por las calles en una carretilla de manos manejada por él mismo hasta la imprenta. Nunca se le veia en los lugares donde se reunen los desocupados; no cazaba ni pescaba: su única diversion era la lectura, y no se entregaba á ella sino cuando había concluido su trabajo. Pagaba religiosamente sus deudas y llegó á lograr que se le tuviese por un jóven laborioso, honrado, que desempeñaba bien las obras que se le encargaban, fiel á los compromisos contraidos y digno de la confianza y del interés de todos. Su sociedad con Meredith no duró mucho. Criado este en las ocupaciones de campo hasta la edad de treinta años, no le era fácil amoldarse á la regularidad penosa del oficio que había aprendido ya maduro; no era ni asiduo al trabajo ni hábil, y la aficion á la bebida le hacia aun mas perezoso de lo que era por naturaleza. Disgustado de la vida acompasada de los artesanos de la ciudad, creyó que mas le convendria correr la suerte aventurera de los colonos de las tierras del Oeste, y ofreció á Franklin cederle sus acciones y derechos si queria comprometerse á devolver á su padre las 100 libras esterlinas

que por él había gastado, otras cien que debía á un negociante de Londres, 30 mas para pagar sus deudas, y á darle una silla nueva de montar á caballo. Cerraron el contrato bajo estas bases, partió Meredith para la Colonia del Sur y Franklin quedó solo á la cabeza de la imprenta.

Mucho la hizo prosperar. La exactitud en el trabajo y la belleza de sus ediciones ganáronle muy luego la preferencia del gobierno colonial y de los particulares. La Asamblea provincial quitó al impresor Bradford la publicacion de sus billetes y leyes para darlos á Franklin, y el otro impresor Keimer, falto enteramente de crédito y de trabajo, pasó de Filadelfia á las islas Barbadas. Obtuvo Franklin la impresion del papel moneda de Pensilvania que ascendió en el año 1723 á la suma de 15,000 libras esterlinas y en el año 1730 á la de 55,000. El gobierno de New-Castle le concedió tambien muy luego la impresion de sus billetes, de sus votos y de sus leyes.

Las primeras ventajas que se consiguen traen siempre otras en pos. La industria de Franklin se estendió á medida de su prosperidad. Creó un diario, estableció una fábrica de papel, y fundó un almanaque; empresas todas tan útiles á la América septentrional como ventajosas para él. En aquella época no tenian las colonias ni diarios, ni calendarios, ni fábricas de papel; antes de los dias de Franklin se reimprimian las gacetas de Europa sin observaciones ni comentarios; el papel iba de la Metrópoli, y los almanaques que se vendian al público eran insignificantes, falsos, y como calculados para difundir el fanatismo y la ignorancia.

Franklin fué el primero que discutió materias de interés para su pais, y los asuntos vitales de su época, tanto en las columnas del diario de su hermano en Boston como en el suyo en Filadelfia. Particularmente en este último se con-

trajo á fundar la educacion política y la enseñanza moral de sus compatriotas, en quienes desarrolló el espíritu de libertad, examinando con discrecion y juicio los actos del gobierno colonial, probándoles con todo género de argumentos que los hombres viciosos no pueden tener juicio acertado sobre materia alguna. Procediendo de esta manera, fué Franklin el primer mentor de su Patria antes de llegar á ser uno de sus primeros libertadores.

El almanaque que comenzó á publicar en el año 1732 bajo el nombre de *Ricardo Saunders*, y que tan célebre se hizo despues con el del *buen hombre Ricardo*, produjo en el pueblo los mismos buenos efectos que su diario habia producido en las clases ilustradas. Fué aquel almanaque durante veinte años un breviario de moral sencilla, de saber práctico y de higiene casera para los habitantes del campo. Daba Franklin en él con claridad y poniéndolas como de bulto, todas las noticias y advertencias conducentes á la mejora del cultivo de la tierra, la cria de los animales, la industria y la salud del hombre, recomendando al mismo tiempo la práctica de las reglas mas eficaces para la felicidad y la buena conducta, bajo esas formas espresivas con que el pueblo se complace en ver representada la sabiduría.

En la *Ciencia del buen hombre Ricardo* y en el *Camino de la fortuna*, reunió una série de máximas dictadas por el mas sagaz buen sentido y la probidad mas esquisita: son estas mas que máximas, lecciones sobre el trabajo, la vigilancia, la economía, la prudencia, la sobriedad y la honradez: en ellas se aconseja la moral en nombre del interés personal, y la verdad económica habla con sentencias tan adecuadas que se han convertido en proverbios.

Hé aquí algunos de estos proverbios que son tan agradables leídos, como útiles puestos en práctica.

No desperdiciéis el tiempo por que es la tela de que está hecha la vida.

Camina tan despacio la pereza que muy pronto la alcanza la pobreza.

El placer corre tras los que huyen de él.

Mas cuesta mantener un vicio que dos hijos.

Es de locos gastar el dinero en comprar un arrepentimiento.

El orgullo es un mendigo que pordioseas tanto como el que se muere de hambre y es mas insaciable que este.

El orgullo almuerza con la abundancia, come con la pobreza y cena con la ignominia.

Un saco vacio no puede tenerse derecho.

Se puede dar el buen consejo, pero no la buena conducta.

El que no se deja aconsejar no merece ser socorrido.

La experiencia es una escuela cuyas lecciones se pagan caro: pero sólo en ella aprenden los insensatos.

Este almanaque, del cual se vendian hasta diez mil ejemplares cada año, llegó á tener mucha aceptacion y á ejercer una influencia muy grande. Franklin le empleó tambien para dotar á su pais con la introduccion de una industria desconocida, cambiándole por trapos, que hasta entonces se desperdiciaban, para fabricar papel con ellos. Su fábrica de papel abastecia á los negociantes en este ramo de Boston, Filadelfia y otras ciudades de América, y muy luego á ejemplo suyo se establecieron cinco ó seis fábricas mas de papel. De esta manera acostumbró á sus compatriotas á no servirse del papel de la Metrópoli, ni de sus almanaques, así como habia de acostumbrarlos algun dia á una administracion política diferente de la que conocian.

Gracias á él tambien, las imprentas se multiplicaron en

las colonias. Educó exelentes tipógrafos y los mandó con prensas y caracteres á diversas ciudades que no tenían imprenta y sentian ya su necesidad: de manera que su imprenta fué como madre de otras muchas; y supo depositar en tan buenas manos su confianza, que nunca sufrió desengaños ni tuvo motivo de arrepentirse.

El producto de sus varias especulaciones industriales fué creciendo de dia en dia hasta hacerse rico. No esperó que llegase este momento para corregir sus *erratas*, pues desde mucho antes habia devuelto á Vernon la suma que le debia y los intereses devengados; tambien se habia reconciliado cordialmente con su hermano Santiago, reparando su mal proceder para con él en la persona de su hijo á quien enseñó el oficio de impresor y habilitó con un juego completo de caracteres nuevos. Si estas reparaciones tranquilizaron su conciencia, hizo tambien otra que le colmó de alegría el corazon, casándose en 1730 con Mis Read á quien habia encontrado ya casada y en desgracia cuando volvió de Lón-dres en 1726. Habíala unido su madre á un alfarero llamado Rogers, perezoso, disipado, brusco, dado á la embriaguez y casado en otra parte á mayor abundamiento, como despues se supo. El primer compromiso anulaba el matrimonio posterior, y Rogers huyendo de Filadelfia en donde estaba cargado de deudas abandonó á la jóven esposa á quien habia engañado. Movido Franklin de compasion por la desgracia de Mis Read en la cual se consideraba con alguna culpa aunque indirecta y cediendo al mismo tiempo á la antigua inclinacion que la tenia, ofrecióle su mano y ella la aceptó con decision y alegría.

«Ella me fué, dice Franklin, fiel y tierna compañera, me ayudó mucho en los trabajos de la tienda, y proponiéndonos un mismo fin tratamos de hacernos mutuamente felices». Y en efecto lo fueron durante mas de cincuenta

años. Como era laboriosa, económica, honesta, resultó que las inclinaciones de la mujer iban perfectamente de acuerdo con las resoluciones del marido. Doblaba y cosía los pliegos impresos, acomodaba los efectos á venta, compraba trapos viejos para fabricar papel, vijilaba sobre los sirvientes, y tendía el mantel y servía una mesa frugal en tanto que Franklin, levantado antes que nadie en su barrio, abría la tienda, y con su chaqueta y su gorro, aprensaba, enfardelaba por sí propio sus mercaderías y daba ejemplo á todos sus dependientes de celo y de modestia. Era tan sobrio entonces, que su almuerzo se reducía á un poco de leche sin té, servido en una taza de barro y bebido con cuchara de estaño. Sin embargo, una mañana llevóle su mujer servido el té en una taza de porcelana con cuchara de plata: habia hecho para esto el gasto de 23 chelines sin noticia de Franklin, y para cohonestar tan atrevida innovacion le dijo, que bien merecia su marido cuchara de plata y pocillo de porcelana como el mas pintado de sus vecinos. «Fué esta la vez primera, dice Franklin, que la porcelana y los cubiertos de plata entraron á mi casa.»

Como la mujer fuerte de la Biblia, llenó dignamente la de Franklin todas sus obligaciones, dirijiendo con celo intelijente la educacion primera de sus hijos, frutos de una union que la Providencia no podia menos que bendecir. Asociada á los primeros y humildes pasos de Franklin participó tambien con él de su opulencia y gozó de su alta é inmaculada celebridad. Este hombre industrioso sin codicia, este verdadero sábio capaz de comprender y de contenerse, no quiso que la adquisicion de riquezas fuera la constante ocupacion de su vida. Despues de haber gastado la mitad de ella en acumular bienes de fortuna, se guardó bien de emplear la otra mitad en acrecentarlos. Alcanzado su primer objeto se propuso otros de un orden superior,

y concibió y ejecutó los propósitos santos de cultivar su entendimiento, servir á su patria y trabajar por el adelanto de la especie humana. Tenia la edad de cuarenta y dos años cuando considerándose suficientemente rico, cedió su imprenta y su jiro á David Halle y se entregó al trabajo y á las obras que llegaron á hacerle un sabio inventor, un patriota glorioso, y á colocarle en el número de los grandes hombres.

CAPÍTULO VI.

Establecimientos de utilidad pública y de instruccion fundados por Franklin.—Influencia que ejercieron sobre la civilizacion material y moral de la América.—Sus inventos y descubrimientos científicos.—Importancia de sus beneficios y fama de su nombre.

A fines de 1727, ya habia fundado Franklin un *club* filosófico en Filadelfia. Este club se llamaba *junta*, y segun los estatutos formados por el mismo Franklin no debia componerse sino de amigos suyos, artesanos casi todos. Los miembros fundadores fueron: el vidriero Tomas Godfrey que era hábil matemático, el zapatero Guillermo Parsons, versado en las ciencias y que llegó á ser inspector jeneral de la provincia: el carpintero Guillermo Mangridje mecánico aventajado: el agrimensor Nicolas Scull, y á mas varios cajistas de imprenta y algunos jóvenes dependientes de casas de comercio que algun tiempo despues desempeñaron altos empleos en la colonia. Esta reunion tenia lugar todos los domingos en una taberna al principio y despues en una sala alquilada para el efecto. Cada miembro tenia obligacion de proponer por turno algun asunto de moral, de política ó de filosofia, para sujetarlo á una discusion

formal. La materia escogida se daba á saber ocho dias antes para dar lugar á que la meditasen y se preparasen los que habian de discutirla. Despues de haber pasado toda la semana trabajando, consagraba Franklin el dia de descanso á conversaciones elevadas, á lecturas instructivas, á discusiones de esas que fortifican el alma, en compañía de hombres ilustrados y de buenas costumbres. «Aquella era la mejor escuela de filosofia, de moral y de política que habia entonces en toda la provincia,» segun sus mismas palabras.

La *Sociedad filosófica* de Filadelfia tomó orijen en aquel club en donde no tuvieron cabida sino pensamientos benévolos y sentimientos jenerosos. Como muchos individuos solicitaban ser miembros del club, se permitió á cada socio, á propuesta de Franklin, instituir otro de igual naturaleza dependiente de la *junta*. Los clubs que de este modo se crearon, contribuyeron poderosamente á la propagacion de las ideas útiles y le sirvieron á Franklin para formarse un partido que él dirigia con tanta mayor facilidad cuanto que ese partido al proceder con arreglo á consejos sanos y discretos creia obedecer únicamente á sus propias deliberaciones.

Franklin se complacia en servir de mentor á sus semejantes: y á fé que era digno de semejante ambicion por la actividad del espíritu caloroso, fecundo y acertado que la naturaleza le habia concedido. El ascendiente que adquirió sobre los hombres desde temprano, no lo ejerció siempre de un mismo modo. Cuando niño, mandaba á los de su edad, quienes le reconocian voluntariamente por director de sus diversiones y juegos. Cuando jóven fué dominador, dogmático, imperioso, y violentaba en cierto modo la opinion ajena con la superioridad un tanto arrogante de su argumentacion. Sabia arrastrar demostrando; pero advirtiendo muy luego que si este método orgulloso ayasallaba los es-

píritus, irritaba al mismo tiempo el amor propio, adoptó el método ingenioso usado por Sócrates para manejar á sus adversarios, que consistia en valerse de cuestiones sencillas en apariencia pero dispuestas en el fondo con tal sagacidad que su solucíon daba por resultado el contraste entre la verdad incontestable de sus ideas y la absurdidad palpable de sus contrarios. Usando de este método interrogaba y confundia á todos; pero si el proceder soerático en que se distinguia sobremanera, le ganaba laureles, tambien le acarrea ba enemistades, por que no gusta mucho á los hombres que se les convenza demasiado de sus yerros. Comprendió así Franklin, y mas recurrió en adelante á la persuacion que á los argumentos. Satisfaciendo siempre la necesidad que sentia de hacer prevalecer las ideas que creia buenas y acertadas, tomó mejor camino para lograrlo, poniendo de su parte no solo el amor propio sino la razon tambien de aquellos á quienes se dirigia, y empleando ciertas fórmulas modestas é insinuantes, como *me parece, pienso que, si no me equivoco, etc.* Los proyectos verdaderamente útiles que concibió, nunca los presentó como suyos; los atribuia á sus amigos reservando el nombre de estos, de manera que el mérito no recayese en nadie mientras todos recojian las ventajas de la idea, cosa que cuadra perfectamente con la debilidad humana y desarma á la envidia. Conduciéndose de este modo, tuvo el placer de ver aceptadas todas sus proposiciones.

La primera vez que empleó esta táctica diestra fué cuando quiso fundar una biblioteca por suscripcion. Habia pocos libros en Filadelfia, y propuso Franklin, en nombre de muchas personas aficionadas á la lectura, que se comprasen en Inglaterra á espensas de una asociacion cuyos miembros contribuirían, cada uno con 40 chelines (diez pesos próximamente) al principio y 10 despues anualmente durante

cincuenta años. Merced á este artificio, no encontró obstáculo alguno su proyecto, juntó hasta cien suscritores, y se estableció la biblioteca, la cual jeneralizó el gusto por la lectura y sirvió de ejemplo para que las ciudades principales de las demas colonias hicieran otro tanto.

«Nuestra biblioteca por suscripcion, dice Franklin, fué madre de todas las que existen en la América Septentrional, tan numerosa actualmente. Estos establecimientos han contribuido á que la conversacion sea más instructiva, á derramar entre los mercaderes y hacendados tantas luces como las que en otros países hay entre las personas que han recibido educacion, y tal vez han propendido á la resistencia vigorosa opuesta por todas las colonias cuando se ha querido atacar sus privilegios.

No fué este el único establecimiento que la América debió á Franklin. Con igual arte propuso y supo hacer aceptar á la Junta la idea de la fundacion de una Academia para la juventud de Pensilvania. La suscripcion que promovió produjo 25,000 pesos fuertes, y con esta suma se crearon cátedras y se abrieron las clases en un vasto edificio destinado á los predicadores ambulantes de todas las sectas y aplicado por Franklin á la nueva Academia. El mismo dirijió sus reglamentos, y habiéndola administrado durante cuarenta años su principal fundador tuvo la dicha de ver salir de su seno jóvenes que se señalaron por sus talentos y llegaron á ser el ornamento de su patria.

Así como no tenia Filadelfia ni biblioteca ni colegios antes que los estableciese Franklin, tampoco tenia hospital, ni medios para apagar los incendios ni una policia nocturna bien arreglada. Las calles de la ciudad no estaban empedradas; la carencia absoluta de alumbrado las dejaba de noche en una oscuridad peligrosa para los transeuntes, y en la estacion lluviosa se convertian en pantanos tan desa-

gradables de día como intransitables después de puesto el sol. Franklin las hizo pavimentar por medio de suscripciones, y fundó también con ellas el hospital que faltaba. Para custodiar la ciudad, estableció una guardia, cuyo sueldo pagaba cada vecino en proporción á los intereses que tenía que guardar; organizó una compañía de la *Union* contra los incendios que cada día se hacían más frecuentes, y formó igualmente asociaciones y cajas de auxilio para los artesanos, para los ancianos é impedidos.

Su genio inventivo contraído al bien estar del hombre, no se aplicó con menos buen éxito al estudio de los secretos de la naturaleza. Por sí solo había aprendido el francés, el italiano, el español y latín, y leía las obras maestras escritas en estos diversos idiomas con la misma facilidad que si lo estuviesen en el suyo: tan poderosa era su atención y su memoria tan fiel que no olvidaba nada de cuanto le interesaba aprender y recordar.

Estaba dotado principalmente del don de observar y de sacar consecuencias de sus observaciones. Descubría observando, y las consecuencias le servían para hacer aplicaciones. Al atravesar el océano hizo esperiencias sobre la temperatura de las aguas marinas, y demostró que en igual latitud la temperatura de la parte inmóvil era más baja que la que estaba en movimiento, proporcionando de este modo á los marinos un medio fácil para conocer si se encontraban en la corriente del mar para que permaneciesen en ella ó se apartasen según pudiera convenirles, para retardar ó acelerar el andar de sus embarcaciones. Al oír los sonidos de algunos vasos puestos en vibración, notó que estos sonidos difieren en proporción á la masa de vidrio, y en relación de esta con la capacidad, con la anchura y con el contenido del vaso. Estas observaciones dieron lugar á la invención de un instrumento, al cual Franklin dió el nombre de *Harmónica*.

Examinando el desperdicio de calor que tenía lugar por la abertura de las chimeneas, y el muy excesivo y sofocante producido por las estufas cerradas, combinó ambos sistemas é inventó una chimenea económica como una estufa y abierta como las chimeneas comunes. Franklin no quiso aceptar un privilegio para vender exclusivamente su chimenea de nueva forma, alegando que: «así como sacamos ventajas de los inventos ajenos, debemos felicitarlos de que se nos presente la ocasión de ser útiles á nuestros semejantes con nuevos descubrimientos dándolos á conocer sin restricciones.»

El descubrimiento de la naturaleza del rayo y de las leyes de la electricidad fué un descubrimiento importante y glorioso. Estaba reservado á la ciencia del siglo diez y ocho, conocer los principios y las combinaciones de los cuerpos, así como el décimo séptimo siglo habia tenido la gloria de establecer las reglas matemáticas de su pesantez y movimientos. Si el uno de estos dos siglos grandiosos habia podido penetrar en las profundidades del espacio para descubrir la forma de los astros, mensurar y calcular sus magnitudes, marcha y atracciones respectivas, el otro no menos sagaz y fecundo, tuvo por destino, á causa de desarrollo natural del espíritu humano, el contraer sus observaciones á nuestro globo, sobre la materia de que está compuesto, la atmósfera que le rodea, los fluidos misteriosos que le agitan y los variados seres que le animan. Después de establecida la astronomía sobre bases seguras, igual suerte debia caber á la física, á la química, á la historia natural: á Galileo, á Keplero, á Huygheus, á Newton y á Leibnitz, debian sucederles Franklin, Priestley, Lavoisier, Berthollet, Laplace, Volta, Linneo, Buffon y Cuvier.

Estaba destinado el fluido eléctrico no solo á ser uno de

sus mas hermosos descubrimientos, sino tambien uno de los mas poderosos medios para efectuar otros nuevos, puesto que haciéndose manejable, por decirlo así, se convertia en instrumento incomparable de descomposicion. Sin sospechar que la fuerza atractiva de que está dotado el ámbar, de cuyo nombre en griego se deriva el de electricidad y otros varios cuerpos, fuese la misma fuerza terrible que descende del cielo con estrépito en medio de las tempestades, se le estudiaba, sin embargo, con esmero desde principios de aquel siglo. Por los años de 1709 hizo Hawkasbee algunas esperiencias sobre dicha fuerza; Gray y Welher demostraron en 1728 que aquella substancia se comunicaba de un cuerpo á otro aun sin estar estos cuerpos en contacto: notaron al mismo tiempo que se podian sacar chispas de una varilla de hierro suspendida en el aire por medio de una hebra de seda ó de un cabello y que en la oscuridad aparecian iluminados los extremos de la misma varilla.

El docto Intendente de los jardines del rey de Francia, Dufay, habia notado en 1733 que el vidrio producía frotado contra una resina, una electricidad diferente llamada *resinosa*. En los años que median entre 1739 y 1742, Dossaguiers dió el nombre de *conductor* á las varas metálicas al traves de las cuales la electricidad pasaba fácilmente y con rapidez.

Por último habiendo recibido por una serie no interrumpida de mejoras, su perfeccion última el aparato eléctrico ideado en el siglo precedente por Otto de Guerike, el hábil inventor de la máquina neumática, el profesor Bosc de Witemberg, el profesor Winkler de Leipsick, el benedictino Gordon de Erfurt, y el Doctor Ludolf de Berlin, habian conseguido, por medio de fuentes descargas, matar algunas avocitas é incendiar el alcohol y muchos otros cuerpos combustibles.

Hasta este punto habia llegado la ciencia, produciendo algunos fenómenos curiosos que aun no podia explicar cuando Franklin empezó por casualidad á ocuparse de ellos. En un viage que hizo á Boston en 1746 (año en que Muschembroeck descubrió la famosa botella de Leide y sus extraordinarios fenómenos,) asistió á ciertas esperiencias eléctricas ejecutadas imperfectamente por el doctor Spense que llegaba de Escocia. Poco tiempo despues de su regreso á Filadelfia, recibió la biblioteca que alli habia fundado un tubo de vidrio mandado por el doctor Collinson, con las instrucciones necesarias para usarlo. Franklin repitió las observaciones que habia visto hacer, verificó otras nuevas y construyó con sus propias manos las máquinas que le eran indispensables para aquel objeto. Inventó la carga en forma de cascada produciendo la primera bateria eléctrica de fuerza considerable. Viendo con su sagacidad penetrante é inventora que los cuerpos punteagudos tenian el poder de atraer la materia eléctrica, imaginó que esta materia era un fluido esparcido en todos los cuerpos en estado latente, que se acumulaba en algunos de estos, en los cuales estaba de *mas*, mientras que se apartaba de otros en los cuales estaba de *menos*; que la descarga acompañada de chispas no era sino el restablecimiento del equilibrio entre la electricidad de *mas* que llamó *positiva* y la electricidad de *menos* que llamó *negativa*. Esta excelente deducion le condujo muy luego á otra de no menor importancia.

El color de la chispa eléctrica, en movimiento intermitente cuando se lanza hácia un cuerpo irregular, el ruido de la descarga, los efectos raros de su accion, por cuyo medio derritió una lámina delgada de metal entre dos vidrios planos, trastornó los polos de la aguja imantada, quitó el dorado de un pedazo de madera sin alterar en nada su superficie, el dolor de su sensacion que llegaba á causar la muerte á los

animales chicos; todo esto le sugirió la idea atrevida de que podría provenir de la materia misma que acumulada en las nubes produce la luz brillante del relámpago, la violenta detonación del trueno, y quobrantá cuanto encuentra en su tránsito cuando desciende del cielo en busca de su equilibrio en la tierra; deduciendo al fin que había identidad entre la electricidad y el rayo. Pero, ¿de qué modo establecer esta identidad? Una verdad sin demostración permanece en estado de hipótesis en las ciencias, y los descubrimientos no pertenecen á aquellos que los afirman sino á los que pueden probarlos.

Propúsose Franklin ensayar la exactitud de su teoría arrancando el relámpago á las nubes. El primer medio que concibió al efecto, fué elevar hasta ellas unas varas puntiagudas de hierro para atraerle, lo que le pareció después impracticable por no hallar un lugar suficientemente elevado, é inventó otro. Construyó un cometa ó *volatin* formado de dos cañas y un pañuelo de seda, poniendo en una de las estremidades superiores del armazon una pua de hierro. Encumbrólo con hilo de cáñamo añadido con un cordón de seda, y en el punto de union del cáñamo que es conductor de la electricidad con la seda que no lo es, puso una llave para que se acumulase en ella el fluido eléctrico y se manifestase produciendo chispas.

Arreglado así su aparato, se dirige Franklin á un prado en un día de tormenta, levanta en el aire su cometa, le sujeta el cordón de seda, y se coloca á cierta distancia á observar con ansiedad el resultado de su esperiencia. Pásanse algunos instantes y nada sucede, cree haberse engañado; pero repentinamente la cuerda se pone en tensión y cárgase la llave de electricidad. Corre entonces á su cometa, toca la llave con un dedo, prodúcese una chispa y siente un sacudimiento que pudo matarle pero que le llena de contento.

Su conjetura se convierte en realidad y queda probada de este modo la identidad entre el rayo y la materia eléctrica.

Esta prueba atrevida, este inmortal descubrimiento que lugar tan alto debiera dar en la escala de las ciencias á su autor, acaeció en el mes de junio del año de 1752, datando sus anteriores descubrimientos sobre la electricidad desde cinco años atrás. Franklin habia explicado entonces la descarga eléctrica de la botella de Leide airibuyéndola al restablecimiento del equilibrio entre las diversas electricidades que existen en dos partes: habia tambien explicado la electricidad *vítrea* y la *resinosa* por medio de las leyes de la electricidad *positiva* y de la electricidad *negativa*. Con la reciente experiencia del cometa, lograba explicar el fenómeno del rayo por medio de las propiedades de la electricidad misma. Conjeturó al mismo tiempo que el brillo misterioso de las auroras boreales provenia de las descargas eléctricas que tenian lugar en las elevadas regiones de la atmósfera, en donde, menos denso el airo, daba á la electricidad una estension mas luminosa.

Así como de ordinario la observacion llevaba á Franklin á establecer una teoria, esta se convertia inmediatamente en sus manos en una aplicacion útil; porque si era inclinado á adquirir ciencia, mas lo era todavia á aplicarla en provecho del progreso y de la comodidad del género humano. Averiguó que clavando en un terreno húmedo una vara de hierro, cuyo extremo superior puntiagudo se alzara en alto, cobraba la propiedad de rechazar los cuerpos cargados de electricidad, ó de dar paso silencioso é imperceptible al fuego de esos mismos cuerpos, conduciéndole sin causar daño al interior de la masa terrestre. En consecuencia de este hecho averiguado, aconsejó que se pusieran al abrigo de los estragos de la formidable electricidad de las nubes, los monu-

mentos públicos, las casas particulares y los buques, por medio de las puntas protectoras contra los efectos del rayo. Y no solo determinó la manera de acción de aquellas puntas, sino que circunscribió la extensión circular de su influencia. De este modo, Franklin supo añadir al descubrimiento de la electricidad celeste, el beneficio protector del *para-rayos*. La América y la Inglaterra adoptaron la idea y levantaron puntas de hierro en las alturas de las habitaciones. La tempestuosa atmósfera quedó desarmada y solo han quedado sin protección contra los peligros del rayo aquellos á quienes ciega la ignorancia. (1)

La fama de Franklin se esparció sin demora, á par de sus teorías, por todos los ámbitos de la tierra. La incredulidad apática, burlesca casi, había mal acogido en el seno de la sociedad real de Londres sus primeros ensayos comunicados á aquella ilustre corporación por el doctor Mitchell. El tratado y las cartas en que Franklin contaba sus esperiencias y desenvolvía su teoría y esplicaciones, habían sido leídas con desden; pero la ciencia muy luego había de triunfar de las preocupaciones, pues la ciencia que sabe oponer la demostración á la duda, se ergue y alza en alas de la gloria sobre la indiferencia y el desden. El tratado de Franklin publicado por el doctor Fothergill, miembro de la misma sociedad real se tradujo á los idiomas italiano, francés, alemán y latino, causando una verdadera revolución en todo el continente. Las

1 La humanidad y la patria son agradecidas con sus bienhechores. Es muy común en los Estados-Unidos, ver sobre los techos de los edificios, la esfigie en madera de Franklin, sosteniendo en sus manos el para-rayos. Napoleón sobre la columna de Vendôme se eclipsa ante el pacífico patricio que protege con su sublime invención el hogar de las generaciones á cuya libertad é instrucción contribuyó tanto.

experiencias del filósofo americano fueron repetidas en Montbard por el célebre naturalista Buffon; en San Jernan por el físico Delor en presencia de Luis XV; en Turin por el padre Beccaria; en Rusia por el profesor Richman, el cual habiendo recibido una descarga muy fuerte cayó herido del rayo dando así un mártir á la ciencia. Puestas en todas partes, fuera de duda las experiencias de Franklin, fué adoptado con admiracion el nuevo sistema á que se dió el nombre de *frankliniano*, en obsequio al nombre de su autor.

Levantado de un golpe á la celebridad, el sábio de Filadelfia, se hizo objeto de la atencion universal y recibió honores académicos. La sociedad real de Londres, para reparar su primer yerro, le acordó la medalla de Godfros Colley y le nombró miembro de ella exonerándole del pago de 23 guineas á que está obligado cada individuo elegido por aquella corporacion. Las universidades de San Andres de Edimburgo y de Oxford le confirieron el grado de doctor, y la Academia de las ciencias de Paris lo asoció á sus tareas como habia asociado á Newton y á Leibnitz. La mayor parte de los cuerpos científicos de Europa hicieron otro tanto.

A esta gloria de la ciencia que hubiera podido estender mas si hubiese consagrado esclusivamente al estudio todo su tiempo y su talento, añadió la gloria política. Fué dado á este hombre, feliz porque era sensato, grande porque tuvo un ingenio activo y un corazon generoso, fuéle dado, deciamos, el servir hábil y útilmente á su patria durante cincuenta años consecutivos, y el colocarse en el catálogo de los generosos libertadores de los pueblos despues de haber conquistado un lugar entre los inmortales fundadores de las verdades de la naturaleza.

SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO VII.

Vida pública de Franklin—Empleos con que fué investido por la confianza del gobierno y de la Colonia—Su eleccion á la Asamblea Legislativa de Pensilvania—Influencia que en ella ejerció—Sus servicios militares durante la guerra con la Francia—Buenos resultados de su mision como agente y defensor de la Colonia contra las pretensiones de los descendientes de Guillermo Penn.

La vida pública de Franklin comenzó desde antes que se hubiera separado de los negocios mercantiles. De ambas cosas se ocupó por algun tiempo, hasta que se consagró esclusivamente á la gestion de la cosa pública. En el año de 1736 habia sido nombrado secretario de la Asamblea Legislativa de Pensilvania, y en 1737, le había recomendado el Administrador General de Correos de la Colonia para delegado en sus funciones. Cuando murió este funcionario por los años de 1753, el gobierno británico convencido de la capacidad de Franklin le nombró para llenar el vacio que aquel dejaba en su importante empleo, dándole asi ocasion para dilatar y activar la civilización y las relaciones de la América, de proporcionar á la Inglaterra una renta de correos mucho mayor que hasta entonces, y de acrecentar su riqueza individual. En los primeros años que desempeñó este empleo, desembolsó Franklin sumas considerables para mejorar el ramo de correos, haciendo que la renta se triplicase con ventaja al mismo tiempo de la agricultura y del comercio de las Colonias.

Acreditado Franklin de inteligente, de cuerdo y recto sin par en la administracion de la justicia, tuvo que aceptar muchos otros destinos y cargos públicos de muy variada naturaleza. Nombróle el Gobierno juez de paz, y la corporacion de la ciudad le eligió miembro del consejo municipal, y despues le hizo *Alderman*. Sin la menor indigacion por su parte, obtuvo el sufragio de sus compatriotas para diputado á la Asamblea Provincial, renovándole el mandato en diez elecciones consecutivas. Franklin tenia por máximo no *pretender nunca, ni renunciar, ni delegar empleo alguno que se le confriese*, y los desempeñaba todos con tanto celo y exactitud como si tuviese uno solo.

Incorporado al seno de la Asamblea de Pensilvania, se granjeó en ella un crédito inmenso; se hizo el alma de sus deliberaciones, y ninguna ley se dictó por aquella corporacion que no hubiera sido en virtud de un proyecto de Franklin. Se esmeraba en predisponer los espíritus á favor de lo que habia de votarse ó emprenderse, por medio de escritos cortos, animados, lójicos, que le granjeaban el asentimiento del público y su cooperacion. De esta manera ganó la confianza de la colonia de la cual fué el consejero en la paz y el defensor militar durante las guerras de 1742 y 1754 entre la Gran Bretaña y la Francia. Estas dos guerras que estallaron la una con ocasion de la sucesion de la casa de Austria, y la otra con motivo de la conquista que acababa de hacer el rey de Prusia de la Silesia, dividieron á aquellas dos grandes potencias que por rivalidad de intereses y de política, abrazaban siempre partidos diversos. Durante la primera, habiendo atacado la Francia de concierto con el rey de Prusia á la casa de Austria, se declaró la Inglaterra á favor de la emperatriz Maria Teresa: durante la segunda guerra, habiéndose unido la Francia con Maria Teresa, para invadir los estados del rey de Prusia, la Inglaterra se decla-

ró protectora de Federico II. Los efectos del desacuerdo entre aquellas dos potencias se extendieron desde la Europa hasta el continente americano.

Fué necesario poner á las colonias en estado de defensa, de lo cual tenia la Pensilvania muy particular urgencia por carecer de tropas y de armamento militar. A invitacion de Franklin se asociaron diez mil hombres para alistarse como milicianos y para proporcionarse cañones, de los cuales se compraron ocho en Boston, los demas se encargaron á Londres, y Franklin se comprometió á pedir el contingente de la misma arma á Clinton, gobernador real de Nueva York, que se negaba á otorgarlo, y del cual lo arrancó hábilmente en medio de las efusiones amistosas y patrióticas de la *sobremesa* de un festin. Fué tambien comisionado para negociar un tratado defensivo con seis naciones indígenas que habitaban entre el lago Ontario y las fronteras de las colonias Anglo-americanas. Este tratado que realizó en concurrencia con el presidente Norris, delegado como él cerca de los belicosos salvajes de la Confederacion Iroquesa, dejó á cubierto, del lado de los montes Aleganis, á las colonias que por parte del litoral maritimo protejian los cañones.

Pero creció el peligro durante la guerra de siete años. Los franceses del Canadá con los salvajes de su parcialidad, descendieron por las aguas de los lagos para atacar las colonias inglesas por la parte del continente. Alarmadas é inquietas estas con semejante novedad, enviaron comisarios á Albany para acordar con sus seis naciones indígenas los medios de defensa. Estos comisarios, entre los cuales estaba Franklin, reuniéronse en Congreso á mediados de junio del año 1754. En esta ocasion se propuso por primera vez el proyecto de *union* de las trece colonias, aprobándose á este fin las bases presentadas por Franklin que se consi-

deraron las mejores. Segun el proyecto de éste se confiaba el gobierno de la *Union* á un *Presidente* nombrado por la corona y pagado á sus espensas, y la suprema direccion á un *gran consejo* elegido por los representantes del pueblo que componian las diversas Asambleas coloniales. Este plan casi idéntico al que adoptaron las colonias en el momento en que se emanciparon, tuvo los votos unánimes de todos los diputados al congreso de Albany.

No se realizó sin embargo. El gobierno metropolitano le consideró demasiado democrático y herizado de peligros para él, pues las colonias al defenderse podian contraer hábitos bélicos, y bastándose á sí mismas venirlas la idea de gobernarse sin la tutela agena. El gobierno de la metrópoli se decidió en fuerza de estas consideraciones á encargarse de la defensa de las colonias y mandó al efecto al general Braddock á la cabeza de dos regimientos.

Las Asambleas coloniales por su parte temieron acrecentar la prerogativa regia, poniendo á su cabeza un *presidente* dependiente de la corona, y no quisieron esponerse á debilitar su existencia particular estableciendo una administracion general, que representándolas á todas fuese superior á cada una de ellas. Esta organizacion comun que debia constituir la fuerza, asegurar la libertad y fundar la gloria de las trece colonias bajo el nombre de *Estados-Unidos*, no podia ser un acto de simple prevision sino de urgente necesidad. Quedó postergada para veinte años más tarde.

El general Braddock desembarcó en Virginia, se internó en Maryland, y se preparó á llegar hasta las fronteras de los montes aléghanies. Carecia de medios de transporte; pero el activo é ingenioso Franklin le proporcionó en pocos dias ciento cincuenta carros y mil quinientos caballos de silla y carga, para cuya adquisicion contrajo con sus dueños una deuda personal de 96,000 pesos fuertes. Con ayuda

•

del ingenio y de la decision patriótica de Franklin, pudo ponerse en camino el general Braddock llevando consigo al coronel de Virginia Jorge Washington, quien contando apenas veinte y dos años de edad habia dado ya testimonios brillantes de valor audaz y sereno y de una prudencia circunspecta y madura. Al principiar la guerra habia sorprendido y obligado á la huida á un destacamento de franceses mandados por Jumonville, quien pereció en la refriega. Washington sabia bien qué clase de guerra debia hacerse; pero el general Braddock que no conocia otra táctica que la del soldado disciplinado, queria manejarse con el enemigo en las asperezas americanas cubiertas de bosque, como lo hubiera hecho en las planicies despejadas de Europa. Marchó en masas compactas contra enemigos emboscados é indios dispersos: pasó los vados del rio Monongahela para atacar el fuerte Duquesne, y fué derrotado y muerto en esta expedicion. De los noventa oficiales que contaba su reducido ejército, veinte y seis perecieron en el campo de batalla y treinta y siete fueron heridos gravemente. Jorge Washington que recibió en sus vestidos cuatro balazos y perdió dos de los caballos que montaba, logró retirarse salvando los restos de las tropas inglesas. El jóven ingeniero de Virginia y el antiguo mozo de imprenta de Filadelfia que tan célebres debian ser en defensa de la independencia de las colonias inglesas contra su metrópoli, se señalaron aquella vez protegiendo la seguridad de las mismas colonias contra la Francia.

Despues de esta derrota hizo Franklin que la Asamblea de Pensilvania votase una contribucion de 50,000 libras esterlinas á mas de las 10,000 impuestas anteriormente por consejo del mismo: obtuvo tambien que se organizase con regularidad la milicia y se la adiestrase en ejercicios militares. Como la frontera de aquella colonia se hallaba es-

puesta más que ninguna otra á las invasiones, y sus colonos se veían atacados á cada momento por los salvajes que devastaban sus habitaciones, les mataban y arrancaban la piel del cráneo, como era de costumbre entre aquellos indijenas, Franklin se encargó de la proteccion de la colonia estableciendo una línea de fuertes militares, y como era apto y dispuesto para todo, púsose á la cabeza de quinientos hombres armados de fusiles y de hachas, y apeñsar de sus cincuenta años de edad, se internó hácia el Noroeste en medio de los rigores del mes de Enero del año de 1756, acampó en medio de las lluvias y de las nieves, se desempeñó á la vez como ingeniero y como jeneral, persiguió y alejó á los indios y levantó en lugares á propósito y á conveniente distancia tres fuertes que se sostenian y apoyaban mutuamente. En aquellos fuertes construidos con troncos de árboles y cercados de fosos y palizadas, dejó cortas guarniciones bajo las órdenes del coronel Clapham, sujeto experimentado en la guerra contra los salvajes.

A su regreso á Filadelfia el ejército de la provincia le dió el título de coronel, cargo que aceptó en 1756, habiéndole rehusado en el año 1742. En su carácter de coronel pasó en revista mil doscientos hombres bien equipados, ardorosos y orgullosos de tenerlo por jefe. Pero el gobierno británico que conservaba su antigua desconfianza con respecto á las colonias, anuló los bills que creaban fuerzas permanentes, desaprobó los grados conferidos, y proveyó á la defensa de sus establecimientos mandando al jeneral Loudon, quien no exijia de los colonos soldados sino contribuciones.

La cuestion de las contribuciones se convirtió desde aquél momento en fuente inagotable de tropiezos y de querellas, dando lugar á que el talento de Franklin se presentase bajo nuevos y no menos brillantes aspectos. Antes

de provocar el grave conflicto que dividió á la Gran Bretaña y sus colonias, aquella cuestion fué causa de una lucha acaalorada entre la Pensilvania y los herederos de Guillermo Penn, propietarios de la colonia segun la carta de su fundacion. Penn habia sido á la vez el fundador y el Gobernador de ella, y cediendo una vasta parte del terreno que habia obtenido, sustrajo lo restante de sus inmensos dominios de toda especie de impuesto para sostener de esta manera las cargas y el lustre del Gobierno colonial. En virtud de esta escepcion de derechos no lo tenia para exigir ninguna retribucion pecuniaria. Sus descendientes no se hallaban en el mismo caso que él, pues habian abandonado la colonia para establecerse en Inglaterra. No administrando yá directamente la provincia sino por medio de gobernadores delegados, pagados por esta, habian perdido el derecho á la exoneracion de los impuestos que gozaron sus antecesores en mérito de una condicion que ya no existia. Sin embargo, persistieron en exigir aquel derecho, y en las instrucciones dadas á sus mandatarios les prohibian sancionar los bills que no exonerasen á sus propiedades de las cargas impuestas al resto de la Provincia. Desde algun tiempo atras el desacuerdo se habia hecho tanto mas vivo á este respecto cuanto que la Asamblea habia decretado contribuciones pecuniarias considerables y frecuentes para subvenir á las necesidades de la defensa de la colonia.

Los dominios de los *propietarios* estaban tan bien protegidos como los de los colonos, y justo era que tanto los unos como los otros contribuyeran al sosten de las obligaciones públicas: sin embargo de esto tan racional, habia sido preciso recurrir á algunas medidas paliativas para inclinar á los gobernadores á que no se opusieran á una contribucion reconocidamente equitativa.

Sin embargo, habiendo votado la Asamblea en el año

1757 una suma de 500,000 pesos fuertes para el servicio del rey, cuya cantidad, en parte debía entregarse al jeneral Loudon, el gobernador Denny se opuso á esta contribucion, arguyendo que iba á pesar tambien sobre los *propietarios*. Indignados de esta conducta los representantes de Pensilvania, diputaron á Franklin á Londres para quejarse ante el Rey de la autoridad del gobernador ejercida con detrimento de los privilegios de la colonia y de los intereses de la corona.

El delegado de Pensilvania halló la opinion pública en Lóndres mal instruida y peor dispuesta con respecto á sus pretensiones. Creíase que la colonia procedia con ingratitud hácia los descendientes de su fundador y que se negaba á prestar los medios requeridos para resistir á los franceses del Canadá y rechazar á los salvajes de los lagos mas distantes. Franklin, con su paciencia y destreza acostumbradas, se contrajo á dar á conocer la cuestion antes de exigir su resolucion. Á este fin escribió artículos en los periódicos, y publicó una obra terminante sobre *la Constitucion de la Pensilvania y las diferencias* ocurridas entre los gobernadores y la Asamblea de aquella colonia. Cuando hubo demostrado hasta la evidencia sus derechos y la sin razon de los *propietarios*; cuando probó que la primera habia obrado siempre en justicia y en el sentido de los intereses generales, que los segundos preténdian únicamente la satisfaccion de un interés particular é infundado, entonces llevó el asunto ante los lores del consejo que debian fallar en él. Temiendo los propietarios una resolucion desfavorable entraron en arreglos y se sometieron á que sus bienes pagasen impuesto como los demas, siempre que fuese con moderacion y equidad. Esta transaccion negociada por Franklin mereció la aprobacion de la colonia.

El buen éxito obtenido por el hábil negociador de Pea-

silvania, fué de alta honra para toda la América. Los Estados de Mariland, Massachusetts y Jeorgia, llenos de confianza en él le nombraron su agente en la metrópoli en donde supo hacer útil su permanencia para la América toda. Por consejo suyo y de acuerdo con sus indicaciones, el mas notable de los Pitt, lord Chatam, emprendió y llevó á cabo la conquista del Canadá. En seguida le demostró Franklin, cuán útil era la adquisicion de aquella colonia francesa para la seguridad de las colonias de la Gran-Bretaña, las cuales solo podian peligrar ó ser turbadas en su quietud por el lado de la tierra firme. Despues que provocó la conquista preparó su enagenacion. El tratado de 1.º de Febrero de 1763, que dió término á la guerra de siete años, puso el Canadá á disposicion de la Inglaterra, y desde aquel momento quedaron las colonias al abrigo de todo peligro sobre el continente americano y pudieron estenderse sin obstáculo hácia los terrenos del Oeste. Cuando Franklin, cuyo hijo obtuvo el cargo de gobernador de Nueva Jersey, volvió á Filadelfia en el verano de 1762, la Asamblea de Pensilvania, deseosa de indemnizarle de sus gastos y sacrificios, y de manifestarle al mismo tiempo el aprecio que hacia de la eficaz intervencion de su patriotismo, le acordó la suma de 25,000 pesos y le dirigió espresiones públicas de gratitud, *tanto por haber cumplido fielmente sus deberes para con la provincia, como por haber prestado numerosos é importantes servicios á la América en general durante su residencia en la Gran Bretaña.*

Pasadas las desavenencias entre la Pensilvania y los descendientes de su fundador, otras mas graves aun ocurrieron entre todas las colonias y la Metrópoli, siendo tambien Franklin en esta ocasion el elejido para sostener los derechos de la América contra las pretensiones de la Inglaterra.

CAPITULO VIII.

Segunda mision de Franklin á Londres.—Sus negociaciones hábiles para evitar una ruptura entre la Inglaterra y la América, con motivo de las contribuciones impuestas arbitrariamente por la Metrópoli á sus colonias.—Objetos y progresos de esta ruidosa querrela.—Papel que en ella desempeñó Franklin.—Su prevision y entereza.—Escritos que publicó.—Tramas que descubrió.—Ultrajes de que fué blanco ante el consejo privado de Inglaterra.—Serenidad con que los recibió y recuerdo profundo que siempre guardó de ellos.

No sin atraerse la enemistad de los *propietarios* de Pensilvania, habia Franklin atacado con perseverancia y buen éxito las pretensiones de aquellos, quienes, apoyados en los parciales que aun tenian en la colonia, hicieron cuanto les fué posible para alejar á sus adversarios de la Asamblea cuando esta se renovó en el otoño del año 1674. Contrajeron especialmente sus esfuerzos contra la eleccion de Franklin, objeto que al fin lograron alcanzar; de modo que despues de haber desempeñado este por unanimidad de sufragios y con desprendimiento, durante catorce años consecutivos, el cargo de diputado, fué depuesto de su asiento en la Asamblea colonial, y pasó de nuevo á Inglaterra en clase de agente de la provincia, por elección de sus partidarios que siempre se conservaban en mayoría en aquel cuerpo deliberante.

En visperas de partir á desempeñar su nueva mision, dió una tierna despedida á sus compatriotas. «Doy talvez el último adios, les decia, al pais de mi cariño, al pais en que he pasado la mayor parte de mi vida. Deseo todo jénero de felicidad á mis amigos, y á mis enemigos les perdono.» Tenia por encargo suplicar al rey que se sirviese rescatar de los *propietarios* el derecho de gobernar la colonia, pero le estaba reservado en Inglaterra desempeñar un papel mu-

cho mas notable. «Esta segunda mision, dice el Dr. Guillermo Smith, parecia decretada por la providencia, y para honra de la Pensilvania vivirá siempre el recuerdo de que el agente elejido para sosten y defensa de los derechos de una sola provincia ante la Corte de la Gran-Bretaña, fué al mismo tiempo el intrépido campeón de los derechos de todas las colonias americanas, el cual, al ver las cadenas que se les preparaban, concibió la idea magnánima de romperlas antes que fuesen remachadas.»

La querrela comenzó muy luego, y fué su primera señal el derecho que el parlamento inglés quiso en el año 1765 hacer estensivo á las colonias. Gozaban los ingleses en toda la estension del imperio británico de las garantías políticas y civiles que sus antepasados habian consagrado en la *carta magna*, y en el *bill de derechos*. Seguridad en las personas, libertad de pensar, proteccion en el goco de sus propiedades, discusion de los impuestos, el juicio por jurados, intervencion en los negocios de interés comun, tales eran los derechos y prerogativas de que gozaban desde la cuna y debian á las instituciones de su pais alcanzadas con tanto labor, con tanta paciencia perfeccionadas, sostenidas con tanto respeto. Estas garantías inviolables de su libertad y de su propiedad, esta participacion en las leyes que debian rejirles, las habian transportado, consigo los colonos ingleses á las costas de la América setentrional al establecerse en ellas. Poníanlas en práctica con tranquilo orgullo y estaban apegados á ellas como á un derecho de la sangre, como á un hábito de la vida, como á la primera condicion de su honor y de su bienestar.

Aun cuando las trece colonias no tenian igual composicion social, ni igual administracion política, gozaban, sin embargo, de todas las instituciones fundamentales de la Inglaterra. Por ejemplo, las colonias situadas unas al sur

y otras al norte del Hudson, diferian entre sí por la naturaleza de su población y por la manera de trabajar la tierra. Al sur del Hudson, la Virginia, las Carolinas, la Georgia, tenían una organización territorial más aristocrática, pues los propietarios transmitían la posesión de sus vastos dominios á sus primogénitos con arreglo á las leyes de sucesión de la metrópoli, y en muchas partes el terreno se cultivaba con esclavos. Al norte, por el contrario, la más perfecta igualdad civil robustecida con la independencia cristiana más absoluta, habían convertido en estados puramente democráticos á las colonias de Connecticut, de Rhode-Island, de Massachusetts y de New-Hampshire. No había en ellos ni diferencia de condiciones, ni mayorazgos en las familias, ni trabajo servil en los campos, ni propietarios poderosos, ni labradores esclavos.

No había igualdad ni en la composición, ni en el gobierno de las colonias. Según el tenor de las cartas fundacionales, unas como Pensilvania, Maryland, las Carolinas y Georgia, concedidas en propiedad á un hombre ó á un establecimiento, tenían á la cabeza un gobernador nombrado por sus *propietarios*; el cual gobernador estaba encargado del Poder Ejecutivo y administraba bajo la inspección y dependencia de la Corona. Otras, como Nuova-York, estaban sujetas á un gobernador real; y otras, por fin, en el número de las cuales entraban Connecticut, Nueva Jersey, Massachusetts, Rhode-Island y Nuevo-Hampshire, se administraban bajo el patronaje de la madre patria.

Pero si diferían las colonias bajo estos respectos, se asemejaban bajo muchos otros. Todas, por ejemplo, estaban divididas en comunas que formaban el Condado, en Condados que formaban el Estado, mientras que estos llegasen á formar *la Union*. En todos ellos, las comunas decidían libremente en los negocios de la localidad: los Con-

dados nombraban representantes á la Asamblea Jeneral del Estado que hacia veces de parlamento de las colonias. Este parlamento, en cuyo seno se deliberaba sobre los intereses comunes de la colonia, se dictaban las leyes que habian de rejirla y se votaban las contribuciones necesarias para satisfacer á sus necesidades, era mucho mas democrático que el parlamento de Inglaterra. Se componia de una sola Cámara, por cuanto la alta nobleza feudal y el cuerpo episcopal, que en la madre patria habian dado origen á la Cámara de los lores, nunca atravesaron los mares para establecerse en América. Habia, es verdad, nobles en Virginia y en Carolina, pero jeneralmente los fundadores de las colonias eran simples ciudadanos. La division de la autoridad legislativa, que no existia alli, en mérito de la division de las clases, aun no se habia verificado como sucedió mas tarde despues de la guerra de la independencia, siguiendo los consejos de la ciencia en cuanto á la distribucion de los poderes. La institucion de pares hereditarios no habia sido reemplazada con el establecimiento de un Senado electivo, y una Asamblea única, nombrada anualmente, ejercia la soberania en cada colonia, con sujecion al gobernador.

Las colonias hasta entónces habian conservado el derecho de fijarse á sí mismas las contribuciones que debian pagar; el rey les pedia, por medio de los gobernadores, los subsidios de que necesitaba la madre patria y ellas los acordaban con plena libertad. A mas de estas sumas extraordinarias que los anglo-americanos acordaban en casos urgentes, pagaban un impuesto sobre sus bienes y personas, equivalente á 18 peniques por libra esterlina; pagaban tambien sobre todos los empleos y profesiones, sobre todo género de comercio, contribuciones proporcionales á las ganancias, derecho que montaba á una media corona

por libra; pagaban, á mas, un derecho sobre el vino, el ron, las bebidas espirituosas en general, y contribuían al fisco inglés con diez libras esterlinas por cada negro introducido en las colonias donde hay esclavos. Esta renta considerable que el gobierno británico percibía de la América del Norte, correspondía al provecho no menos cuantioso de que gozaba la nación inglesa con el ejercicio del monopolio del comercio y de la navegacion. La metrópoli abastecía á sus colonias de todas las manufacturas que consumían. Estas colonias, mientras tanto, crecían en poblacion y en riqueza con rapidez y ocupaban con ciudades laboriosas y con opulentas plantaciones las costas desiertas ó cubiertas antes con selvas vírgenes. Había bastado un siglo para convertirse unos cuantos centenares de colonos ingleses en un pueblo de dos millones y medio de americanos que consumían de la Inglaterra, antes de su ruptura con ella, el valor de 6,022,132 libras esterlinas en manufacturas. Suma casi equivalente á la totalidad de las exportaciones inglesas en todo el mundo el año 1704, es decir, tres cuartos de siglo antes de la emancipacion. La renta para el tesoro público, la ganancia para la nacion, el engrandecimiento del Estado, que resultaban del desenvolvimiento próspero de las colonias; de su afecto filial y de su libertad é independencian, todo esto tuvo la Inglaterra la inhabilidad de perderlo por su orgullosa codicia y por su temerario espíritu de dominacion.

En el año 1739 no faltó quien propusiera á Roberto Walpole la creacion de nuevos impuestos sobre las colonias para el sosten de la guerra con España; pero el hábil y juicioso ministro se contentó con responder de mal humor: «Dejo que tome esa medida alguno de mis sucesores, mas atrevido que yo y menos amigo del comercio.» Est: sucesor apareció en 1764. El ministro Grenville no se de-

tuvo en el camino resbaladizo de las usurpaciones, traspasando al parlamento británico el derecho de levantar contribuciones reservado hasta entonces á las Asambleas americanas; cosa que era no solamente una innovacion sino un golpe de estado. Las colonias que no tenian representantes en la Cámara de los Comunes de Inglaterra, no podian someterse legalmente á las decisiones en que ellas no habian tomado parte. Grenville, no obstante, presentó al Parlamento en 1764 é hizo que adoptase el año siguiente, el *acta del papel sellado* que sobrecargaba de un derecho especial todas las transacciones en América, obligando á los colonos á comprar, á vender, á dar ó prestar, á hacer testamento, en papel sellado por mandato y en beneficio del fisco.

Descontentas ya con algunas resoluciones tomadas por el parlamento el año 1764 agravando con derechos el comercio americano que era libre en las Antillas francesas, limitando los pagos en papel moneda y exigiéndolos en especies, las colonias no pudieron contenerse al saber el *acta del papel sellado*, que la consideraron como un atentado audaz contra sus derechos y como el primer paso á la servidumbre si no le oponian resistencia. Dieron á aquella acta el nombre de la *locura de Inglaterra y la ruina de la América*. En la indignacion unánime y tumultuosa que estalló en todas las colonias, manifestándose con movimientos populares y con decisiones legales, prohibieron el uso del papel sellado, obligaron á los empleados encargados de su venta á renunciar este empleo y se apoderaron de los fardos en que le habian transportado, quemándole en público.

Los diarios americanos numerosos ya entonces y atrevidos, sostuvieron que era llegado el caso de *unirse* ó de *morrir*. El 7 de Octubre de 1765 se reunió un congreso en Nueva-York compuesto de diputados de todas las colonias,

el cual declaró en una petición enérgica, que sin faltar á la fidelidad á la corona estaba resuelto á defender sus libertades. Los anglo-americanos, usando de las terribles armas de que podían disponer en daño de la Inglaterra, se comprometieron á no usar mercadería ni producto alguno peninsular para detener la ambición de su gobierno con los perjuicios inferidos á su comercio. Una liga de *no-importacion* se formó y se cumplió estrictamente, rompiendo así mercantilmente la América con la Gran-Bretaña.

La metrópoli hubo de ceder ante tan serias manifestaciones y tan hábiles medidas. Un nuevo ministerio formado por el marques de Rockingham, reemplazó al gabinete dirigido por Grenville con tan poco pulso. Llamado Franklin ante la Cámara de los Comunes, dió informes tan claros, manifestó tanto ingenio en sus observaciones, tanta cordura en sus consejos, que contribuyó poderosamente á anular el acta del papel sellado, demostrando que era peligrosa para los americanos. Aquella acta fué revocada el 12 de Febrero de 1766, aunque no con toda la madura reflexión que hubiera sido de desear, porque en efecto, si el gobierno inglés renunció á la ejecución de una medida imprudente, no desistió, sin embargo, del derecho exorbitante que se había arrogado al decretarla. La revocación del acta del papel sellado apareció acompañada de un bill, en el cual se estableció que el rey, los lóres y comunes de la Gran Bretaña tenían el derecho de dictar leyes y estatutos obligatorios á las colonias, so pretexto de que el poder legislativo se extendía á todos los puntos del territorio británico. No tardó mucho en darse á esta doctrina una nueva aplicación. Allá por el verano del año de 1769, creyendo el gobierno inglés que las colonias soportarian con mejor voluntad una contribución indirecta sobre el precio de los objetos de consumo que importaban de la metrópoli, impuso un dere-

cho sobre el vidrio, el papel, el cuero, los colores y el té, dando con esta medida comienzo á la lucha que habia de tener por término final esta vez, ó la sumision completa ó la independencia absoluta de las colonias.

La América resistió al impuesto sobre aquellas mercaderías, con la misma firme resolucion y unanimidad que á la contribucion de papel sellado, dando la señal de oposicion la provincia de Massachusetts que era la mas fuerte y populosa. Esta misma habia provocado la reunion del Congreso de Nueva-York en 1765, y provocaba ahora la liga colonial contra la importacion de productos ingleses. Habiendo sido disuelta su asamblea ordinaria, convocó audazmente una extraordinaria con el nombre de *Convencion*, echándose sobre sí el peso de esos sacrificios que indican en los pueblos un sentimiento arraigado del derecho, preparándoles al mismo tiempo al difícil uso de la libertad por medio de árduos esfuerzos de virtud. Se mandaron tropas á Boston, capital de esta provincia, en donde corrió sangre sin que la resistencia se debilitase. Las trece colonias firmaron la liga. En todas partes se sometieron á la privacion del té, se vistieron con tejidos bastos, se desecharon las materias primeras y las manufacturas inglesas y se consumieron productos americanos únicamente, cuyas fábricas se protejieron por medio de suscripciones. Unánimes y perseverantes en su sistema de *no importacion*, lograron las colonias ver anulado el derecho que se arrogaba la metrópoli desechando sus productos manufacturados.

Considerando el gobierno británico que iba infaliblemente á perder aquel vasto mercado para el expendio de sus productos, que era inútil el derramamiento de sangre que pudiera acarrear el envío de las fuerzas de Nueva-York á Massachusetts, y que era de temerse que se separase la América de la Inglaterra, habituándola á desobedecer y forzán-

dola á detestar su metrópoli, adoptaron una política mas cuerda y lord North cabeza de un ministerio nuevo, suprimió en 5 de Marzo de 1770 el impuesto sobre las mercaderías pero no sobre el té. Esto no era suficiente: la reconciliacion no fué entera y por consiguiente la desconfianza quedó viva como antes. Formáronse confederaciones secretas en defensa de las libertades americanas y la lucha casi apagada desde 1771, estalló de nuevo al año siguiente, cuando queriendo el gobierno inglés asegurar el cumplimiento de sus leyes en las colonias, puso á todos sus magistrados bajo la directa y única dependencia de la corona.

Franklin no habia permanecido inactivo durante esta larga crisis. Despues de su eficaz intervencion contra el derecho del papel sellado, habia merecido el nombramiento de Ajente de Massachusetts, Nueva-Jersey y Georjia, y puesto de su parte todo lo posible para reconciliar á la Gran Bretaña con la América, ilustrando á la una acerca de sus verdaderos intereses y sosteniendo á la otra en el goce de sus derechos. Habria de buena voluntad conservado íntegro al imperio británico; pero era demasiado avisado para no advertir todas las dificultades de este empeño. La solidez de su buen sentido le hizo ver desde temprano toda la estension y gravedad del desacuerdo ocurrido. Previó que este desacuerdo traeria casi inevitablemente un rompimiento; este rompimiento una guerra terrible; esta guerra sacrificios interminables; que para perseverar en éstos sacrificios, difíciles de soportar aun para pueblos sólidamente constituidos, era indispensable que uno nuevo se embetiese poco á poco en los sentimientos de abnegacion y patriotismo; y por último, que para inspirarle estos sentimientos de abnegacion y patriotismo, era indispensable agotar antes todos los medios conciliatorios y convencerle de que no le restaba otro recurso que insurreccionarse y vencer.

Tanto en sus relaciones con el gobierno metropolitano, como tambien al aconsejar á sus compatriotas, tomó por base aquella idea en la cual convinieron igualmente John Jay, John Adams, Jorge Washington, Tomas Jefferson y otros excelentes personajes que cuenta la América en el número de sus libertadores. Publicó numerosos escritos con el objeto de ilustrar á la Inglaterra sobre la injusticia y el error que á la vez cometia, y espuso de una manera tan luminosa como agraciada los privilegios y los agravios de las colonias. En la primera obra que imprimió con este epigrafe: *Las olas no se levantan sino cuando sopla viento*, probó que el parlamento, en el cual carecian las colonias de representantes, no tenia derecho á imponer las contribuciones como tampoco lo tenia para imponérselas al reino de Honover. A fin de poner de relieve el absurdo de semejante pretension, hizo imprimir y circular un edicto supuesto del Rey de Prusia estableciendo una contribucion sobre los habitantes de la Inglaterra por ser descendientes de emigrados de sus dominios: y no satisfecho aun con la demostracion del derecho, se dirigió á los intereses de la Inglaterra advirtiéndola que si persistia en su sistema de ilegalidad y opresion perderia sus colonias y se mutilaria con sus propias manos. Espuso esta idea bajo una forma irónica en un panfleto titulado: *Medio para hacer un Estado pequeño de un gran imperio*.

Pero tan cuerdas advertencias, tan animosas reclamaciones, tan ingeniosas y proféticas amenazas, no tuvieron influencia alguna sobre el gobierno británico, porque momentos hay en que nada ven ni escuchan los que manejan las riendas de los Estados, y se irritan cuando se les quiere ilustrar. Franklin se hizo sospechoso ante los ministros ingleses y se acarrió el odio del rey, por atribuirsele que fomentaba la resistencia de las colonias bajo un plan pérfidamente concebido y desenvuelto con astucia. En este concepto estendió la

corona sus usurpaciones sobre las colonias y se figuró que cercenándoles sus privilegios las privaba de todos los medios de desobediencia, y fué entonces que pretendió traer á sí no solo la administracion de justicia sino la administracion entera del pais. Al introducir esta innovacion en Massachusetts pagó la corona de sus fondos el sueldo del Presidente de la Corte Suprema que hasta entonces habia pagado la colonia. La Asamblea protestó, y fué disuelta, sin que á esto se limitara el complot empezado contra las libertades de aquella poderosa provincia. El gobernador Hutchinson, el secretario Andres Olivier y algunos otros colonos infieles, habian escrito á Inglaterra provocando á la revocacion de la carta de Massachusetts y al empleo de medidas coercitivas, y como estas cartas cayesen en manos de Franklin, las puso en conocimiento, de sus comitentes causando extrema indignacion en la colonia. La Cámara de Representantes entabló querrela contra los culpables autores de semejante correspondencia, por haber sugerido medios tendentes á destruir la armonía entre la Gran-Bretaña y la colonia de Massachusetts, por haber introducido fuerzas militares en el territorio de la misma y por haberse hecho responsable de las desgracias causadas por el choque entre los soldados y los habitantes. Esta acusacion de la Cámara tuvo lugar ante el Consejo privado de Inglaterra y Franklin fué el encargado de proseguir la acusacion.

El ministerio ingles y el rey Jorge que le destestaban á porfia, creyeron haber llegado la ocasion deseada de perderle recurriendo á la difamacion. Un abogado osado, decidior, impudente, llamado Wadderburn, fué encargado de defender los acusados y de ultrajar al acusador. El venerable doctor Franklin, á quien el mundo todo admiraba y respetaba, fué, durante muchas horas, el blanco de torpes sarcasmos y de violentas injurias. Tratóle el abogado Wadderburn de la-

don de cartas á quien queria *marcar con el hierro de la infamia*, provocando mas de una vez la risa zafia de los lores del consejo haciendo coro á los denuestos ultrajantes de aquel declamador venal. Franklin, entretanto, sentado frente al abogado, escuchábale en paz y con el mas plácido semblante, haciendo con la mano derecha un ademán por detras de su espalda para significar que las injurias pasaban sin herirle. No obstante la fuerte cota de la impasibilidad del varón prudente, el resentimiento penetró hasta ofender el corazón del hombre, y Franklin al salir acompañado de un amigo le dijo: “Acaba de pronunciarse un discurso que no lo ha pagado del todo el que lo costea y puede ser que le cueste mas caro de lo que piensa». Y en efecto, muy pronto lo pagó Jorge III con la pérdida de la América. Quedó en el alma de Franklin grabado profundamente el recuerdo de aquella sesión del día 29 de Enero de 1774, en la cual fueron honrosamente absueltos los provocadores de la usurpacion inglesa, y difamado con calculada intencion el defensor de las libertades americanas. Llevaba ese dia un vestido de terciopelo de Manchester, y volvió á usarle cuatro años despues, el 6 de Febrero de 1778, cuando firmó en Paris con el plenipotenciario del rey de Francia, el tratado de alianza que habia de facilitar la victoria y afianzar la independencia de las colonias insurreccionadas.

CAPÍTULO IX.

Destitucion de Franklin del cargo de Administrador de correos en América.—Medidas tomadas contra Boston y la colouia de Massachusetts.—Reunion de un Congreso jeneral en Filadelfia por indicacion de Franklin — Súplicas decorosas de este Congreso comunicadas á Franklin y desechadas por el rey y por ambas Cámaras del Parlamento.—Plan de conciliacion presentado por Franklin.—Magnífico elójio que de él hizo lord Chatam en la Cámara de los Pares.—Su regreso á América.

El Gobierno ingles que se propuso herir la reputacion de Franklin quiso tambien perjudicarle en los bienes de fortuna destituyéndole del empleo de administrador jeneral de correos en América. Resuelto á seguir el camino de la violencia halló ocasion para precipitarse en él. Habiendo despachado la compañía de indias 60 cajas de té para América, se negaron á recibir la parte que les cabia las ciudades de Filadelfia y de Nueva-York, mientras que no contentándose Boston con esto solo las arrojó al mar.

Este violento proceder irritó la cólera y alentó el despotismo del gobierno metropolitano, el cual se decidió á arruinar el comercio de la ciudad de Boston, á revocar los privilejios de la provincia de Massachusetts, á comprimir cualquiera resistencia que pudieran oponer los anglo-americanos. En el mes de Marzo de 1774, lord North pidió al parlamento lo siguiente: el bloqueo de Boston; que la cámara nombrase á los consejeros del gobernador, jueces y á todos los empleados de Massachusetts, sin que los representantes de las colonias pudiesen entrometerse en la administracion; facultades para juzgar fuera de la colonia y hasta en Inglaterra, á cualquiera que en un tumulto cometiese un homicidio ó cualquier otro crimen capital; autorizacion para alojar soldados en las casas de particulares. Todas estas proposiciones sometidas á vo-

tacion alcanzaron mayoría. Una escuadra partió á bloquear á Boston, en donde al mismo tiempo estableció sus cuarteles el jeneral Gage, á espera de fuerzas mas considerables destinadas por la Inglaterra para arrasar las colonias si osaban moverse.

Fué jeneral en América la indignacion contra estos nuevos actos del parlamento ingles. Boston se decidió á resistir con valor y todas las colonias resolvieron sostener á Boston, vigorosamente, porque habian comprendido que la provincia de Massachusetts debia ser la tumba ó el asilo de la libertad americana. Virginia la belicosa, dió el ejemplo. Su Asamblea imploró la misericordia de Dios con ayunos, oraciones y luto: al separarse sus miembros por órden del gobernador, declararon que violentar á una colonia era lo mismo que violentar á todas. Se renovó bajo reglas mas estrictas la liga para impedir no solo las importaciones inglesas sino tambien las esportaciones para la Inglaterra. En Massachusetts, los majistrados antiguos cesaron en sus funciones y los nuevos se negaron á llenarlas fuese por temor ó por voluntad propia. La justicia cesó; la guerra únicamente reinaba en todos los ángulos del pais: aquí se levantaba una compañía y se establecia una fábrica de pólvora; allí los hombres aprendian el egercicio de las armas, las mujeres fundian balas, mientras un ejército se aproximaba para resistir la empresa del general Gage, quien se habia establecido con seis regimientos y artillería en una lengua de tierra que separa del resto del continente á Boston, bloqueado ya por algunos buques de guerra.

Preciso era que el sentimiento de las colonias todas hallase un órgano único, y que sus esfuerzos se sometieran á una misma direccion. Un año antes habia escrito Franklin estas palabras: “La mas cuerda y útil marcha que pudieran adoptar las colonias, seria reunir un *congreso jeneral*....hacer

una declaracion solemne y positiva de sus derechos, comprometerse recíproca é irrevocablemente á no acordar subsidio alguno á la corona.... hasta que aquellos derechos hayan sido reconocidos por el rey y por ambas cámaras del Parlamento: en fin, comunicar esta resolucion al gobierno inglés. Estoy convencido de que este paso provocaria una crisis decisiva; y sea que se nos acuerden nuestras peticiones, ó que se recurra á medidas de rigor para obligarnos á desistir, no por eso dejaremos de llegar á nuestro objeto, porque la odiosidad que siempre acompaña á la injusticia y la persecucion, contribuirá á alentarnos y estrechar el lazo de nuestra union; y el universo reconocerá que nuestra conducta es honrosa." Este consejo dado en el año 1773 se convirtió en un hecho al siguiente, convocando un congreso jeneral que se reunió el día 5 de setiembre en Filadelfia, ciudad capital de la mas central de las colonias.

Compontase este Congreso de cincuenta miembros, entre los cuales se contaban los hombres de mayor crédito, de mas talento, mas respetados de las trece colonias, como Peyton Randolph, Jorje Washington, Patrik Henry, John Adams, Livingston, Rudlege, John Jay, Lee, Mifflin, Dickinson, etc., que llegaron á ser inmortales defensores de la independencia americana. Tal es el acierto que saben tener en su eleccion los pueblos capaces de gobernarse por sí mismos. Escojen bien y obedecen mejor. Delegan la jestion de las cosas árduas en hombres superiores á quienes se prestan dóciles despues de haberles investido de toda su confianza con discernimiento. Este memorable Congreso, en el cual el acuerdo de las opiniones preparó el de los actos, decidió que debia sostenerse á Boston contra las fuerzas inglesas, levantar contribuciones para ir en su ayuda, alentar y sostener la resistencia de la provincia de Massachusetts contra las medidas opresoras del parlamen-

to británico. Publicó al mismo tiempo una declaración de los *derechos* que correspondían á las colonias inglesas de la América setentrional, en virtud de las leyes de la naturaleza, los principios de la Constitución británica y las cartas concedidas. Declaración solemne que se elevó al rey acompañada de una petición y de un manifiesto al pueblo de la Gran-Bretaña, y de una proclama á todas las colonias inglesas. En todos los actos de aquellos arrogantes y enérgicos Norte-americanos se traslucía el arraigado sentimiento de la justicia, la confianza en sus fuerzas; la dignidad de los hombres libres y el afecto mutuo entre conciudadanos que anhelaban á no dividirse por enemistades á fin de no caer en la esclavitud que detestaban. Decían al pueblo inglés: “Sabed que nos creemos tan libres como lo sois vosotros; que poder ninguno de la tierra tiene derecho para apoderarse de nuestros bienes sin nuestro libre consentimiento; que esperamos ser partícipes en todas las ventajas que la Constitución británica acuerda á los que están á ella sometidos, y en particular en el inestimable derecho del jurado; que consideramos como perteneciente á la esencia de la libertad inglesa el que nadie pueda ser condenado sin oírsele previamente en juicio, ni castigado sin haber hecho su defensa; que pensamos que la Constitución no da al parlamento de la Gran-Bretaña el poder de establecer en parte alguna del globo una forma de Gobierno arbitraria. Todos estos derechos y otros muchos violados repetidas veces, son tan sagrados para vosotros como lo son para los americanos.” Instábanle que no sufriese por mas tiempo aquellas infracciones y á que nombrase un parlamento penetrado de la cordura é independencia suficientes para restablecer entre todos los habitantes del imperio británico la armonía y el afecto que ardientemente deseaba todo americano verdadero y honrado.

En la súplica al rey, le decían, que lejos de introducir innovacion alguna se habian limitado á desechar las que habian querido establecerse en daño de ellos; que no eran culpables de ofensa de ninguna especie, á menos que no se les motejase el haberse resentido de aquellas que se les habia inferido. Recordaban á Jorge III que sus antecesores habian subido al trono de Inglaterra para proteger á una nacion jenerosa contra el despotismo de un rey supersticioso é implacable; que su título á la corona era idéntico al de su pueblo á la libertad; que ellos no querian renunciar á la gloriosa condicion de ciudadanos ingleses, ni soportar los males de la servidumbre que les preparaban á ellos y á sus descendientes; y añadian: “Como V. M. es entre los monarcas todos de la tierra, el que tiene la ventura de reinar entre ciudadanos libres, pensamos que el lenguaje de los hombres independientes no podrá de ninguna manera agraviarle. Esperamos por el contrario, que caiga su real desagrado sobre esos hombres perversos y perniciosos, que colocándose audazmente entre vuestra persona augusta y sus fieles súbditos, se emplean, ya ya en algunos años, en romper los vínculos que unen entre sí á las partes diversas de vuestro imperio, abusando de vuestra autoridad, calumnian á vuestros súbditos americanos, y promueven y trabajan por realizar los planes mas reprobados de opresion, reduciéndonos al extremo (con un cúmulo de injurias harto crueles para soportarse por mas tiempo) á la necesidad de turbar con nuestras quejas el reposo de vuestra Magestad.”

Mandaróse todos estos documentos al discreto diplomático del Nuevo-Mundo, quien, asi como Washington y la mayorta de los miembros del Congreso, no creía ya en la posibilidad de reconciliarse con la Inglaterra. A pesar de este convencimiento apuró hasta el fin el cumplimiento de

sus deberes y se condujo como si todavía le asistiera alguna luz de esperanza. El 29 de Noviembre del año 1774 habia tenido lugar la reunion de otro parlamento, y el ministerio nuevo habia abierto con Franklin una negociacion indirecta, preguntándole cuales serian las condiciones en mérito de las cuales volverian las colonias á la pasada obediencia. A esta pregunta contestó con diez y siete artículos que contenian las principales condiciones siguientes: libertad de derechos sobre el té, obligándose la ciudad de Boston á pagar los cargamentos inutilizados por ella; revision de las leyes sobre navegacion y anulacion de los actos restrictivos sobre las manufacturas coloniales; renuncia por parte del Parlamento inglés á todo derecho de legislacion y de impuesto sobre las colonias; facultad concedida á estas de imponerse á sí mismas en caso de guerra contribuciones proporcionales á las que pagase la Inglaterra, la cual en tiempos pacíficos gozaria del monopolio del comercio colonial; no envío de tropas al territorio americano sin consentimiento de las Asambleas legislativas de las provincias; el pago de los gobernadores por estas asambleas y de los jueces que el rey nombrase; la revocacion de las últimas medidas tomadas contra Massachusetts.

Estos artículos discutidos sucesivamente con los doctores Barclay, Fothergill, los lores Hyde y Howe, amigos del ministerio, redactados con ciertos cambios, no fueron á pesar de esto, vistos bien ni aceptados por lord Darmouth, ministro de las colonias, ni por lord North presidente del gabinete: ni tampoco surtió mejor efecto la presentacion del Congreso al rey, que llegó durante esta negociacion indirecta. El recurso entablado ante el pueblo de la Gran Bretaña no hizo mas circunspecto al nuevo parlamento, ni mas justo y previsor que lo habia sido el pasado. Una mayoría córtesana y temeraria, ébria de orgullo metropolita-

ño y arrastrada por la política aturdida del ministerio, fué de parecer que no se debía atraer á las colonias con concesiones, sino someterlas por la fuerza.

No faltaron, sin embargo, écos generosos que se alzaron á favor de ellas en el parlamento. Wilkes y Burke en la Cámara de los Comunes, Chatam en la de los Lores, se declararon sus defensores. Este eminente estadista previó y deploró, y habria deseado evitar una separacion que provocaba la Inglaterra, cuyo engrandecimiento habia promovido durante su gloriosa administracion. Por la boca misma del doctor Franklin, que le habia visitado en sus haciendas de Hayes, estaba informado del verdadero estado de las poblaciones anglo-americanas, y de los límites que discretamente debian fijarse tanto á sus pretensiones como á la obediencia á que queria sometérselas. Chatam aplaudió la peticion enérgica y mesurada que habian dirigido al rey y dijo á Franklin “que el Congreso reunido en Filadelfia habia procedido con tanto pulso, cordura y moderacion, que en su entender no seria fácil hallar una Asamblea de hombres públicos mas respetable que aquella, desde los mas lucidos siglos de Grecia y de Roma.”

En el momento en que se ventilaba en el parlamento aquel temible asunto, apesar de las graves dolencias que le aquejaban, se presentó lord Chatam en la Cámara de los Pares para impedir la guerra entre la metrópoli y las colonias, si habia todavia tiempo para confiar en la paz. El mismo introdujo á Franklin á presenciar la sesion, en la cual pidió por consejo de este que se retirasen las tropas de Boston, para dar de esta manera el primer paso en el camino de la reconciliacion. Habló Chatam con toda la autoridad que sujere la percepcion clara de lo que ha de suceder, y sus esfuerzos fueron tan inútiles como lo son siempre los de la minoría en oposicion. Su mocion fué

desechada. Franklin, salió de esta sesion, que tuvo lugar el dia 20 de Enero de 1775, lleno de entusiasmo por el noble patriotismo, el vasto ingenio, la palabra patética de aquel pujante orador. Inmediatamente escribió á lord Stanhope, amigo de Chatam, en estos términos: “El doctor Franklin está lleno de admiracion por ese hombre verdaderamente grande. En el curso de su vida ha hallado á veces la elocuencia sin cordura, á la cordura sin el don de conmover y de convencer; pero en esta ocasion ha visto reunidas la elocuencia con la sabiduria.”

Algunos dias despues, el 2 de Febrero de 1775, lord Chatam que no se había dejado vencer del todo por su primer contraste, presentó un plan de reconciliacion bastante conforme á las ideas de Franklin. Asistió este nuevamente á la sesion de la Cámara de los Lores, en la cual se desenvolvió hábilmente el plan de una union que estaba en vísperas de romperse para siempre. Lord Sandwich contestó á lord Chatam con ira, y al atacar al defensor de las colonias no tuvo á menos atacar al agente á quien habia dividido entre los concurrentes. Pidió que no se tomase en consideracion, que se desechase sobre tablas un proyecto que mas parecia obra de algun americano que de un Par de la Gran-Bretaña; y volviéndose en seguida hácia la barra en donde estaba Franklin, añadió fijándole la vista: “Creo tener ante mis ojos á la persona que le ha redactado, uno de los enemigos mas encarnizados y crueles entre cuantos ha tenido hasta ahora la Inglaterra.”

Franklin no esperimentó turbacion alguna al oír el repéntino apóstrofe que se le dirijia, y al notar fija en él la atencion de todos los concurrentes; y al ver la impasibilidad de su semblante y el libre movimiento de sus miradas, cualquiera hubiera creído que parte ninguna le tocaba en aquella escena. No pudo sí domeñar su emocion,

cuando lord Chatam, cuya proposicion habia hallado apoyo en los duques de Richmond, de Manchester, y en los lores Shelburne, Camden, Temple, Lyttleton, rebatió la opinion poco favorable á Franklin que habia espresado lord Sandwich, y quiso que el mundo todo supiese cuáles eran los sentimientos que habia sabido inspirarle aquel hombre. “Yo soy, dijo con orgullosa dignidad, el único autor del plan presentado á la Cámara. Créonte tanto mas obligado á hacer esta declaracion, cuanto que muchas de vuestras señorías parece que hacen poco caso de él: pues si ese plan es tan débil, tan vicioso, deber mio es no soportar que se crea que otra persona ha tenido parte en su formacion. No trepido sin embargo en declarar que si fuese el primer ministro en este pais no me avergonzaria de llamar en público en mi ayuda á un hombre versado en los negocios de América como lo es la persona á quien de una manera tan injuriosa se acaba de aludir, hombre á quien la Europa tiene en alta estima por sus conocimientos científicos y le coloca al nivel de Boyle y de Newton, y es honra, no solo de la Inglaterra, sino de la especie humana.” Este elogio magnífico salido de una boca tan elocuente como orgullosa, hubo de hacer perder á Franklin el aplomo que en nada alteraron las injurias de lord Sandwich.

Declaráronse rebeldes á los habitantes de Massachusetts, y partieron tropas de refresco para engrosar las fuerzas que mandaba el general Gage, á fin de castigarlos y someterlos. Comprendió entónces Franklin que desenvainada la espada no podia terminarse la guerra sino con el vasallaje ó la independenciam de las colonias americanas, y que no podia permanecer por mas tiempo en Inglaterra sin peligro de su persona y con provecho de su patria. Convertido en objeto de malquerencia y de inquietudes para con el gobierno británico, preveia que iban á tomarle preso bajo pretesto de

que tramaba y fomentaba una rebelion en las colonias. Púsose en guarda contra estas asechanzas con vigilante sagacidad y preparó clandestinamente su viaje, dando varias citas con objetos políticos para el día mismo en que debía embarcarse; de manera que si el ministerio tenia intencion de prenderle no debia darse mayor prisa suponiéndolo siempre á su alcance. Cretasele todavia en Inglaterra cuando ya estaba lejos de Lóndres navegando hácia América, á la cual llevaba los consejos de su esperiencia, los recursos de su habilidad, el ardor de su patriotismo, y el brillo y la autoridad de su nombre.

Franklin no tenia ya que representar el papel de conciliador, empezando para él el de enemigo declarado, debiendo mostrarse en este tan encarnizado, como paciente en el otro; porque Franklin nunca hacia las cosas á medias. En todas las situaciones fijaba el blanco allí donde el interés de su pais estaba; y caminaba hácia él con discernimiento y coraje, en línea recta y sin tomar descanso. Sabia que en los debates con los hombres, como en la lucha de los pueblos, aquel triunfa que mas y por tiempo mas largo desea el bien. Para imprimir inmediatamente en sus compatriotas la decision emprendedora, durable, invencible, la voluntad poderosa que ilustra las miras del interés, da energia á la fuerza de la pasion y sostiene el sentimiento del deber, era preciso, crearla poco á poco, generalizarla antes de emplearla, arraigarla y hacerla unánime para que llegase á ser inflexible y victoriosa por consiguiente. A realizar estas miras se contrajo inmediatamente Franklin, y empleó su celo y su habilidad en dar á conocer á la América toda, la necesidad inevitable de la resistencia en que se hallaba, mostrándole la evidente imposibilidad de esperar una reconciliacion. Esta política del sábio filósofo, fué tambien la del virtuoso general Was-

hington y del inflexible demócrata Jefferson, es decir, de los tres mas ilustres fundadores de la Union Americana. Mas, si la América llegaba á quebrantar sus vinculos con la metrópoli, era necesario que de esta circunstancia naciera su independenciam, y que para asegurar y afianzar esta emancipacion, se atendiese á su defensa militar y á su organizacion política, creando ejércitos, promoviendo alianzas y dándole instituciones. En circunstancias tan solemnes como nuevas, empieza para Franklin una situacion nueva tambien. A todas las glorias que ya tenia conquistadas, va á añadir la de trabajar por la Constitucion de un gran pueblo, concurriendo á salvarle y presidiendo á su nacimiento.

CAPITULO X.

Vuelta de Franklin á América.—Sus trabajos como miembro de la Asamblea de Pensilvania y del Congreso colonial.—Resistencia armada á las trece colonias.—El parlamento británico las declara fuera de la proteccion real.—Declaran solemnemente su independencia y proclaman la constitucion de los Estados-Unidos.—Organizacion política de Pensilvania bajo la influencia de Franklin.—Mision inútil de lord Howe en América.—Victoria primera de los ingleses.—Situacion peligrosa de los americanos.—Pasa Franklin á Francia en solicitud de socorros y autorizado para negociar una alianza.

Embarcado Franklin el dia 22 de Marzo de 1775, llegó despues de seis semanas de travesía al cabo Delaware, y puso de nuevo el pié en la tierra americana que once años antes habia dejado sumisa á la madre patria y encontraba ahora dispuesta á arrostrar los peligros de una insurreccion decidida y de una guerra sin reconciliacion posible. Fué recibido con testimonios de un agradecimiento afectuoso y de una veneracion universal. Al dia siguiente de su entrada á Filadelfia, nombróla la legislatura de Pensilvania,

á unanimidad de votos, miembro del segundo Congreso que acababa de reunirse el 10 de mayo en aquella ciudad. Habia estallado ya la guerra. Algunos cuerpos del ejército inglés habian llegado el 19 de abril de 1775 hasta Lexington y Concord, cometiendo horrores; pero habian sido rechazados hácia Boston y perseguidos por las milicias americanas poco aguerridas pero llenas de entusiasmo y valor.

Los ataques sobre Lexington y Concord irritó hasta el extremo á todos los americanos. El Congreso decidió unánimemente que las colonias debian ponerse en estado de defensa (Junio 15 de 1775) y tambien á unanimidad confirió el mando supremo de las fuerzas continentales al general Washington. ¡Admirable unanimidad, sin envidia en los corazones, sin desacuerdo en las voluntades! Él pueblo acordó esta autoridad con plena confianza y los gefes la aceptaron con modestia y la ejercieron con decision y desprendimiento.

Encargado Franklin en aquella ocasion de las mas árduas misiones, consagró todo su tiempo al servicio de la causa pública, dividiendo su atencion entre los intereses de su provincia y de la América en general, en su calidad de miembro del Congreso de Pensilvania. A las seis de la mañana iba á la comision de seguridad, encargada de la defensa de Pensilvania, y desde las nueve asistia hasta las cuatro de la tarde á las sesiones del Congreso. “La mas completa unanimidad de opiniones, escribia á uno de sus amigos en Lóndres, reina en ambos cuerpos y todos sus miembros son exactos en el cumplimiento de sus deberes. Dificil será que crean en Inglaterra todo el celo que inspira aquí el amor por el bien público, sin necesidad del sueldo de miles de libras con que allá se pagan los empleos.”

Dos dias despues del nombramiento de Washington y an-

tes que llegase á los cuarteles de Cambridge, el general Gage ceñido entre Boston y las fuerzas americanas mandadas todavia por el jeneral Ward, atacó á éste para despejar de enemigos la parte de Bunker'shill, obteniendo un éxito favorable pero de ninguna importancia. Fué esta tambien la única victoria del jeneral Gage. Desde aquel dia, perseguido urjentemente por el vijilante Washington en la península de Boston, fué muy luego reemplazado por el jeneral Howe, recién llegado á América con fuerzas considerables. Por aquel tiempo; Franklin, que guiado por su buen sentido comun como por sus deseos decia: "que la Gran Bretaña habia perdido ya sus colonias para siempre", escribia lo siguiente á un corresponsal suyo en Inglaterra que dudaba de lá perseverancia y del buen éxito de los *Yankees*, como llamaban á los anglo-americanos: "La Gran Bretaña ha muerto en esta campaña ciento cincuenta *Yankees* á costa de tres millones de gastos, que corresponden á veinte mil libras por cabeza, y sobre la montaña de Bunker ha conquistado una milla de terreno del cual hemos reconquistado la mitad apostándonos en la parte cultivada. Durante este tiempo han nacido en América sesenta mil niños dentro de nuestro territorio. Con estos datos, el ingenio matemático de usted podrá calcular fácilmente cual será el tiempo necesario y la suma de dinero para matarnos á todos y conquistar nuestras posesiones."

No quiso comprender la Inglaterra toda la gravedad de semejante situacion; ni tampoco, que mayor era el interés que tenian los Americanos en resistirla que ella en someterlos, y por último, que aquellos habian de desarrollar tanta enerjía para afianzar su libertad política, como tenacidad mostraron sus mayores para realizar la independéncia religiosa. En vez de acojer la súplica última que dirijieron las colonias para reconciliarse con la madre patria, en caso

que se revocasen los bills atentatorios contra sus privilejios, púsolas el parlamento británico fuera de la *'paz del rey y de la proteccion de la corona*. A semejante declaracion hostil no quedaba mas partido que responder con una declaracion de independencia. Llegado habia para la América la oportunidad de desligarse enteramente de la Inglaterra, para lo cual estaban los espíritus perfectamente preparados.

Apoyado el Congreso en un informe presentado por una comision compuesta de Benjamin Franklin, de Tomas Jefferson, de John Adams, de Rutgers, Sherman y de Philipp Livingston, declaró el dia 4 de Julio de 1776, que las trece colonias, desligadas para en adelante de toda obediencia á la corona británica y renunciando á todo vínculo político con la Inglaterra, formaban Estados libres é independientes, bajo el nombre de *Estados-Unidos de América*. Esta memorable declaracion de independencia fué redactada por Jefferson, abogado, hijo de Virginia, con jenerosa grandiosidad de pensamiento y con sencillo y varonil lenguaje, cual correspondia á la inauguracion y nacimiento de un pueblo. Era aquella la primera vez que los derechos de una nacion aparecian basados en los derechos mismos del jénero humano, y que, para establecer su soberanía se invocaba, no la historia sino la naturaleza. Las teorías de la escuela filosófica francesa, adoptadas en el continente americano antes que tuviesen realizacion en Europa, aparecian reemplazando las prácticas de la edad media; las constituciones derogaban las cartas, y á la antigua concesion de privilejios parciales se substituia la reivindicacion de las libertades jenerales. Los grandes innovadores se espresaban en estos términos:

«Creemos, y esta verdad lleva consigo misma su evidencia, que todos los hombres nacen iguales, han sido dotados por el Creador de ciertos derechos inalienables como los de la vida, de la libertad y de la aspiracion á ser feliz: que pa-

ra seguridad de estos derechos se ha establecido entre los hombres el gobierno, cuya legitima autoridad nace únicamente del consentimiento de los gobernados, que toda vez que una forma de gobierno llega á contrariar aquellos fines, todo pueblo tiene derecho á modificarlo ó abolirlo, instituyendo un gobierno nuevo que se funde sobre dichos principios y arreglándolo de manera que pueda garantir mejor su seguridad y su dicha. Es verdad, que la prudencia aconseja no cambiar sin meditacion y por causas pasajeras los gobiernos establecidos, por cuanto muestra la esperiencia que los hombres son mas inclinados á resignarse cuando los males son lievadores, que á usar de sus derechos para abolir las instituciones á que están ya habituados. Pero cuando una prolongada série de abusos y de usurpaciones, incesantemente dirigidas á un mismo blanco, demuestran que hay designio de someterles á un despotismo absoluto, entónces es de derecho, es de deber, sustraerse al yugo de un gobierno semejante y proveer á su futura seguridad confiándola á nuevos custodios. Tal ha sido hasta ahora la paciencia de estas colonias, y tal es ahora la necesidad que les fuerza á cambiar las bases del gobierno.»

Despues de haber enumerado todos sus agravios y espuesto todas las tentativas hechas en vano para reconciliarse con un pueblo sordo á las voces de la justicia y de la sangre, añadian: «Por lo tanto, nosotros, Representantes de los Estados-Unidos de América, reunidos en Congreso jeneral, poniendo por testigo al juez Supremo del Universo de la rectitud de nuestras intenciones, en nombre y con autoridad del pueblo de estas colonias, proclamamos y declaramos que estas colonias unidas tienen derecho á ser y lo son, Estados libres é independientes; . . . poseen el derecho de hacer la guerra, firmar la paz, contraer alianzas, hacer tratados de comercio, y realizar todos los actos que corresponden, á los

Estados independientes. Para sostener esta declaracion, poniendo toda esperanza y entera fé en la proteccion de la Divina Providencia, nos comprometemos mutuamente á emplear nuestras vidas, nuestros bienes de fortuna y nuestra honra.»

Esta noble reivindicacion de la soberanía plena, este grande acto de libertad, fué acogido con trasportes de entusiasmo por las trece colonias que se dispusieron á sostenerlo con enérgica perseverancia. El gobierno jeneral de la *Union* pasó á ser prerogativa del Congreso y fueron desde entonces atribuciones suyas todas las medidas de comun interés, como la guerra, la paz, las alianzas, los empréstitos, la emision del papel moneda, el nombramiento de embajadores, y de jenerales de ejército. Los Estados parciales conservaron, estendiéndola al mismo tiempo, la libertad de su administracion y la soberanía lejislativa. Fué necesario, sin embargo, desligar á los gobiernos de aquellos trece Estados de las ataduras con que permanecian aun vinculados al metropolitano y darles una organizacion aparte y completa. Con este objeto, les invitó el Congreso á que se constituyeran de por sí, lo que verificaron por medio de Asambleas á que dieron el nombre de *convenciones*.

La convencion de Pensilvania elijió á Franklin representante, y este logró hacer prevalecer sus ideas en la Constitucion que se dió á aquel Estado. Este lejislador original, sintiendo al tratar de la organizacion política de un país, la misma necesidad de sencillez y el mismo atrevimiento de concepcion que le distinguió siempre en la vida práctica y en el estudio de las ciencias, se apartó enteramente de las doctrinas y de las costumbres inglesas, cambiando hasta la forma de los dos principales resortes del gobierno. Confiado en la razon humana y prevenido contra la ambicion política, se pronunció á favor de la unidad del Poder Lejisla-

tivo y por la division del Ejecutivo. Hizo que no se admitiese en Pensilvania mas que una sola Asamblea deliberante y que solo se delegase una autoridad dividida.

La organizacion del gobierno de Pensilvania estaba en completo desacuerdo con la Constitucion del gobierno británico en el cual el Poder Lejislativo está dividido, y concentrado el Ejecutivo, resultando de aquí mas circunspeccion y lentitud en las deliberaciones y mas eficacia en la accion. La teoría de Franklin era seductora y nada mas: tenia contra ella el testimonio de la historia, y la esperiencia la destruyó muy pronto. Sin embargo, aquella teoría nacida en Pensilvania, y que doce años despues no podia tener ya aplicacion en América, fué bien recibida en Europa, y su autor Franklin llegó á ser maestro de una escuela política á que pertenecieron los nuevos organizadores del año 1789 en Francia. Uno de los principales y mas cuerdo de entre estos, el virtuoso duque de la Rochefoucault, miembro de la comision de constitucion, compuesta de Siéyes, de Mirabeau, de Chapelier, etc., decia en aquel tiempo: «Franklin es el único que ha propuesto reducir á la sencillez de un solo cuerpo lejislativo la máquina política, libertándola de multiplicados movimientos y de contrapesos que pueden ser dignos de admirarse pero que la complican.» Esta idea grande espantó á los lejisladores de Pensilvania, pero el filósofo aquietó los temores de gran número de entre ellos y resolvió al fin á todos á adoptar un principio sobre el cual la Asamblea nacional cimentó la constitucion francesa. Pero, ay! la Francia no pudo soportar, asi como no lo habria podido la América, aquella organizacion sencilla á par que débil que no preserva á la ley de la precipitacion irreflexiva en las decisiones, y no escuda al Estado contra el arrebató de las pasiones subversivas. Las máquinas mas complicadas no son las menos seguras, y cuando los resor-

tes ajustan y se acomodan bien entre sí, proporcionan la mayor fuerza posible y la armonía mayor al mismo tiempo. La máquina política, que es imagen de la sociedad tan complicada en sus necesidades, reclama multiplicados muelles sabiamente combinados para que concurren por medio de sus diversas acciones á la comun utilidad.

Poco tiempo despues de la declaracion general de la independencia y de la Constitucion particular de cada uno de los trece Estados, llegó lord Howe á las costas americanas al mando de una escuadra inglesa, autorizado para hacer ciertas proposiciones á las colonias antes de atacarlas decididamente. Su hermano el general Howe, sucesor de Gage como gefe de las fuerzas de tierra, debia presentarse á la cabeza de un ejército respetable compuesto en su mayor parte de soldados alemanes. El lord Howe tenia por única misión invitar á las colonias á la obediencia, ofreciéndolas en recompensa el perdon metropolitano. Desde á bordo del navío *Almirante* escribió á su amigo Franklin con quien habia ya negociado secretamente en Lóndres, suplicándole que le secundara en sus miras. Franklin le contestó así: «Ofrecer perdon á las colonias que son la parte ofendida, es por cierto acreditar mas y mas la opinion en que está vuestra nacion, orgullosa y mal informada, acerca de nuestra baja-za, de nuestra ignorancia, de nuestra insensibilidad, supuestas. Pero semejante proposicion no puede producir otro efecto que acrecentar nuestro resentimiento. Es imposible que podamos pensar en someternos á un gobierno que con bárbara y cruel ferocidad ha incendiado nuestras ciudades indefensas en el rigor del invierno, escitado los salvajes á matar á nuestros agricultores; los esclavos á que asesinen á sus amos; y que ahora nos envia extranjeros mercenarios para inundar en sangre nuestros establecimientos. Estas atroces injurias han apagado hasta la últi-

ma chispa de afecto hácia una madre patria que tan querida nos fué en otro tiempo».

Habiéndose dirigido lord Howe al Congreso, esta corporacion señaló para que se entendieran con él á Franklin, Adams y Rutledge, y estos entraron en conferencia con el almirante ingles en la isla de los Estados (Staten-Island frente á Amboy. A la proposicion de entrar en los deberes, bajo la vaga promesa de examinar de nuevo los actos que motivaban sus quejas, respondieron que no volverian nunca jamás á la sumision; que despues de haber manifestado una paciencia sin ejemplo se habian visto forzados á sustraerse á la autoridad de un gobierno tiránico; que la declaracion de la independenciam habia sido aceptada por todas las colonias y que ni aun estaba ya en poder del Congreso el anularla; que en fin, no quedaba otro arbitrio á la Gran-Bretaña que tratarlas como se hace con los pueblos libres. Esta fria é irrevocable manifestacion de independenciam y de soberanía, fué confirmada por el Congreso el 17 de Setiembre de 1776, publicando el informe de sus comisionados y aprobando los términos en que estos se espresaban. Reestaba únicamente hacer prevalecer tan arrogante resolucion con las armas en la mano y santificarla con el bautismo indispensable de la victoria.

No era este el camino que hasta entonces habian llevado las cosas: la guerra habia dado resultados ingratos para los independientes. Habian estos intentado distraer atrevidamente al enemigo, emprendiendo la conquista del Canadá para guardarse así de toda hostilidad por el lado setentrional de la frontera y privando á los ingleses de su principal punto de apoyo sobre el continente. El general Montgommery se habia adelantado hácia los lagos para atacar aquella provincia por el lado de Montreal, mientras Washington enviaba desde su campamento de Cambridge al

coronel Arnold para que penetrase hasta Quebec, subiendo las aguas del Hudson y del rio Sorel. Gracias á estos dos valientes, estuvo á punto de realizarse el éxito de tan audaz invasion. Montgomery entró á Montreal, se puso á marchas forzadas á las puertas de Quebec, atacóla con sus cortas fuerzas, é iba ya á apoderarse de ella por asalto, cuando cayó al golpe de la metralla inglesa. El coronel Arnold, despues de increíbles afanes y de innumerables peligros, habiendo atravesado terrenos ásperos é incultos en lo mas riguroso del invierno, llegó para continuar la empresa heroica de Montgomery sin poder terminarla. Aborta infaliblemente si sufre alguna demora toda empresa que quiere para alcanzar buen éxito, prontitud en la accion y espanto en los espíritus. No habiéndose podido tomar á Quebec por la repentina muerte de Montgomery, pudo ponerse esta plaza en estado de defensa: y no habiéndoseles arrebatado á los ingleses el Canadá por medio de una sorpresa, no podia en adelante conquistarse aquel pais sino haciéndole una guerra larga y regular. Pronto habian de hallarse los ingleses mas fuertes que los americanos para obligar á estos á que evacuasen aquel pais para siempre, como se verá en adelante.

No solo no habia tenido buen éxito el plan de ataque de los insurgentes contra las posesiones británicas, sino que el plan de defensa de su propio territorio habia experimentado considerables reveses. No teniendo ya los ingleses que castigar una sola provincia, sino que domar las trece colonias, habian enmendado sus primeros planes militares. No les convenia ya permanecer en Boston cuyo golfo estaba muy hácia la estremidad de la América sublevada, y pensaron en adelante en ocupar una posicion mas central. El hermoso rio Hudson, cerca de cuya embocadura se asienta la ciudad de Nueva-York, y cuyo curso, separando

como en dos las colonias, las del noroeste de las del sudoeste, proporciona por medio del lago Champlain y del río Sorel una comunicacion interior con el Canadá, cuya adquisicion era bajo todos respectos de la mayor importancia para los ingleses. Señores de la embocadura y del curso del Hudson, podian dirigir desde su cuartel general de Nueva-York, como desde un centro, las expediciones militares á todos los puntos de la circunferencia insurreccionada, é invadir las provincias de la orilla derecha ó de la izquierda, segun lo exigiera la política ó la venganza.

En la primavera del año 1776 habian evacuado los ingleses á Boston. Entónces no subia su ejército á mas de 11,000 hombres, pero posteriormente habian recibido refuerzos de Europa, de las Antillas y de las Floridas. Contaba el general Howe con 24 ó 30,000 hombres disciplinados y aguerridos cuando se decidió á atacar la Isla Larga (Long-Island) situada mas adelante de Nueva-York, y cuyo extremo meridional se prolonga hácia las bocas del Hudson. El previsor Washington habia abandonado su campamento de Cambridge, y presumiendo el objeto que se proponian los ingleses, se habia apostado con 13,000 milicianos para disputarles el punto que querian aquellos invadir, sin tener por tanto la esperanza de conseguirlo, puesto que conocia perfectamente la inferioridad de sus soldados tanto en número como en disciplina. El mérito de este grande hombre debia por largo tiempo consistir en sostener su causa sufriendo por ella derrotas, y mostrando la suficiente confianza en el designio de salvar á su país, manifestándose inflexible en los contrastes, ganando así tiempo que era el grande elemento de la victoria.

Los ingleses lograron desembarcar en Long-Island y ganaron allí una sangrienta batalla á los americanos, quienes perdieron 2,000 hombres. Desembarcaron en seguida en

el continente, se encaminaron hácia Nueva-York, abandonada por el ejército de los insurgentes, y se apoderaron de los fuertes de Washington y Lee, situados uno frente al otro á orillas del rio cuyas aguas dominaban. Tras esto conquistaron la vecina provincia de Nueva-Jersey, adonde se habia retirado el general americano con los escasos restos de su ejército. Reducido á 4,000 hombres, únicamente habia tomado posesiones en Trenton sobre el rio Delaware, las cuales tuvo que desalojar obligado por las fuerzas superiores del general inglés. Derrotado, pero no desanimado, privado de medios de resistencia, pero alentado por su indomable resolucion, se resolvió á pasar el rio Delaware con el objeto de proteger la ciudad de Filadelfia donde residia el Congreso y adonde muy en breve debian dirigirse las tropas victoriosas para apoderarse así de la capital y dispersar al gobierno insurgente.

Tan peligrosa era aquella situacion que parecia desesperada. Si contaba la América con un general hábil, carecia de un ejército arreglado, de municiones, de víveres, de ropa: de manera que Washington se hallaba reducido á oponer á tropas aguerridas, milicias mal organizadas aunque valientes, que se retiraban al concluir su tiempo de enganche, y que por largo tiempo permanecieron animadas del espíritu de indisciplina, propio del movimiento revolucionario. La soberanía del congreso era débil, mal obedecida, y limitada tambien, puesto que no podia dictar leyes obligatorias para todos los Estados particulares, ni reclutar soldados en sus territorios, ni imponerles contribuciones, por cuanto estas atribuciones pertenecian esclusivamentè á cada Estado en particular, limitándose la accion del Congreso á aconsejar y recomendar sus determinaciones.

Habia emitido aquel, en utilidad de la *Union*, 24 millones de pesos fuertes, en papel moneda que muy pronto cayó en

descrédito. En este momento de peligro supremo, en que con un papel moneda sin valor debia hacer frente á infinitas necesidades, resistir con un ejército disperso á la invasion inglesa que de dia en dia mas se estendia, y al partido metropolitano que con el nombre de *leal* erguia osadamente la cabeza, no quedaba otro recurso al Congreso que buscar en el exterior recursos de armas y de dinero, de hombres y de naves por medio de alianzas.

Hacia la Francia volvió primero sus miradas. Esta nacion, célebre desde mucho tiempo atrás por la jenerosidad de sus sentimientos, parecia entonces mas dispuesta que nunca, atendidas sus nuevas ideas liberales, á responder favorablemente á la solicitud de un pueblo oprimido que queria libertarse. La Francia, suelo de pensamientos audaces y de nobles sacrificios, estaba como nunca en aquel tiempo bien dispuesta para tomar con calor y apasionadamente las causas justas, y para comprometerse en empresas útiles al progreso del jénero humano, pues marchaba á pasos largos por el camino de las teorías, hacia el mismo blanco adonde los americanos se dirijian siguiendo la huella de la tradicion. En esto, por otra parte, se encontraban en consonancia las inclinaciones de la nacion con los cálculos del gobierno, estando así de acuerdo por esta vez el entusiasmo popular con los intereses políticos. Ayudar á los americanos contra los ingleses, era proporcionarse un aliado y vengarse de un enemigo al mismo tiempo. Nadie mejor que Franklin podia ir á Francia á defender la causa americana. El libre pensador debia encontrar apoyo caloroso y eficaz en los filósofos que en aquel momento eran guia del espíritu público; el hábil *negociador* era adecuado para decidir al ministro capaz y previsor que dirijia entonces los negocios exteriores á que prestase una pronta cooperacion; el hombre agradable é ingenioso debia naturalmente agradar

á todos, y el noble anciano, convertir en simpatias á favor de su pais el respeto que á su persona venerable le tributase el pueblo. Por estas consideraciones y sin atender á su avanzada edad, le nombró el Congreso para desempeñar tan lejana como importante mision.

CAPÍTULO XI.

Acogida de Franklin en Francia.—M. de Vergennes propone á Luis XVI que sostenga la causa de los Estados Unidos, inmediatamente despues de la declaracion de su independencia.—Socorros particulares que le acuerda.—Pasos activos que dá Franklin cerca de la Francia, la Holanda y la España.—Su establecimiento en Passy.—Resistencia magnánima de Washington á la invasion inglesa en Trouton, Princeton y Germantown.—Victoria alcanzada por el general americano Gates, quien obliga al general inglés Burgoyne á entregarse en Saratoga.—Tratados de alianza y comercio estipulados por Franklin entre los Estados Unidos y la Francia en 6 de Febrero de 1778.—Su presentacion á la corte.—Entusiasmo que produce; su encuentro con Voltaire.

Electo comisionado de los Estados-Unidos cerca del Gobierno frances y acreditado en igual clase cerca del de España, estrechamente unidos entonces por el pacto de familia, partió Franklin de Filadelfia el dia 28 de Octubre de 1776, en compañía de dos nietos, Guillermo Temple Franklin y Benjamin Franklin Bache. El congreso le habia nombrado por cólegas á los señores Silas Díane y Arturo Lee, el primero de los cuales estaba ya en Paris cuando llegó el enviado á aquella capital. Despues de una travesia de cinco semanas, llegó felizmente el 3 de Diciembre á la bahia de Quiberon. No era esta la vez primera que Franklin ponia el pié en territorio frances, pues le habia atravesado ya cuando viajó por el continente, siendo agente de las colonias en Londres. En aquella época habia sido presenta-

do á Luis XV, deseando este monarca conocer al jenio atrevido que habia arrebatado el rayo á las nubes del cielo. Presentábase ahora al sucesor de Luis XV con el objeto de arancar á los ingleses el dominio de la América.

Despues de pasar algunos dias en Nantes, se dirigió á Paris, en donde el anuncio de su llegada habia producido una sensacion extraordinaria que se aumentó con su presencia. La lucha de los americanos contra los ingleses tenia conmovidos á la Europa y en especial á la Francia. Los *insurjentes*, como se llamaba á los colonos revolucionados, despertaban un interes increíble, y en los cafés y en todos los lugares de concurrencia el asunto principal de las conversaciones era la justicia y el valor con que sabian aquellos defenderse. Todos cuantos tenían colgadas sus espadas y cuyos corazones les aconsejaba emprender nobles aventuras, querian enrolarse en las filas de los defensores de causa tan justa. La presencia de Franklin, la severa sencillez de su traje, la bondosa cultura de sus maneras, el atractivo encantador de su ingenio, su venerable aspecto, su modesta confianza en sí y su brillante reputacion, contribuyeron á poner á lá moda la causa americana. «En este momento, escribia Franklin, soy el personaje mas notable de Paris.» Y añadia en otra carta: «Tratan aquí á los americanos con una cordialidad, con un respeto, con un afecto como no encontraron nunca en Inglaterra cuando se han presentado allí en calidad de negociadores.»

No quiso sin embargo, revestirse de carácter público, temeroso de causar embarazos á la Corte de Francia y comprometer al gobierno de la Union en caso de no ser reconocido como tal. M. de Vergennes le recibió en privado por no despertar celos en la Inglaterra antes de estar prevenido para contrarrestarla. Como hombre previsor y resuelto estadista, trabajaba aquel desde muchos meses antes en incli-

nar al gobierno de Luis XVI á que se comprometiera en una guerra. Asi que se hizo pública la declaracion de la independencia, dirigió al rey con fecha 31 de Agosto, y con conocimiento de los señores Maurepás, de Sartine, de Saint-Germain y de Coigny, miembros de su Consejo, un informe acerca del partido que debia tomarse en momentos tan solemnes, declarando en dicho documento con miras claras y altas consideraciones de verdadero político, que la guerra tarde ó temprano seria inevitable, que habia de ser marítima únicamente y tener á la vez la oportunidad de la venganza, el mérito de la utilidad y la gloria de un buen éxito infalible.

«¿Qué mejores momentos, decia, puede escojer la Francia para reparar la vergüenza que le hizo sufrir la negra sorpresa del año 1755, y los desastres que fueron su consecuencia? Hoy la Inglaterra se encuentra comprometida en una guerra civil á mil leguas de distancia de su metrópoli. . . Este es el momento.»

Persuadido de que las colonias no se reconciliarían jamás con la Inglaterra, creyendo que la Francia podría establecer con ellas una alianza sólida, *no siendo posible que interes alguno trajese destrucción en dos pueblos separados por la vasta estension del Océano*, deseando que el comercio de los productos y frutos viniese á animar los puertos de Francia y á vivificar su industria; aconsejaba que de un golpe se privase á la Gran-Bretaña de los recursos que tanto habian contribuido á levantarla al alto grado de *honor y riqueza* á que habia llegado, y añadía: «Si Su Majestad, aprovechando de esta circunstancia sin par, que tal vez los siglos venideros no volverán á ofrecer, lograrse dar á la Inglaterra un golpe bastante poderoso para abatir su orgullo y para hacer entrar su poderío en límites mas reducidos y justos, cabría la gloria de ser no solamente el bienhechor de su pueblo, si no el de todas las naciones de la tierra.»

Política tan enérgica y decidida no podía ser aceptada inmediatamente ni por M. de Maurepas ni por Luis XVI. Obedeciendo sin embargo el gabinete de Versalles al irresistible impulso de sus intereses, prestó socorros en secreto á las colonias insurreccionadas, poniendo desde el mes de Mayo de 1776 un millon de libras tornesas (200,000 ps.) á disposición de los agentes encargados de proporcionarles armas y municiones. El afamado y emprendedor Beaumarchais era quien dirigía la compra y envío de aquellos aprestos de guerra. En 1777 se empleó con el mismo fin y ocultamente una cantidad igual de dinero. Los comisarios americanos obtuvieron el permiso de poder tratar con los rematadores jenerales de Francia, quienes les compraron tabaco de virjinia y de Maryland por valor de muchos millones de francos. Los buques americanos fueron admitidos en los puertos de Francia y el gobierno disimuló el enganche de oficiales que se alistaban en las banderas americanas, la adquisicion y despacho de armas y la venta de las presas que hacian los corsarios. Estas hostilidades encubiertas de que se quejaba la Inglaterra, debían convertirse muy pronto en guerra declarada.

A esperas del momento en que la Francia llegase á ser la aliada de América, se había establecido Franklin casi á las puertas de la capital en la risueña aldea de Passy. Vivía en una casa cómoda con un estenso jardin, y tenia por vecina á la viuda del célebre Helvecio, tan abierto y jeneroso como Rematador jeneral de rentas y tan árido y ríjido como filósofo. Aquella dama residia en Auteuil acompañada de unos cuantos amigos distinguidos entre los cuales se contaban el agudo abate Morelet y el sábio médico Cabanis y recibia en su casa á todas las personas que se distinguian en Paris por su literatura ó sus empleos. Ligóse Franklin con el vínculo de la amistad mas estrecha á aquella es-

celente y agradable muger, notable todavía por su hermosura, buscada por los dotes de su talento, atractiva por la blandura de su carácter é incomparable por su bondad. En casa de ella fué en donde Franklin conoció á los jefes de los enciclopedistas Dalember^t y Diderot; debió á ella la amistad que contrajo con Turgot, el filósofo profeta de la independencia americana, el precursor de la revolucion francesa. Despues de haber anunciado en 1750, con sagacidad y talento de que hay raros ejemplos, que antes de veinticinco años se separarian de su metrópoli las colonias inglesas, como fruto maduro que se desprende del árbol, Turgot se veia obligado á apartarse del gabinete de Luis XVI por haber querido colocar las instituciones de la Francia al nivel de sus ideas, acordar su estado político con sus progresos sociales y precaverla contra las violencias de una revolucion, verificando una reforma. Fué en casa de Madama Helvecio en donde particularmente se puso en relacion formal con todos aquellos filósofos del siglo XVIII que se habian enseñoreado de los espíritus y se habian constituido en maestros de los pueblos. Secundado por este partido generoso, atrevido, activo, poderoso, despues de haber predispuerto el público á favor de su causa, nada olvida para conseguir lo mismo con respecto al gobierno. Daba prisa á la Corte de Versalles, escribia á la de Madrid, con la cual le habia encargado el Congreso que negociase un tratado de amistad y comercio; mandaba á Arturo Lee á Amsterdam y á Berlin; garantiza la seguridad del empréstito que habia de proporcionar recursos y armas para continuar la guerra, y aceleraba con sus deseos y sus esfuerzos el momento de que la Europa se resolviese á abrazar la defensa de la América.

Este momento llegó. La constancia en la resistencia y algunos triunfos alcanzados por los *insurgentes*, decidieron al

gobierno de Luis XVI á prestarles ayuda. Despues de la derrota de Long-Island y el desalojo de Nueva Jersey, habia logrado Washington salvar á su pais á esfuerzos de la constancia varonil de su carácter y la hábil circunspeccion de sus maniobras. No solo evitó el quedar encerrado entre el ejército y la escuadra inglesa como lo pretendia el Jeneral Howe para forzarlo á rendir las armas, sino que concibió y ejecutó el plan de sorprender, en el rigor del invierno, las fuerzas británicas que andaban dispersas en Nueva Jersey; y cuando se le creia débil, abatido, impotente, pasó el rio Delaware por sobre la nieve que lo cubria, y dirijiéndose en la noche del 25 de Diciembre de 1776 á marchas forzadas sobre Trenton, tomó esta ciudad despues de haber obligado á los enemigos á darse prisioneros. Todos los destacamentos ingleses esparcidos á lo largo de las márgenes del Delaware se replegaron, y en el momento mismo en que acudió Lord Cornwallis con tropas superiores para apoderarse nuevamente de Tronton, el jeneral de los insurjentes, escapándosele por un movimiento tan audaz como afortunado, batió á sus espaldas un cuerpo de fuerzas británicas, en Princeton. En consecuencia de tan brillantes como inesperados triunfos, estableció Washington sus cuarteles de invierno, no ya en Pensilvania sino en la nueva Jersey, evacuada en su mayor parte por el ejército invasor. Colocóse en Morristown, posicion fuerte y montañosa, desde la cual no cesó de incomodar á los ingleses con destacamentos sueltos. Si estas victorias dieron importancia á la causa americana, no lograron detener ni por un dia los progresos de la conquista inglesa.

En efecto, en la campaña de 1777, el general Howe pasó á Pensilvania para ocupar esta provincia central y establecerse en el centro mismo del gobierno insurjente. No quiso entrar por Nueva Jersey sino por la bahia de Ches-

peake, y á la cabeza de diez y ocho mil hombres recién desembarcados, marchó con direccion á Filadelfia. Washington trató de proteger la capital de la Union americana. Acababa de recibir veinte y cuatro mil fusiles enviados de Francia; y se le habia unido ya el caballeroso precursor de aquel gran pueblo, el generoso marques de Lafayette, quien sin atender á los halagos de una esposa jóven y tierna, infringiendo las órdenes terminantes de una corte indecisa, habíase separado de su rejimiento, de su familia, de su pais, para consagrar su espada y su fortuna, al servicio de la libertad naciente, de esa libertad cuyo campeon estaba destinado á ser en ambos mundos, durante sesenta años, sin abandonarla en ningun peligro, sin apoyarla en uno siquiera de sus extravíos.

Investido Washington con los poderes estræordinarios que le habia acordado el Congreso en estas terribles circunstancias, esperó á los ingleses en Brandywine. Sin poder impedirles que atravesaran este rio, entraron victoriosos en Filadelfia, despues de un combate que tuvo lugar el 11 de Setiembre, con lo que se vió obligado el Congreso á retirarse primero á Lancaster y despues á York-Town. Incontrastable á pesar de esto se mantuvo á la vista de los ingleses sin dejarles ni seguridad ni reposo. Practicando de nuevo en Germantown la maniobra que tan feliz resultado le dió el año antes en Trenton y en Princeton, atacó al ejército enemigo en las inmediaciones de Filadelfia, lo arrolló y habria alcanzado mayores ventajas si no hubiera sobrevenido una neblina que le desordenó las tropas y las hizo emprender una retirada espontánea. Despues de esto se estableció en un campo fortificado á veinte leguas distante de Filadelfia, en un terreno boscoso, limitado en parte por el rio Schuykill y por un cordon de colinas, desde donde ~~mantuvo~~ mantuvo al general enemigo en una constante inquietud.

En tanto que Washington contenía el ejército inglés á las orillas del Schuyl y del Delaware, sucesos graves habian tenido lugar en los lagos del Norte y en las cabeceras del Hudson. Detenidos los americanos en su invasion del Canadá, viéronse obligados á replegarse hácia su propio territorio en donde fueron atacados por el Jeneral Burgoyne en el estío del año 1777; con un ejército de cerca de diez mil hombres, procedentes casi todos de Inglaterra. Este guerrero audaz descendió por el lago Champlain, se posesionó de la fortaleza de Ticonderoga, situada mas allá del lago Georges, apoderóse de los demas fuertes que defendian el litoral de la frontera setentrional de los Estados Unidos, y pasó á la orilla derecha del Hudson, siguiendo la direccion de su corriente, con el designio de apoderarse de Albany y juntarse con el ejército central establecido en Nueva-York.

Pero al llegar á Zaratoga se encontró con el general americano Gates que le buscaba á la cabeza de quince mil soldados. Aqui tuvo fin su buena fortuna y comenzaron sus desastres. No solo lo detuvo Gates sino que le batió en repetidas ocasiones, le inutilizó todos los medios de retirada, le sitió en una posicion sin salida, y despues de una constante lucha durante un mes entero, le forzó á rendirse con todo su ejército. Burgoyne firmó el 17 de Octubre una capitulacion, en virtud de cuyos artículos debian deponer las armas los cinco mil ochocientos hombres que le quedaban, los cuales en clase de prisioneros pasaron á Boston y de allí á Europa bajo la condicion de no tomar mas las armas durante la guerra.

Este suceso produjo considerables resultados, y la resistencia tenaz de Washington y la victoria de Gates causaron un efecto mas que ordinario en Europa, del cual Franklin supo sacar notable partido. «La capitulacion de Burgoyne, escribia en una de sus cartas, ha producido en Francia un

gozo universal: es tan ardiente y sincera la voluntad como el afecto que los franceses nos tienen y han celebrado «*aquel triunfo como si hubiera sido alcanzado por ellos sobre sus propios enemigos.*» Aprovechó de aquel momento para resolver al gabinete de Versalles á aceptar la alianza con los Estados Unidos, que desde mucho tiempo antes le proponía. Llegando á noticia del conde de Vergennes, el día 4 de Diciembre, que habia capitulado el general inglés Burgoyne en Zaratoga, no titubeó en asegurar que Howe se encontraría muy pronto forzado á lo mismo en Filadelfia, y tan firme era en él esta opinion que cuando le dijeron que el general Howe habia tomado á Filadelfia, contestó: *decid mas bien que Filadelfia ha tomado al general Howe.* Penetrado de tal idea hizo palpar á la Corte de Francia cuánto le importaba decidirse pronto, que no habia temeridad en ligarse con un país que sabia defenderse tan bien, y que el tratado debia efectuarse sin pérdida de tiempo, antes que la Inglaterra se sometiera á condiciones que podia muy bien aconsejarle la derrota. El 7 de Diciembre dictó una nota M. de Vergennes dirigida á Franklin, á Silas Deane y á Arturo Lee, comunicándoles que la casa de Borbon, dispuesta de antemano á favor de la causa americana, tanto en atencion á sus intereses como á sus inclinaciones, fundaba confianza en la consistencia del Gobierno de Estados Unidos, en vista de los triunfos recientemente alcanzados, y que no estaba distante de entrar con él en un *acuerdo mas directo.*

Al dia siguiente Franklin, Silas Deane y Arturo Lee se manifestaron dispuestos á abrir negociaciones, reiteraron la proposicion de negociar un tratado de comercio y amistad, y el dia 16 sin mas tardanza empezaron á discutir en Passy con M. Gerard de Rayneval, oficial primero de negocios extranjeros, secretario del Consejo de Estado y nombra-

do al efecto por S. M. Luis XVI. Sin dificultad acordaron una estrecha alianza y se les prometió á los comisionados de América un socorro adicional de tres millones de francos (600,000 pesos) para principios del año 1778. Inmediatamente pudo haber quedado firmado aquel arreglo si la Francia no hubiese querido obrar de acuerdo con la España. A fin de tener la útil cooperacion de esta potencia, se despachó un correo á la Corte de Madrid, siempre lenta para decidirse y que tenia mucho que perder en caso de emancipacion de las colonias del Nuevo Mundo, para que no vacilase en favorecer el primer ejemplo. No fué entonces aceptada por su parte la invitacion que se le hacia; pero en una cláusula secreta se le dejó cabida para tomar parte en el tratado al mismo tiempo que por un artículo espreso, se provocó á que tomasen parte en la alianza cuantos Estados ofendidos por la Gran Bretaña desearan el abatimiento de esta potencia y la humillacion de su orgullo.

Ambos tratados fueron firmados el 6 de Febrero, y el día 8, al remitirlos al Presidente de los Estados Unidos, le decian los plenipotenciarios americanos: «Tenemos la satisfaccion de instruirlos y de instruir tambien al congreso que los tratados con la Francia están hechos ya y firmados. El primero es un tratado de amistad y comercio y el segundo de alianza, en el cual se estipula que si la Inglaterra declara guerra á la Francia, ó si con ocasion de la guerra intenta impedir su comercio con nosotros, debemos hacer causa comun y unir nuestras fuerzas y nuestros auxilios. El objeto principal de este tratado, es por declaracion del mismo, *establecer la libertad, la soberania absoluta é ilimitada de los Estados Unidos, tanto en materia de gobierno como de comercio.* Todo esto nos garante la Francia con todos los paises que poseemos y que poseeremos al fin de la guerra.

«Al negociar este asunto hemos ballado la mas franca cordialidad en esta Corte: no han sacado ni pretendido sacar ventaja alguna, ni imponernos duras condiciones, en atencion á nuestras apuradas circunstancias actuales. Al contrario la magnanimidad y la bondad del rey han sido tales, que nada nos ha propuesto que no pudiésemos sin dificultad y sin demora conceder á una nacion que se halle en plena prosperidad y en pleno goce de todos sus derechos. La base del tratado ha sido la mas *perfecta igualdad y reciprocidad*. Tenemos fundadas razones para estar satisfechos en todo de la bondad de esta Corte y de la nacion en jeneral, y deseamos que el Congreso cultive por todos los medios posibles la union con la Francia y la mantenga para siempre.»

Así se verificó este grande acto, sin el cual á pesar de la constancia valerosa de sus jenerales y la magnánima declaracion de su Congreso, habria sucumbido la América al peso de los esfuerzos poderosos de la Inglaterra. Aquel acto señaló el momento en que los Estados-Unidos entraron en el rango de las naciones, cabiendo á la Francia la fortuna de haber contribuido hábil y jenerosamente al efecto. El mas antiguo rey de la Europa, fiel á las tradiciones de su raza y de la política de su pais se hizo protector de la República naciente del nuevo mundo, así como sus antepasados á su vez, habian sostenido los Cantones Suizos, las Ciudades libres de Italia, las provincias Unidas de Holanda y los Estados Confederados de la Alemania. La Francia no temia comprometerse en una larga guerra para conseguir un grande objeto.

Franklin se granjeó el mérito de haber preparado y firmado las dos actas que proporcionaron á su patria un belicoso defensor, proclamaron su soberanía, garantieron su existencia, dieron estension á su comercio, aseguraron su viectoria y le abrieron los mas estensos y risueños horizontes

sobre el continente americano. Estos dos tratados en que quedaron estampadas las mas liberales disposiciones, por los cuales quedó abolido el derecho del fisco rejie á la sucesion y herencia del extranjero; en los cuales fué solemnemente consagrada la libertad de los mares con la admision del derecho de los neutrales que no respetaban los ingleses y por la condenacion de los bloqueos ficticios y del derecho de visita que los ingleses habian establecido en sus códigos maritimos para comodidad de su dominio; en los cuales las partes contratantes se comprometieron á no deponer las armas antes que fuese reconocida la independencia americana y de no tratar ninguna de ellas sola sin el concurso de la otra; estos dos tratado, en los cuales se reconocieron francamente los intereses mútuos, reglado con equidad y sostenido hasta el fin con perseverancia y buena fé, hicieron mucho honor á Franklin, y puede decirse que el primer diplomático de América contribuyó tanto á salvarla como su valiente capitán. En aquella época llegó Franklin al colmo de la felicidad y de la fama.

Asi fué que cuando M. de Vergennes, le presentó á Luis XVI en el palacio de Versailles, fué objeto de una verdadera ovacion hasta por parte de los cortesanos.

Se presentó en aquella real audiencia con extrema sencillez de vestido. Su edad, su gloria, sus servicios, la alianza tan deseada que acababa de firmar, habian atraido una gran concurrencia á las amplias galerias del palacio de Luis XVI. Arrebatados del sentimiento de respeto y de admiracion que les causaba el anciano venerable, el ilustre sabio, el patriota afortunado, aplaudiéronlo los circunstantes á su paso. El rey le acogió con estremada cordialidad, y le encargó que hiciese saber á los Estados Unidos de América la amistad que le merecian, felicitándole al mismo tiempo por quanto habia hecho desde que habia llegado á sus estados.

Al salir Franklin de esta audiencia, la multitud lo recibió con las mismas demostraciones y le acompañó siguiéndole por largo espacio.

El entusiasmo de que fué objeto en Versailles cundió por toda la ciudad de Paris. En aquella época fué cuando Voltaire, de edad de ochenta años, dejó á Ferney y vino antes de morir á esta ciudad en la cual dominaban todavía sus discípulos y en donde ya no existia adversario alguno de su ingenio ni de su gloria. Todos quisieran ver á aquel hombre, apludir al autor de tantas obras maestras, inclinarse ante la soberania intelectual que gobernaba al espíritu humano en Europa desde cincuenta años atras: Franklin no fué de los últimos que visitaran á Voltaire, quien le recibió con la curiosidad y admiracion de que era objeto. Hablóle al principio en inglés, y como habia perdido ya el hábito de expresarse en esta lengua, continuó en frances, diciendo con tanta gracia como delicadeza: *No he podido resistir al placer de hablar la lengua de M. Franklin.* Entonces el sabio de Filadelfia presentando su nieto al Patriarca de Ferney, pidióle que lo bendijera: «*God and liberty*», Dios y libertad, dijo Voltaire, levantando las manos hácia la cabeza del niño, esta es la única bendicion que puede darse al nieto de M. Franklin.

Poco tiempo despues volvieron á encontrarse en una sesion pública de la Academia de las ciencias en la cual se sentaron uno al lado del otro. Contemplaba el público con emocion aquellos dos gloriosos ancianos que habian sorprendido los secretos de la naturaleza, derramado tanta luz en la literatura, hecho tan señalados servicios á la razon humana, afirmado la emancipacion de la inteligencia y comenzado la de los pueblos. Ellos mismos cedieron á la irresistible emocion de la concurrencia y se abrazaron en medio del estrépito de prolongados aplausos. Haciéndose

alusión á los recientes trabajos lejislativos de Fránklin y á los últimos triunfos dramáticos de Voltaire, se dijo entonces, que aquellos personajes eran *Solon abrazando á Sofocles*; pero hubiera podido decirse con mayor razon que era el genio brillante é innovador del antiguo mundo, abrazando al genio sencillo y emprendedor del nuevo.

CAPITULO XII.

El gobierno ingles hace tentativas de reconciliacion valiéndose de Franklin para el efecto.—Bills presentados por Lord North y votados por el gobierno británico.—La América los rechaza.—La guerra declarada á la Inglaterra por la Francia, la España y la Holanda, produce resultados favorables á los Estados Unidos.—Ventajas de los aliados.—Medidas tomadas por Franklin y su influencia.—Epedicion francesa dirigida por Rochambeau, quien de concierto con Washington obliga á Lord Cornwallis y al ejército ingles á capitular en York Town.—Negociaciones pacíficas.—Firma Franklin el tratado de 1783, que consagra lá independenciam de los Estados Unidos y que la Inglaterra se ve forzada á reconocer.

La capitulación de Saratoga habia conmovido hondamente á toda la Inglaterra. No daba un paso la conquista de las colonias insurjentes: hacia renuncia de su empleo el Jeneral Howe reducido á completa impotencia en las orillas del Delaware y el Jeneral Burgoyne derrotado en el Hudson, se veia obligado á rendirse á discrecion. En vez de invadir á los Estados-Unidos por el Canadá, temtase de nuevo la invasion del Canadá por las fuerzas norte-americanas. Desconcertados los planes del ministerio y burlado en sus presuntuosas esperanzas, veia de dia en dia multiplicarse los ataques de la oposicion que le acusaba de injusticia y de imprudencia al mismo tiempo, y agriarse el descontento del pueblo que le hacia cargo de las contribuciones

8

que le agobiaban y de la penuria mercantil que sufría. Temía á mas el ministerio que llegasen á decidirse la Francia y la España á abrazar la causa triunfante de los Estados-Unidos, como lo verificaron mas tarde, y que la guerra con los rebeldes de América viniese á complicarse con la guerra de las dos potencias de Europa mas poderosas en marina despues de la Gran-Bretaña.

Al mismo tiempo que Lord North disponia inmensos aprestos de guerra, trataba de conjurar la tormenta que veia venir. Dirijióse primero á Franklin á quien la Inglaterra atribuia el poder de sofocar una sublevacion que en su concepto él habia provocado. A principios de 1778, cuando se hallaba en lo mas sério de las negociaciones con la Francia, le propusieron una reconciliacion sus antiguos amigos David Hartley, secretario íntimo de Lord North á pesar de ser miembro whig de la Cámara de Comunes, y James Hutton jefe de los hermanos moravos que estaba en valimiento en la Corte de Jorje III. Este último fué á Paris á someterle las condiciones que Lord North presentó poco despues á la deliberacion del parlamento. Franklin desechó como insuficiente la restitucion de los antiguos derechos, cosa que habria satisfecho á las colonias ántes de la guerra, pero con lo cual no podian contentarse despues de la separacion de la metrópoli. Independencia era lo que necesitaban, y estaban resueltas á no desprenderse de ella así como la Inglaterra no se prestaba todavia á concederla. James Hutton volvió desconsolado á Lóndres desde donde suplicó encarecidamente á Franklin que hiciese de su parte alguna proposicion ó que al menos le diese algun consejo. “Ariosto es de opinion, contestó Franklin al hermano moravo, que todas las cosas que se pierden en la tierra han de hallarse en la luna; si esto es cierto, debe haber en aquel astro un buen depósito de acertados consejos, en-

tre los cuales hay muchos mios dados y pérdidas en el presente negocio. Sin embargo, á instancias de U. voy á dar un pequeño consejo, plenamente persuadido de que no ha de hacerse caso de él. Solo Dios puede dar á un tiempo un buen consejo y la cordura suficiente para ejecutarlo. La Inglaterra ha perdido en esta detestable guerra, por la barbarie con que la ha sostenido, no solo el gobierno, el comercio de América, sino el afecto de un gran pueblo que se levanta y os mira, asi como os mirará su posteridad, como á la mas perversa nacion de la tierra. La paz puede alcanzarse, pero será renunciando á toda pretension de gobernarnos."

En vez de adoptar la Inglaterra esta medida, como lo hizo cinco años despues, adoptó únicamente los *bills conciliatorios* de lord North. Propuso este Ministro al parlamento que consintiera en no imponer contribuciones á la América Setentrional, en revocar todas las leyes promulgadas desde el diez de Febrero de 1763, y concediese á los americanos el derecho de nombrar sus gobernadores y sus gefes militares. Nombráronse comisarios ingleses para proponer á la América aquellos bills que David Hartley puso en conocimiento de Franklin el dia 18 de Febrero. Los tratados con Francia estaban ya firmados en aquella época y Franklin contestó inmediatamente á Hartley en estos términos: "Han echado á la América en brazos de la Francia. Era ella una hija contraida á sus deberes y virtuosa, á quien una madrastra ha echado de su casa, difamándola, amenazándola de muerte: todo el mundo es sabedor de su inocencia y toma su partido. Sus amigos desean verla casada con provecho y honra. . . . Creo que será una muger buena y útil, asi como ha sido una hija fiel y honesta, y que la familia de cuyo seno ha sido tan indignamente arrojada, tendrá un duradero sentimiento por haberla perdido."

Así que tuvo conocimiento de los bills, los declaró estemporáneos, útiles mas bien para alejar la paz que para promoverla. William Pultney se asoció con James Hutton y con David Hartley á fin de solicitar un acomodo entre la metrópoli y las colonias, que en concepto de ellos dependia de Franklin; pero este les aseguró que este acuerdo no podria verificarse en adelante sino á precio del *reconocimiento de la independencia de los Estados-^unidos*, y por medio de un tratado de amistad y de comercio. Entónces pasó á Paris David Hartley á fin de romper la temible union que acababa de concertar la América con la Francia. Llegó despues de mediados de Abril y propuso á Franklin un tratado de comercio por el cual se concederian ciertas ventajas á la Inglaterra y á la América, se comprometeria á mas á estipular con ella una alianza ofensiva ó defensiva hasta con respecto á la Francia. Franklin contestó á esta propuesta que la Inglaterra podria considerarse feliz si se la admitia, á pesar de sus errores, al goce de todas las ventajas comerciales que habia obtenido la Francia; y que se engañaba si creia que firmando una paz con los americanos, les forzaria á una guerra contra la nacion generosa que les habia dispensado amistad en momentos de apuro y opresion, y á la cual defenderian en caso de ataque, como se sentian obligados á hacerlo no solo por fé á los tratados sino por agradecimiento.

No habiendo podido alterar en lo mas mínimo la fuerza de la alianza recién contraida, regresó Hartley á Inglaterra el dia 23 de Abril, y al despedirse de Franklin le escribió diciéndole: “En todo tiempo estaré resuelto á emplear en favor de la paz mis pensamientos y mis actos. A este respecto el poder de V. es mucho mayor que el mio, y fundo en esto las esperanzas que aun me asisten. Me despido de V. recordándole que aquellos que trabajan por la paz son

siempre bendecidos.» Parece que algun presentimiento de desgracia, con respecto á su antiguo amigo, le asistia, pues añadia con cierto aire misterioso las siguientes palabras: “Tiempos borrascosos se acercan, vigile V. por su seguridad: los sucesos son inciertos y los hombres cambian fácilmente de parecer.» Franklin dándole las gracias por sus afectuosos cuidados, le contestó con aguda tranquilidad: “Como estoy casi al término de una vida larga, no doy mucho valor á lo que de ella me resta. Estoy dispuesto á decir como el vendédor de paño á quien no le queda mas que un retazo; esto es lo último y lo venderé por lo que se me ofrezca. El mayor provecho que un viejo puede sacar de sí, es tal vez convertirse en mártir»

Tuvo Franklin espreso cuidado de poner á la Francia al corriente de todos estos pasos que habian dado cerca de él, para que ni la mas leve nube de sospecha empañase el concierto entablado entre los aliados, por lo cual M. de Vergennes le dió las gracias á nombre de Luis XVI. “El gran arte del Gobierno inglés consiste, le decia, en promover la division, para de esta manera conservar su imperio. Pero por cierto que semejante artificio no podia tener éxito empleado con V. ó con sus cólegas. Por otra parte, V. ha hablado á M. Hartley con toda la entereza y franqueza posible: él no tiene motivo para estar satisfecho del resultado de su mision.”

Igual confianza manifestaba M. de Vergennes con respecto al pueblo de Estados Unidos, en lo cual no se engañaba. Los bills conciliatorios de Lord North llegaron á mediados de Abril, antes que los tratados con Francia. Washington los consideró insuficientes é inadmisibles como Franklin, y el Congreso de acuerdo con el modo de pensar de los sostenedores mas sensatos y gloriosos de la independencia, los desechó á pluralidad de votos. Declaró que no admi-

tiria proposicion alguna de paz en tanto que la Inglaterra no retirase sus tropas y escuadras y no reconociese la independenciam de los Estados Unidos. Apenas habia desechado los bills el Congreso, cuando el 2 de Mayo llegaron los tratados que fueron recibidos con transportes de alegria. La esperanza se animó en todos los ánimos. Ratificólos el Congreso inmediatamente y nombró á Franklin de Ministro cerca de la corte de Francia, la cual por su parte, nombró á M. Gérard de Rayneval cerca del Gobierno de Estados Unidos. En la generosa efusion de su reconocimiento el Congreso escribió á sus comisarios en estos términos: «Admiramos la sabiduria y la dignidad inequívocas de la Francia manifestadas en la ratificacion de los tratados hechos con nosotros. Ellos contribuyen poderosamente á que desaparezca ese espíritu mezquino que por desgracia ha guiado hasta el dia al género humano. En estos tratados se manifiesta la política inspirada por los consejos de la filosofía, y se establece la armonia de los afectos sobre la base de los intereses mútuos. La Francia nos ha ligado de esta manera mucho mas que por un tratado secreto, y este acto noble y generoso afirma entre nosotros una amistad eterna.»

Siendo imposible aflojar union tan estrecha, forzoso era vencerla, y la Inglaterra se resolvió á continuar la guerra con América y á declararla contra la Francia. Esta potencia esperaba que así habia de suceder y estaba prevenida. Gracias al patriotismo de un gran ministro, su marina tan débil y abatida en la guerra de siete años, se hallaba restablecida y respetable. El duque de Choiseul habia contraido á ella toda la prevision de su genio, y con orgullo nacional empezado en los últimos años de Luis XV la restauracion marítima de la Francia continuada con esmero por los ministros de Luis XVI, especialmente desde que estallaron las

desavenencias entre las colonias americanas y su metrópoli.

En las radas principales habia escuadrillas, y buques construyéndose en todos los astilleros de Francia. Los marinos, á su acostumbrada valentía reunian una instruccion inmejorable y grande habilidad en la práctica de las maniobras. Así fué qué durante cinco años se les vió, bajo las órdenes d'Orvilliers, de Estaing, de Grasse, de Giuchen, de Lamotte-Piquet, de Suffren, etc. hacer frente y combatir á las naves inglesas en todos los mares, dominar el Mediterráneo, resistir con heroismo en la India y alcanzar completos triunfos en América. Bella y patriótica fué sin duda la prevision á que nos hemos referido, puesto que permitió á Luis XVI el emprender con audacia, persistir con constancia, ejecutar con buena fortuna una de las cosas mas grandes y gloriosas de nuestra historia.

El efecto primero de la intervencion de la marina en América, fué obligar á los ingleses á que desalojaran la Pensilvania. En tanto que el conde d'Orvilliers, daba la memorable batalla naval de Ouessant contra el almirante Keppe, adelantábase hácia América el conde de Estaing con una escuadra de doce navíos de guerra y cuatro fragatas para bloquear por consejos de Franklin al almirante Howe en el Delaware y encerrar en Filadelfia á sir Henrique Chinton sucesor del general Howe en el gobierno militar. La flota inglesa escapó del peligro que la amenazaba dejando aquellas aguas, y el ejército alejándose de aquella parte del continente. La una tuvo orden de trasportar cinco mil hombres á la Florida para proteger aquella Provincia, y el otro efectuó su retirada sobre Nueva York. Cuando llegó el conde de Estaing no encontró ya á quienes queria sorprender, porque solo el temor de su proximidad habia hecho retroceder y detenerse á la invasion inglesa.

Siguiendo Washington fielmente el plan de una defensiva activa, inquietó á Clinton en su marcha hácia Nueva-York, volvió á pasar el Delaware tras los pasos de aquel, le atacó ventajosamente en Montmouth en Nueva Jersey; dirigióse nuevamente al Oriente del Hudson, y cuando los ingleses, reducidos casi á su primera posición se encerraron en aquella ciudad, tomó á poca distancia del cuartel general enemigo, fuertes posiciones desde las cuales le espío los movimientos y se opuso á sus tentativas. Estableció una línea de cantones en torno á Nueva-York, desde el extremo de Long Island hasta las márgenes del Delaware.

En esta campaña no fueron completamente espulsados los ingleses del territorio americano, pero perdieron gran parte del que habían conquistado. En la siguiente campaña tuvieron un enemigo mas que combatir. La España, después de una inútil tentativa de mediación, se unió á la Francia en Junio de 1779, y muy luego vino la Holanda en su ayuda á quien la Inglaterra atacó en 1780 so pretexto de haberse mostrado favorable en materias de comercio con los insurjentes en 1778. El apoyo de las tres principales potencias marítimas de la Europa, y la neutralidad armada en que convinieron por aquel tiempo (Julio y Agosto de 1780) la Rusia, la Dinamarca y la Suecia contra la teoría y la práctica opresiva de los antiguos señores del mar, sirvieron á los Estados-Unidos de estímulo poderoso y de apoyo.

Vióse la Inglaterra obligada á diseminar sus fuerzas por todas las regiones del mundo. Tuvo que defenderse en el Mediterráneo contra franceses y españoles que le tomaron á Minorca é intentaron arrebatarle á Jibraltar; sobre las costas de Africa en donde perdió sus fuertes todos y sus establecimientos del Senegal; en las Indias, en donde habiéndose apoderado al principio de Pondichery, de Chanderna-

gor, de Mahé, perdió en seguida á Condelour y tuvo que Latir al temible Hider-Aly y al heroico bailio de Suffren; en América, donde los franceses á quienes habia despojado de las islas de San Pedro, de Miquelon y de Santa-Lucia le conquistaron la Dominica, San-Vicente, Granada, Tábaggo, San-Cristoval, Nevis, Montserrat y donde los españoles se apoderaron de la Móbila y sometieron la Florida occidental con la ciudad de Pensacola que habian cedido por el tratado de paz de 10 de Febrero de 1763. A pesar de la coalicion abierta ó secreta del mundo contra su poder, esta enérgica y altanera nacion se mantuvo firme en todos los mares, hizo frente á todas las rivalidades y no desistió de ningun modo de someter de nuevo á yugo y castigar sus colonias sublevadas.

Cambió su plan de ataque. Sir Henrique Cliton habia tratado en vano de proseguir las miras del Jeneral Howe apoderándose de todo el litoral del rio Hudson, pero encontró la victoriosa resistencia de Washington que le redujo á la inaccion en Nueva-York. Mas en tanto que el Jeneral americano, siempre apostado con su ejército en posiciones inespugnables, defendia el acceso al interior del pais, decidieron los ingleses á talar las costas y á sembrar ruinas allí donde no podian fijar el estandarte de la conquista. Considerables cuerpos del ejército central de Nueva-York trasladados á bordo de embarcaciones ligeras, pasaron á devastar las costas de ambas Carolinas, de Virjìnia, de Pensilvania, de Nueva-Jersey, de Nueva-York y de la nueva Inglaterra, y las ciudades de Porstmouth de Suffolk de New-Haven, de Farifiel, de Norwalk de Chatlestown, de Falmouth, de Norfolk, de Kingston, de Bedford, de Egg-Harbourg, de Germanflatts fueron saqueadas y entregadas á las llamas. A mas de esto, habiendo recibido refuerzos de Europa emprendió de nuevo sir Henrique Cliton su proyecto de inva-

sion, no ya por el centro de los Estados-Unidos en donde siempre Washington se le opuso con buen éxito, sino por el extremo meridional, en donde, á su parecer, debia encontrar menos obstáculos. Dirigióse al sur á unirse con lord Cornwallis que en poco tiempo se apoderó de ambas Carolinas.

Importaba que la Francia, cuyas escuadras, mas que obras no habian ostentado su presencia en las costas americanas, concurriese con su ayuda de una manera eficaz. El Jeneral Lafayette que desde muy luego contrajo estrecha amistad con Washington, que se habia captado la confianza del Congreso con su jeneroso sacrificio y la brillante utilidad de sus servicios, pasó á Europa para concertar con Franklin y solicitar de acuerdo con él la injerencia indispensable de las fuerzas navales de Francia. El plenipotenciario americano, no habia echado en olvido los intereses de su país, y sostenia con esmero la union de los aliados para facilitar la victoria. Desechó el ofrecimiento de una tregua de siete años, propuesta por lord Hartley con la esperanza de separar la América de la Francia, y de destruirlas sucesivamente atacándolas aisladas. Pidió Franklin que la tregua fuese jeneral y que equivaliese á un tratado de paz dándole la duracion de treinta años, burlando así los ocultos designios de la Inglaterra que no insistió mas en sus pretensiones. Despues que obtuvo de la Corte de Versailles considerables socorros de dinero que montaron á tres millones de francos en 1778, á uno en 1779, á cuatro en 1780, y casi á cuatro tambien en 1781, fuera de la garantía de un empréstito de cinco millones de florines contraido por los Estados-Unidos con la Holanda, consiguió Franklin, á mas, el envio de una escuadra mandada por el caballero de Ternay y de un corto ejército bajo las órdenes del conde de Rochambeau, sometido á la direccion del jeneral Washington.

Antes que Lafayette regresase á América, recibió Franklin la comision de entregar una espada de honor á aquel jóven y valeroso defensor de los Estados-Unidos. Enviósela al Havre con su nieto, acompañada de una carta en que le espresaba lo siguiente, de la manera mas delicada y con el mas lisonjero reconocimiento: “Señor, le decia, el Congreso que estima debidamente los servicios que habeis prestado á los Estados Unidos, pero que no se halla en el caso de recompensarlos como merecen, se ha determinado á ofreceros esa espada como débil testimonio de su reconocimiento. Ha ordenado que la adornasen alusiones convenientes, algunas de ellas relativas á las acciones de guerra principales en que os habeis distinguido por vuestra valentia y vuestra conducta. En ellas y en algunas figuras alegóricas, ejecutadas admirablemente, consiste el mérito principal de esa espada. Merced á la exelencia de los artistas que abriga la Francia, veo que todo es posible espresar, monos la idea que todos tenemos de vuestro mérito y de nuestras obligaciones. Para esto no solo las figuras sino tambien las palabras son insuficientes.”

Ni el regreso de Lafayette á América en el mes de Abril de 1780, ni la llegada en Julio de las fuerzas expedicionarias de Rochambeau, á Rhode-Island, evacuada el año anterior por Sir Henrique Cliton, produjeron resultado alguno decisivo. Rochambeau se vió obligado á la inaccion en New-Pont por una flota inglesa superior en fuerzas á la francesa que le habia conducido allí. Los ingleses encerrados siempre por Washington en Nueva-York no hicieron progreso alguno en el centro de los Estados Unidos, pero continuaron victoriosos hácia el sur. Cornwallis, despues de haber batido al Jeneral Gates y héchose fuerte en las Carolinas, se dispuso á pasar á Virginia, cuyo territorio arrasaba Arnold traicionando su patria y empañando su gloria. Lle-

gó allí efectivamente en el año siguiente y tomó posesion de las dos ciudades de York-Town y de Gloucester en donde se fortificó con la intencion de estender cada vez mas hácia el norte la conquista británica. Pero el Jeneral Washington que habia señalado á Lafayette para oponerse á Arnold y á Green contra Cornwallis, combinó muy pronto una gran operacion que coronó la campaña de 1781 con una memorable victoria que puso término á la guerra.

El Congreso habia enviado á Europa al coronel John Laurens, para recomendar á Franklin que recabase los elementos de guerra de que carecia Washington: para llenar esta mision, se dirijió á M. de Vergennes con las mas vivas instancias y las mas elevadas razones, solicitando de la Corte de Versailles mayores socorros de tropas y navios. Despues de restablecido de un fuerte ataque de gota le habia escrita en estos términos: “Mi vejez toma cuerpo: me siento débil y es probable que no pueda ocuparme por mucho tiempo mas de funcion alguna importante. Aprovecho por lo tanto, para decir á Su Exelencia que la presente coyuntura es estremadamente crítica. . . . Si se permite que los ingleses recobren parte del pais, la oportunidad de una separacion efectiva no volverá jamás á presentarse en el trascurso de las edades: la posesion de territorios tan vastos como fértiles, de costas dilatadas, les dará una base tan fuerte para cimentar su futura grandeza con el rápido acrecentamiento de su comercio, de marineros y de soldados, que se convertirán en *terror de la Europa* y ejercerán con impunidad los actos de insolencia que son jeniales á aquella nacion.” M. de Vergennes asintió á la opinion de Franklin, y Luis XVI le concedió lo que solicitaba, poniendo á disposicion de Frankin la suma de seis millones de libras; mandando municiones y vestuario para veinticinco mil hombres á América, para donde recibió órdenes de partir el

Conde de Grasse con una escuadra de veintiseis navios de linea, muchas fragatas, y nuevas tropas de desembarco.

En cuanto á Franklin, decaido con su última indisposicion y temeroso de no poder emplear en servicio de su pais, sino una inteligencia cansada y una actividad poco vigorosa pidió al Congreso que le nombrase sucesor. “He cumplido ya setenta y cinco años, escribia al presidente de aquel cuerpo, y advierto que el último ataque de gota que he padecido este invierno me ha abatido en extremo. Aun no he recobrado del todo las fuerzas corporales de que antes gozaba. No sé si mis facultades mentales habrán disminuido del mismo modo, lo que á ser cierto seria el último en advertirlo. Siento mi actividad decaida, y esta calidad es justamente en mi sentir la mas necesaria á vuestro ministro en esta corte. He participado de los negocios públicos y gozado de la confianza de mi pais en el empleo que hoy desempeño y en otros, durante el largo espacio de cincuenta años; honor que basta á colmar la ambicion de un hombre sensato. Hoy que ya no me queda otro anhelo que el del descanso, deseo que el Congreso se sirva concedérmelo mandando otra persona que ocupe mi lugar. Le suplico al mismo tiempo que se persuada de que no es la mas leve duda siquiera sobre el buen éxito de nuestra gloriosa causa, ni disgusto alguno experimentado en su servicio, lo que me induce á renunciar mis funciones. No tengo para ello otras razones que las dadas. Me propongo permanecer hasta la terminacion de la guerra, la que muy bien puede durar mas que mis dias; y si he logrado adquirir alguna esperiencia que pueda servir en algo á mi sucesor, la pondré francamente á su servicio y le ayudaré, ya con la influencia que se me atribuye, ya con los consejos que encuentre á bien pedirme.”

Pero el Congreso americano se guardó bien de privar á

su causa de un servidor tan notable y tan útil todavía. John Jay, que residía cerca de la corte de España, como John Adams cerca de las Provincias Unidas de Holanda, habían escrito desde Madrid al Congreso de su país elogiando los buenos resultados obtenidos por ambos con las advertencias y consejos del doctor Franklin. «Aquí veneran mucho su carácter, decían, y sinceramente creemos que el respeto que ha inspirado á la Europa entera ha sido de utilidad jeneral á nuestra causa y á nuestro país.» El Congreso por consiguiente accedió, á sus deseos. Este cuerpo tenía la esperanza de que se abriesen ciertas conferencias bajo la mediación del Austria y de la Rusia, y su presidente le contestó anunciándole que había sido designado para dirijirlas ayudado por John Jay, John Adams, Enrique Laurens, y Tomas Jefferson: «Retiraros del servicio público en estas circunstancias traeria inconvenientes, porque es deseo del Congreso el recurrir á vuestra habilidad y á vuestra experiencia en esta próxima negociacion. Hallareis el reposo que os es necesario despues de prestar á los Estados-Unidos este último servicio.» El secretario de negocios extranjeros, Roberto Livingston le manifestó tambien la esperanza «le que aceptaria el nuevo cargo que se le imponia con muestras tan altas de aprobacion por parte del Congreso, para que acabase de llevar á buen fin la gran causa en que estaba comprometido.»

Franklin cedió. El momento había llegado de la crisis decisiva. Cuando el conde de Grasse apareció en las aguas del Chesapeake con su pujante flota, dejando Washington tropas bastantas para defender los puertos fortificados del Hudson y engañando á sir Enrique Clinton sobre sus designios, se dirigió con presteza al sud, reunido con Rochambeau, para despejar aquella parte del país de la invasion británica. En Virginia se juntó con Laffayette que había

remontado sus nuevas fuerzas de desembarco, y unidos todos se dirijieron á atacar en York-Town á Lord Cornwallis victorioso hasta entonces. El ejército ingles encerrado en quella plaza, bloqueado del lado del mar por los veintiseis navios de linea del conde de Grasse y sitiado por tierra por las tropas combinadas de Francia y de América, despues de perder sus puestos avanzados y de haber sido arrojado de sus reductos tomados por asaltos irresistibles, vióse forzado á capitular el 19 de Octubre de 1781. Siete mil soldados, sin poner en cuenta los marineros, se entregaron prisioneros. La derrota de Cornwallis fué el complemento de la de Burgoyne; y Washington terminó en York-Town la obra gloriosa de la libertad americana comenzada en Saratoga por el general Gates. La primera capitulacion produjo la alianza con la Francia, y la segunda trajo la paz con la Inglaterra.

En efecto, desde aquel momento comprendió la Inglaterra que eran inútiles sus esfuerzos para reconquistar la obediencia de la América. En seis años de guerra no habia logrado invadir el territorio de las antiguas colonias por el norte, ni avanzar en él hácia el centro, y ahora se hallaba detenida y vencida en el sud. Despojada por la Francia, la España y la Holanda de parte de sus posesiones; atacados sus principios de dominio marítimo por la Rusia, la Dinamarca, la Suecia, el Austria y la Prusia que habian formado contra ella liga de neutralidad armada, debilitada en sus recursos, paralizada en su industria, limitada en su comercio, herida en su orgullo, pensó seriamente en reconocer la independencia de aquellas colonias, cuyos privilegios no habia podido soportar siete años antes. El ministerio de Lord North, que en otro tiempo se habia negado á aceptar la mediacion de la Rusia y del Austria, antes de sucumbir bajo el peso de sus errores y de sus

desgracias militares, trató de anudar las rotas negociaciones con Franklin.

A principios de Enero de 1782, David Hartley, tanteó la opinion de su amigo el Doctor acerca de una paz aislada, en la cual se reconoceria la *independencia* de los Estados Unidos, sin que fuese *dictada ni altanaramente ordenada por la Francia*. Franklin no quiso admitir paz que no fuese comun á la América y á sus aliados. En vano fué que Lord North sondeara de nuevo sobre las negociaciones aisladas, á los plenipotenciarios americanos por conducto de M. Digges, y á los ministros del rey de Francia por M. Forth. Con hábil acuerdo y con igual buena fé, se le contestó que no se consentiria en tratar sino de concierto y que continuarían peleando juntos. Pero el ministerio causador de la guerra no podia celebrar la paz. Esta obra estaba reservada á un ministerio nacido de la oposicion, animado del espíritu de libertad y armado de su poderío. En el mes de Abril de 1782, el generoso Lord Shelburne y el elocuente Carlos Fox, formaron, en lugar del gabinete temerario de lord North que acababa de disolverse, el gabinete conciliador encargado de restablecer la armonía entre la Inglaterra y la América y de pacificar al mundo.

Ricardo Oswald recibió orden de Lord Shelburne de acercarse á Franklin y de abrir con él las primeras negociaciones. Aseguróle que los nuevos ministros tenian el mas vivo deseo de *firmar* la paz general, pero sin permitir que fuese en términos capaces de humillar á la Inglaterra, porque en tal caso tendria suficientes recursos y orgullo para recomenzar la guerra y persistir en ella con indomable energia. A fin de que no pareciese que la corte de Versalles imponía á la de Londres la condicion de la *independencia* de sus antiguas colonias, se continuaron por separado las negociaciones, pero con la sincera resolucion de obrar de con-

cierto y de no concluir sino al mismo tiempo. Fueron activas y largas las negociaciones. Los preliminares y las discusiones definitivas duraron año y medio. Había que arreglar no solo la independencia de la nueva nación, la extensión de su territorio, los derechos de navegacion, los lugares de pesca, los intereses recíprocos tanto de parte de los ingleses en América como de los americanos en Inglaterra: á mas de todo esto debia señalarse tambien la parte que debian reservarse los aliados y lo que habian de restituir á la Gran Bretaña, para poder entrar ellos mismos en el goce de las posesiones perdidas durante la guerra. Franklin, unido como siempre á la Francia, supo manejar estas negociaciones y llevarlas á término feliz con paciente sangre fria, con hábil entereza y con insinuante honradez.

Los artículos preliminares firmados por los plenipotenciarios americanos con Richard Oswald el dia 30 de Noviembre de 1782, lo fueron tambien por los plenipotenciarios franceses y españoles con Alleyne Fitz-Hervert el 20 de Enero, y por los plenipotenciarios holandeses el 2 de Setiembre de 1783. Estos artículos preliminares convertidos en cláusulas definitivas en virtud de los tratados concluidos á un mismo tiempo en Paris y en Versailles el 3 de Setiembre de 1783, pusieron en segura posesion á la Francia y á la España de una considerable parte de sus conquistas, y á la América de las preciosas ventajas que eran blanco de su ambicion, causa de su alzamiento y premio, al fin, de la perseverancia y de la victoria. Por el tratado de Versailles, la Francia conservó la posesion de Tabago y de Santa-Lucia on las Antillas, sin obligarse á abandonar los establecimientos del Senegal aunque habia recuperado la isla de Gorea en África; consiguió la restitucion de Chandernagcr, de Mahé, y de Pondichery, con promesa de un territorio mas estenso en las Indias Orientales; la España

9

conservó á Minorca reconquistada por ella en el Mediterráneo y la Florida de que se habia apoderado en América: en fin, la Holanda entró de nuevo en posesion de las colonias que habia perdido y salvó á Negapotuam que cedió á la Inglaterra. En el tratado de Paris que Franklin y su antiguo y perseverante amigo David Hartley firmaron, la metrópoli reconoció la independencia plena y la soberanía legítima de sus antiguas colonias; las concedió el derecho de pescar en los bancos de Terranova, en el golfo de San Lorenzo y en todos los demas parajes en donde tenian costumbre de pescar los Americanos antes de su insurreccion. Reconocióles como límites, al Este el rio de Santa-Cruz; al Oeste las orillas del Missisipi; y al Norte, una línea que partiendo del ángulo del territorio de la Nueva-Escocia cortase por en medio los lagos Ontario, Erie, Huron y Superior, hasta tocar con el Woods, y de allí bajase hasta el rio Missisipi cuya navegacion se les garantía.

Sin perplejidad y sin demora ratificó el congreso un tratado que levantaba á los Estados-Unidos al rango de una gran nacion á la faz de las demas del mundo. Aun antes de estar firmado definitivamente habian cesado ya las hostilidades y vuelto las tropas francesas al continente europeo. Despues de concluido evacuaron las fuerzas inglesas la ciudad de Nueva York y el Congreso licenció al ejército americano. Los ojos de Washington derramaron lágrimas y en su semblante se manifestó la conmocion de su alma al separarse de aquellos soldados á quienes habia trasmitido su constancia heroica y su patriótica abnegacion, y que durante ocho años de trabajos, de padecimientos y victorias, habian cumplido con la magnífica tarea de libertar á su patria. Dióles un adios varonil y patético, y dirijiéndose en seguida al seno del Congreso depuso en él el mando militar de que habia estado investido y que tan útil y gloriosamente

había desempeñado. «Muchos hombres, le dijo el presidente de aquella asamblea, han prestado servicios eminentes dignos del agradecimiento público. Pero á vos, Señor, se os debe un elogio especial: vuestros servicios han contribuido esencialmente á conquistar y á fundar la libertad y la independencia de vuestro país, servicios que son acreedores á todo el reconocimiento de una nación libre.» El Congreso decidió unánimemente que se le erijiese una estatua ecuestre en la ciudad que hubiera de ser residencia del Gobierno, dándole el nombre de Washington. Este jeneral después de haber salvado su patria, volvió á la manera de un sencillo Romano de la antigüedad á su hacienda de Montevideo, en donde se dió á la cultura de los campos y vivió como el mas desinteresado de los ciudadanos y el mas modesto de los héroes.

Franklin, entre tanto, así que consolidó la existencia y la libertad de su país por medio del tratado de París, se contrajo á estender y regularizar las relaciones comerciales de aquel con la Europa. Solo ó asociado con Adams, con Jay y Jefferson, [concluyó tratados de comercio con la Suecia y la Prusia; negoció con el Portugal, con Dinamarca y el Imperio. Al mismo tiempo que obraba como un patriota, vivía como sábio, practicando las altas y agradables virtudes que había conquistado para sí en la juventud. Dueño de su libertad en medio mismo de multiplicados negocios, no se manifestaba cuidadoso ni aun en aquellos momentos en que soportaba el peso de las mas graves ocupaciones: sobrábale tiempo para recibir á las personas que querían verle, y conservaba espiritual alegría para agrado de aquellos á quienes quería complacer.

Era, por consiguiente, buscado su trato con empeño. Inspiraba á sus amigos respeto y ternura, afición y admiración á un tiempo. El, por su parte, nunca les amaba á

medias, y á Madama Helvecio sobre todo, á quien llamó *Nuestra Señora de Auteuil*, y con quien, cada semana, iba á comer á Passy en compañía de todas las personas que componian su reducida sociedad íntima. Franklin habia perdido su esposa en 1779, y á pesar de sus setenta y seis años ofreció á Madama Helvecio su mano; pero ella que habia desechado la de Turgot no quiso aceptar la de él. Entónces Franklin le dirijió la siguiente carta que es un modelo de gracia y de ingenio:

«Apesadumbrado al ver la firmeza con que ayer noche manifestó Vd. la resolucion de mantenerse viuda en honor de su querido esposo, me retiré á casa, caí postrado en mi lecho y creíme muerto, cuando en realidad estaba en los Campos Elíseos.

«Me preguntaron allí si deseaba ver algunos personajes particulares.—Condúzcanme donde haya filósofos.—Aquí cerca, en el jardín, habitan dos, escelentes vecinos y muy amigos entre sí.—Quiénes son?—Sócrates y Helvecio.—A ámbos estimo infinito; pero preséntenme primero á Helvecio, por que si entiendo algo del frances no conozco una palabra del griego.—Me ha recibido con suma cortesania, diciéndome que me conoce no ha mucho tiempo por mi caracter. Me ha preguntado mil cosas acerca de la guerra y del estado presente de la religion, de la libertad y del gobierno en Francia.—Y, no me pregunta Vd. algo de Madama Helvecio, su amiga? mire Vd. que todavia le quiere con exceso y no hace mas que una hora que me he separado de ella.—Ah! me contestó, me trae Vd. á la memoria mi pasada felicidad; pero aqui el olvido es condicion indispensable para la dicha. Por muchos años solo pensé en ella, pero al fin me he consolado ligándome á otra mujer, la mas parecida á ella que he podido encontrar. No le iguala en hermosura, es cierto, pero no le es inferior en buen sentido ni

en talento: solo se ocupa en agradarme. En este momento acaba de salir en busca de la mejor ambrosía y del nectar más sabroso para servírmelos esta noche. Quédese Vd. conmigo y la conocerá.—Advierto, le repliqué, que su antigua amiga es mas fiel que Vd., porque se ha negado á aceptar la mano de esposa que repetidas veces le han ofrecido personas de verdadero mérito. Confiésole á Vd. que yo la he amado con locura sin poderla ablandar, y todo por el amor que todavia le conserva á Vd.—Téngole á Vd. lástima, me dijo, porque en realidad es una mujer buena y muy amable. . . .—Al pronunciar estas palabras, entró la nueva Madama Helvecio, y conocí al instante que era Madama Franklin mi antigua amiga americana. Reclaméla, y ella me dijo con frialdad: he sido vuestra mujer durante cuarenta y nueve años y cuatro meses, es decir, casi durante la mitad de un siglo. Contentaos con esto. Aquí he contraído una connexion que durará por toda la eternidad. Descontento con la negativa de mi Eurydice, formé inmediatamente la resolución de separarme de aquellas sombras ingratas y de volver á este buen mundo á ver de nuevo al sol y á Vd., señora. Héme aquí; veaguémonos».

Vióse, sin embargo, en la precision de separarse de Mma. Helvecio, de su agradable mansion de Passy, y de la Francia, en donde contaba con tantos admiradores y con tantos amigos. Su pais tenia aun necesidad de sus servicios. Despues de la paz de 1763, estaba á punto de disolverse la federacion americana, y por exeso de independencia se hallaban los Estados particulares próximos á hundir la república que tanto habia costado fundar. La presencia de Franklin, quien habia conseguido al fin que le remplazase M. Jefferson en el carácter de ministro cerca de la Corte de Versailles, era necesaria en América para detener el progreso de una desercion que hubiera podido llegar á ser fatal.

«Es absolutamente indispensable, decia Jefferson, que ese gran hombre vuelva á América. Si se llegase á morir haria conducir allí sus cenizas, porque en torno de su tumba estoy seguro que se unirian de nuevo todos los partidos». Franklin, despues de haber desarrollado con tanta habilidad la civilizacion de su pais y contribuido poderosamente á establecer su independencia, necesitaba consolidar su porvenir y robustecer su constitucion.

CAPÍTULO XIII.

Debilidad de los gobiernos federales.—Necesidad de fortificar la Union americana.—Vuelta de Franklin á Filadelfia.—Admiracion y reconocimiento que despierta.—Su presidencia del Estado de Pensilvania.—Su nombramiento á la convencion encargada de revisar el pacto jeneral, y de dar á los Estados Unidos su constitucion definitiva.—Su ~~retiro~~—Su muerte.—Duelo público en América y en Francia.—Conclusion.

A dos peligros están espuestas las repúblicas democráticas: á precipitacion en la voluntad y á lentitud en los actos. En ellas, ordinariamente, es precipitada la autoridad lejislativa y demasiado débil la ejecutiva, por que la una está concentrada y dividida la otra: de donde proviene con frecuencia que la ley sea violenta é impotente el gobierno. A esta delicada imperfeccion de las repúblicas democráticas debe añadirse otra que existe en las repúblicas fedrativas.

Como se componen de Estados diversos, aglomerados mas bien que unidos, ligados por algunos intereses jenerales y separados por numerosos intereses particulares; forman una agregacion de pequeños gobiernos, en los cuales el vínculo de union es flojo, la concordia rara, incierta la accion, insuficiente ó tarda, La debilidad del gobierno

central es el vicio de las federaciones, como puede verse por la historia. La debilidad hizo que pereciesen las federaciones informes ensayadas en los pueblos antiguos. La debilidad condenó á la division ó á la impotencia á todas las modernas federaciones, y al imperio de Alemania compuesto de soberanias de diversa naturaleza y de dimensiones tambien diversas; á la liga Helvética formada de cantones disconformes en origen, en organizacion, en culto y en tamaño; á la república de las Provincias Unidas de los Países Bajos, constituida con territorios desiguales en superficie, con ciudades sin igualdad en importancia, que se habian ligado para sustraerse á la tiranía, crecer, vivir y gobernarse en libertad.

A causa de esta misma debilidad parecería espuesta á las consecuencias de igual peligro la federacion de los Estados Unidos. Estaba mal organizada, puesto que el Congreso constituia el único poder central; y la debilidad de este poder se habia manifestado desde el principio de la guerra, á pesar de la comunidad del peligro y del universal entusiasmo. Él ejercia únicamente una accion moral sobre los Estados particulares, cerca de los cuales no tenia derecho dispositivo sino meramente de peticion. Washington habia padecido por esto y quejádose en los términos siguientes en el año 1778. «Nuestro sistema político puede compararse al mecanismo de un reloj, y de aqui podiamos tomar una eleccion. Ninguna ventaja obtendremos en conservar en buen estado las ruedas pequeñas descuidando la rueda principal, punto de apoyo y motor primero de la máquina toda. A mi entender no se necesita estar dotado de espíritu profético para pronosticar que todo el trabajo que hacen los Estados, formando constituciones individuales, decretando leyes, confiando los empleos á sus hombres mas hábiles, no dará mayores resultados. Si el todo es mal dirigido,

los detalles se ahogarán en el naufragio general y nos quedará el remordimiento de habernos perdido por nuestra propia insensatez y nuestra negligencia.»

El mal había empeorado después de firmada la paz, y la autoridad del Congreso era más impotente que nunca. Los Estados, en cierto modo, se separaban de la *Union*, y los partidos introducían la división en los Estados. Conmovida la República en su organización veía amenazada su existencia. Mientras que ella caía en este estado de disolución, se presentó Franklin llevándole el auxilio de su razón madura y la recomendación de su patriotismo. Tenía setenta y nueve años cuando salió de Francia.

Una enfermedad cruel, la piedra, le atormentaba con los agudos dolores que produce. No pudiendo ir á Versalles á despedirse del rey, escribió á M. de Vergennes en los términos siguientes: «Suplico á V. que me conceda la gracia de expresar respetuosamente á S. M., en mi nombre, el reconocimiento profundo que conservo por los inestimables beneficios que su bondad ha concedido á mi país. Este sentimiento vivirá en mí durante lo que me resta de existencia y se grabará también en el corazón de mis compatriotas. Mis más sinceras peticiones se dirigen á Dios para que derrame su bendición sobre el rey, la reina, los príncipes y toda la familia real hasta sus más remotas generaciones.»

El sentimiento que causó su ida fué vivo y general. Una litera de la reina le condujo desde Passy hasta el Havre para que su viaje fuese más cómodo. Separóse de sus queridos amigos de Francia con las lágrimas en los ojos, sintiendo particularmente apartarse de Madama Helvecio á la cual creía no volver á ver más en este mundo y cuyo recuerdo le acompañó siempre, como puede verse por las palabras que la escribió desde las costas americanas, con tanta efusión como ternura: «Os tiendo los brazos, la decía, á pesar de la

inmensidad de los mares que nos separan, mientras no llega el día en que firmemente espero daros un beso celestial.»

Habiendo salido del Havre en compañía de sus dos nietos el 28 de Julio de 1785, llegó el 14 de Setiembre á divisar á Filadelfia. Al tocar de nuevo la tierra americana, escribió en su diario, como últimas palabras, las siguientes: «Mil acciones de gracias á Dios por todas sus bondades». La multitud le recibió con aclamaciones, en medio del repique de las campanas y de las bendiciones de un pueblo á que había ayudado para conseguir su libertad. El ministro de Francia anunció á M. de Vergennes el regreso feliz de Franklin, de la manera siguiente: «La prolongada ausencia del señor Franklin, los servicios que ha prestado, la moderacion y cordura de su conducta en Francia, le han granjeado los aplausos y el respeto de sus conciudadanos. Nadie vacila en colocar su nombre á par del de Washington. Todas las gacetas anuncian su llegada con énfasis, llamándole apoyo de la independencia, de la felicidad americana y gloria eterna de su pais. Un miembro del Congreso, me ha dicho con este motivo, que Franklin habia sido especialmente destinado por la Providencia para ocupar el puesto que tan distinguidamente habia desempeñado.» De esta manera recojió Franklin el premio de sesenta años de virtudes y de servicios.

Electo, así que regresó á América, miembro del Consejo Supremo Ejecutivo de Filadelfia, no pasó mucho tiempo sin que le encargasen la presidencia del Estado de Pensilvania. La antigua colonia de que él era la antorcha y la gloria le escogió en seguida por su representante en la célebre convencion de 1787 presidida por Washinton, y encargada de revisar la Constitucion federal. Los hombres admirables que compusieron aquella asamblea pre-

servaron á su pais de una descomposicion casi inevitable. Sobreponiéndose á las preocupaciones y á las debilidades democráticas, virtuosos y previsores, supieron formar una república capaz de duracion y una federacion capaz de obrar. Dieron á la América la Constitucion que todavia la rije.

Esta Constitucion dividió el poder legislativo entre una Cámara de representantes electos cada dos años por el pueblo y un Senado renovable cada seis por las legislaturas de los Estados: concentró el poder Ejecutivo durante cuatro años, cuando menos, en manos de un presidente de la república escojido por el voto de la nacion, mas por la via lenta y acertada del sufragio indirecto; estableció por último una fuerza central capaz de ligar sólidamente á los Estados sin esclavizarlos, subordinando, en las cosas de intereses comun, su soberania jeneral. Fundóse entónces por primera vez una federacion vigorosa, con jefe, asambleas, leyes, tribunales, tropas, finanzas, y que pudo mantener formando un cuerpo de nacion no solo á las trece colonias primitivas, sino á un crecido número de otras de orijen distinto, de clima diferente, de desigual organizacion y espíritu, diversas tambien en intereses y en hábitos.

Franklin consintió en esta Constitucion aunque no la aprobara en todos sus partes. Se inclinaba á que no hubiese sino una sola Cámara, y habria querido que el Presidente no fuese reelejible, aunque no le disgustaba ni la fuerza ni la unidad en el poder. «Aunque sea jeneral entre nosotros el temor (escribia Franklin) de dar demasiado poder á los encargados del Gobierno, creo que mas bien corremos el peligro de darles poca obediencia». Y sacrificando sin enfado sus opiniones personales, añadia con cordura: «Como he vivido mucho, me he hallado mas de una vez obligado, á presencia de nuevos datos ó de maduras reflexiones, á cambiar de parecer aun en negocios de importancia. Por

eso es que cuanto mas voy para viejo, mas inclinado me encuentro á dudar de mi propio juicio.» Sometió, pues, su elevada razon á la regla de gobierno que se establecia para su pais; y para que este adquiriese mayor autoridad, pidió y obtuvo que se añadiese á la constitucion esta fórmula: *Hecha y acordada por unánime consentimiento.*

La constitucion federal se presentó á la aceptacion del pueblo, el cual la admitió en todos los estados, cuyos delegados nombraron á pluralidad de votos á Washington para Presidente de la República. La América, habiendo pasado la crisis de la organizacion con tanta felicidad como habia salido de la crisis de la independenciam, escapó por su cordura de los peligros civiles, asi como habia triunfado por su valor de los peligros de la guerra. Quiso ser gobernada por el mismo que la habia salvado. Este ciudadano admirable que no habia abusado ni de la dictadura ni de la victoria, que supo mandar con tanta virtud, que tanto buen sentido político manifestó en la organizacion del Estado, que tan sencillo fué en su grandeza como modesto en medio de la gloria, este ciudadano, supo gobernarla como habia sabido defenderla. Sirviéndose á la vez de los dos partidos que bajo los nombres de *federalista* y *republicano*, se inclinaban, el primero á una concentracion fuerte del poder general, y el segundo á un movimiento mas democrático, admitió á los dos gefes de aquellos partidos, al coronel Hamilton y á Tomas Jefferson. Bajo su hábil y robusta direccion, el pueblo de los Estados-Unidos adoptó las máximas de conducta de que nunca se ha apartado, y entró en un camino del cual no se ha separado nunca. Pacífico en Europa, activo y osado en América, sin enemigos en el viejo mundo, sin obstáculos que vencer en el nuevo, se lanzó con libertad y ardor hácia los vastos destinos que su posicion y la providencia le ofrecian, dándole desiertos que

poblar, selvas que estirpar, montañas que allanar, rios que canalizar, vastos continentes que poblar y conquistar para la civilizacion.

La felicidad de Franklin llegó á su colmo. «Veo con placer, dice, que al fin comienzan á moverse las ruedas de nuestra gran máquina. Pido á Dios que se digne bendecir y guiar el trabajo de esas ruedas. Si hay forma de gobierno capaz de causar la dicha de una nacion, sin duda que la que nosotros hemos adoptado promete producir este efecto.» Despues de haber tomado parte en la constitucion general y de haberse cumplido el término de su presidencia del Estado de Filadelfia, consideró que habia cumplido ya con su pais y se retiró enteramente de los negocios públicos á la edad de ochenta y dos años. «Espero, escribia á su amigo el duque de la Rochefoucauld, en los pocos dias de vida que me restan, poder gozar del descanso que por tanto tiempo he anhelado.» Pero este descanso no fué largo ni agradable. El mal de piedra de que adolecia desde el año 1782, se habia agravado y causábale dolores agudísimos, viéndose obligado en el último año de su vida á permanecer siempre en cama y á usar constantemente el opio para calmar sus padecimientos. La enfermedad, sin embargo, no fué bastante poderosa para turbar la serenidad, debilitar su tolerancia ni alterar en lo mas mínimo su alegria. El doctor Jones, médico de Franklin, dice: «que este se hallaba siempre señor de su razon, y á mas de la disposicion y el anhelo que mostraba en hacer el bien, decia mil chanzas y contaba anécdotas que encantaban á cuantos le escuchaban.»

Al mismo tiempo que se hacia superior al dolor levantaba sus pensamientos, y decia con arraigada confianza que todos los padecimientos de esta vida no son sino una punzada de alfiler, en comparacion de las felicidades de nuestra

existencia futura. Gozábase de hallarse á punto de entrar en la mansion de la felicidad eterna; hablaba con entusiasmo «de la dicha de ver al Padre glorioso de los espíritus, cuya esencia es incomprendible aun para los mas sábios mortales, admirar sus obras en mundos mas elevados, y platicar allí con todos los hombres de bien de todas las partes del Universo.»

Tales eran las sublimes contemplaciones que le embargaban, cuando en la primavera del año 1790, atacóle una pleuresía aguda que le llevó al sepulcro. Tres dias antes de su muerte hizo que su hija le acomodase y asease la cama, para morir, segun él decia, *de una manera mas decente*. No salian de sus lábios, sino palabras de agradecimiento al Ser Supremo que tantos favores le habia concedido durante su prolongada carrera; y miraba sus padecimientos como un nuevo presente, pues servian para desligarle de la vida que dejó el 17 de Abril de 1790 á las 11 de la noche, tranquilo, jocoso y lleno de confianza y de fé.

Dejó en su testamento un legado á las escuelas gratuitas en donde habia recibido las primeras lecciones; otro para hacer navegable el rio Schuylkill; otro destinado á las ciudades de Boston y de Filadelfia para facilitar la colocacion de los aprendices jóvenes, dejó tambien todas sus deudas activas á favor del hospital de Filadelfia. Su codicilo, en el cual arregló ingeniosamente la distribucion y empleo del dinero de aquellos legados, concluia con las siguientes palabras: «Doy á mi amigo, al amigo del género humano, al jeneral Washington, mi hermoso baston, cuyo puño de oro esmeradamente trabajado representa el gorro de la libertad. Si fuese un cetro vendria bien en sus manos igualmente por que lo ha merecido.»

La muerte de Franklin fué causa de afliccion para ámbos mundos. Todo el pueblo de Filadelfia concurrió á sus fu-

nerales, los cuales se hicieron con doble jeneral de campanas y con manifestaciones jenerales de respeto. El congreso al expresar el dolor de las trece colonias por la pérdida de aquel bienhechor sábio, de aquel libertador valiente, ordenó que todos los habitantes de América llevarsen luto por dos meses.

Cuando llegó á Francia la noticia de su muerte hallábase la Asamblea Constituyente ocupada de importantes deliberaciones. Mirabeau, elocuente intérprete del dolor de todos, subió á la tribuna el 11 de Junio y exclamó desde ella: «Franklin ha muerto! Ha vuelto al seno de la divinidad el jenio que libertó á America, y derramó sobre la Europa torrentes de luz. El sábio á quien dos mundos reclaman, el hombre que se disputan la historia de las ciencias y la historia de los imperios, ocupaba indudablemente un lugar elevado en la especie humana.

«Por mucho tiempo ha estado en uso de los gabinetes políticos ~~notificar la muerte de los que sólo fueron grandes en sus eojios fúnebres~~; por mucho tiempo la etiqueta de las cortes ha proclamado lutos hipócritas y mentirosos. Las naciones no deben vestir luto sino por sus bienhechores, ni sus representantes deben aconsejarles respeto sino por los héroes de la humanidad.

«El Congreso ha decretado, que los catorce Estados en la confederacion lleven luto de dos meses por la muerte de Franklin y la América en este momento cumple sus deberes de veneracion para con uno de los padres de su constitucion. ¿No seria digno de nosotros, Señores, tomar parte en este acto relijioso, en este homenaje tributado á los derechos del hombre y al filósofo que mas ha contribuído á propagar su conquista sobre toda la tierra? La antigüedad habria erijido altares á ese vasto y poderoso jénio, que en beneficio de los mortales, abarcando en su pensamiento al cielo y á la tierra supo á la vez dominar al rayo y á los tiranos. (1) La Francia

1. *E: ipiut calo julmen sceptrumq; tyrannis.*

libre é ilustrada debe cuando ménos dar testimonio de recuerdo y de sentimiento por unos de lo mas grandes hombres que en tiempo alguno sirvieron á la filosofia y á la libertad.

«Propongo se decrete que la Asamblea nacional lleve mediante tres dias luto por Benjamin Franklin.» Esta proposicion apoyada por Lafayette y por el duque de la Rochefoucauld, fué adoptada, y la Francia tomó asi parte tanto en la admiracion como en el dolor que la América manifestaba por aquel hombre eminente.

Tales fueron los honores tributados al hombre extraordinario que tan admirablemente habia llenado su vida y comprendido tan bien la muerte. Miró á la una como la perfeccion de la otra: y desde la edad de veinte y tres años compuso con palabras tomadas del oficio que tenia entónces, el siguiente epitafio que muestra su confianza en Dios y su esperanza en un porvenir mas dichoso:

AQUI YACE
PASTO DE LOS GUSANOS:
EL CUERPO DE
BENJAMIN FRANKLIN
IMPRESOR
COMO EL FORRO DE UN LIBRO VIEJO
DESCOSIDO Y AJADO
PERO LA OBRA NO SE PERDERÁ
PUES HA DE REAPARECER COMO EL LO ESPERA
EN UNA NUEVA EDICION
REVISTA Y CORREJIDA
POR EL AUTOR

El pobre obrero que componia este epitafio despues de haber entrado fujitivo en Filadelfia y de haber bajado en aquella ciudad sin hallar qué hacer, llegó á desempeñar el cargo de lejislador y Jefe del Estado. Indigente al principio, logró ser rico á fuerza de trabajo; de ignorante se levantó á las alturas de la ciencia á fuerza de estudios; des-

conocido, obtuvo por sus descubrimientos como por sus servicios, por la grandeza de sus ideas y por la estension de sus beneficios, la admiracion de la Europa y la gratitud de América.

Franklin poseyó á la vez el jénio y la virtud, la felicidad y la gloria. Su vida, constantemente afortunada es la mas bella justificacion de las leyes de la providencia. No solo fué grande, sino tambien amable. Útil constantemente á los demas, de una serenidad inalterable, alegre, gracioso, atraia con el encanto de su caracter y cautivaba con el atractivo de su talento. Nadie narraba mejor que él. Aunque siempre se mostraba natural, daba á su pensamiento un jiro injenioso y á su frase un tono eficaz. Hablaba como la sabiduria antigua á la cual él sabia añadir la delicadeza de los modernos.... Nunca manifesó aburrimento ni impaciencia, ni mal humor, al cual llamaba el *desaséo del alma* y decia que *la verdadera política con los hombres debe ser la benevolencia*. Su adajio favorito era *que la nobleza consiste en la virtud*. Este género de nobleza cuya adquisicion facilitó á los demas con sus escritos, la manifestó siempre en su conducta. Se enriqueció con honradez, y se sirvió de sus bienes de fortuna con beneficencia; negoció con rectitud, y trabajó con consagracion y desprendimiento en la libertad de su patria y en progreso del género humano.

Sábio, induljente, hombre grande y sencillo al mismo tiempo, mientras que se cultiven las ciencias, que se admire el injenio, que se estime al talento, que se honre la virtud, que se ame la libertad, su memoria será una de la mas respetadas y queridas. Despues de haber sido útil en sus acciones lo será tambien con el ejemplo. Franklin es á la vez uno de los bienhechores de la humanidad y uno de sus mejores modelos.

